MI PATRIA SEGÚN RILKE

SANTIAGO DE OSSORNO

MI PATRIA SEGÚN RILKE

¡ARRIBA, HIJOS DEL CUERPO!

Madrid

Se permite, se agradece y te animo a hacerlo, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento —ya sea electrónico, mecánico, manual, boca a boca o informático—, sin disponer de una autorización previa del autor de la obra, pero en caso de hacerlo sería éticamente irreprochable citar la fuente.

© Santiago de Ossorno
http://ossorno.es/
9 de noviembre de 2023

Opinaba el insigne poeta Rainer María Rilke que «la verdadera patria del hombre es la infancia». A pesar de desconocer su obra literaria, de lo cual no puedo estar orgulloso ni lo contrario, estoy de acuerdo con su aguda observación que, seguramente, he debido leer en internet en alguna recopilación de frases célebres atribuidas a gente famosa y ha servido para lanzarme a escribir este libro.

Quizá fuera durante esta corta etapa de la vida cuando, de forma tan temprana como duradera, se forjase en mi cabeza un significado erróneo de lo que deben ser la familia y el hogar, conceptos moldeados posteriormente con recuerdos antiguos, las más de las veces borrosos, sueños infantiles incumplidos y una larga lista de traumas psicológicos que arrastro desde entonces, convirtiéndose en amalgama de la frágil base sobre la que, sin poder evitarlo, he ido construyendo mi existencia. Es mi deseo que me abandonen para siempre y por eso me he embarcado en el laborioso proceso de puesta al día.

Creo bastante probable que el poeta, el hecho de que yo desconozca su obra no resta un ápice al indudable mérito que otras personas anteriormente le otorgaron, diera en el clavo. La infancia, adolescencia, juventud y las circunstancias que vivimos en ellas, conforman nuestra verdadera, auténtica y quizás única patria, ideal que al convertirnos en adultos somos incapaces de modificar por ser en sí misma una realidad inmutable.

Con este libro pretendo dejar constancia de las claves que condicionaron mi infancia, contándola a través de los hechos que puedo recordar de ella; algunos tuvieron efectos demoledores en mi posterior desarrollo personal y es innegable que dejaron su impronta en mí para siempre, en tanto que otros apenas tuvieron trascendencia en

el devenir de mi vida o tuvieron un menor impacto, pero todos influyeron y debo tenerlos en cuenta porque me han convertido en lo que finalmente soy, una persona complicada de entender; intentar recordar el pasado conlleva el riesgo de sufrir lagunas de memoria, por tanto debo reconocer, antes de seguir adelante, que para conseguirlo he tenido que dejar volar por libre la imaginación en algunas situaciones para no enredarme con los detalles, arriesgándome a perder el hilo.

Durante nuestra vida en común, Lola siempre me ha dicho que «la infancia nos marca profundamente», es cierto, la falta de cariño y apego familiar puede generar traumas infantiles difíciles de superar que tarde o temprano salen a flote y nos pasan factura; puede que la infancia constituya el punto de partida al que nos agarramos cuando queremos darle algo de sentido a nuestra evolución en la vida; ella tiene tanta razón como pudiera tener el gran poeta checo, además sabe muy bien de lo que habla debido a su propia y en general frustrante experiencia infantil, aunque lo exprese con otras palabras puesto que, al menos que yo sepa, tampoco ha debido leer a Rilke.

Obviando lagunas, metáforas e hipérboles, presentes en la forma un tanto exagerada que tengo de expresarme, todo lo que voy a contar ocurrió, otra cosa es que sucediera exactamente como yo lo cuento porque los años no pasan en balde y me han hecho perder precisión recordatoria; son como yo los recuerde y en lo fundamental me equivocaré poco porque, con licencias poéticas incluidas, he procurado ceñirme a los hechos.

Por suerte tengo acceso a numerosas fotos de mis años colegiales y he podido leer relatos de antiguos compañeros que un día también sintieron la necesidad de contar

sus recuerdos antes de que fuera demasiado tarde y los olvidasen. Con ellos edité hasta siete libros recopilatorios mientras fui secretario de la Asociación de Huérfanos del Ejército, cuya decidida, valiosa y constante labor por mantener vivos nuestros recuerdos escolares ha sido y sigue siendo magnífica y encomiable. Muchas gracias a sus fundadores y a todos los asociados.

En el libro hago un repaso general a vuela pluma de mi paso por cada uno de los colegios en los que estuve interno mientras sin saberlo se iba formando mi patria, dando por hecho que los recuerdos serán más o menos vívidos en función de cuanto me impresionasen cuando ocurrieron; también he incluido relatos cortos que tenía escritos hace tiempo sin darles visibilidad y retazos de relatos de terceros, sobre hechos que les acontecieron aunque yo no fuera testigo o no los recordemos igual.

Quiero dedicárselo a mis queridos y añorados padres, hicieron lo que pudieron para sacarnos adelante en tiempos difíciles para todos, especialmente para ellos que tuvieron que superar las terribles cicatrices de una espantosa guerra civil y la ardua crianza de nada menos que diez hijos; no podría haberlos tenido mejores, pero desgraciadamente ambos se fueron pronto y en su ausencia el futuro tuvimos que afrontarlo en solitario.

Quisiera extender mi dedicatoria al Ejército de Tierra español porque desde 1871, por medio del Patronato de Huérfanos, cumple con creces la imprescindible misión de ayuda a las necesidades básicas de sus huérfanos cuando estos y sus familiares más lo necesitan. Hoy sigue siendo una institución ejemplar, necesaria y muy querida por todos nosotros, los pínfanos.

In Memoriam

Luis de Ossorno Castro, Osuna, Sevilla
28 de junio de 1910 – Valencia, 24 de abril de 1962

María Teresa de la Puerta Sarmiento, Osuna, Sevilla
14 de septiembre de 1911 – Madrid, 23 de enero de 1981

«La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos»

Marco Tulio Cicerón

«La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio sobrellevamos el pasado»

Gabriel García Márquez

PRÓLOGO 7
LAS MERCEDES 17
PADRÓN 35
Menuda trompa 85
La fuga 91
El río Lérez 97
El botafumeiro 105
LA INMACULADA 113
Manneken Pis 128
Otros recuerdos difusos 136
EL BAJO 141
Agibílibus 172
El Numerillo 182
EL CASTILLO 189
Manolo el barquero 206
Mi primer diez mil 214
FILOSOFÍA Y LETRAS 221
CHA 229
CURSO SELECTIVO 243
EL SÍNDROME DEL INTERNADO 251
SOBRE EL AUTOR 261

Recuerdos personales aparte, mis fuentes de información han sido variadas, como la página web de los pínfanos de la que soy autor material; aunque el contenido documental pertenece a la Asociación, como pínfano que soy me siento libre de utilizarlo en este libro; también el estupendo documento «Historias de Webfanos», escrito con las aportaciones de muchos antiguos alumnos, en el que consta este poético colofón:

«Cualquiera que lo lea, si hacer versos supiere,
puede más añadir y enmendar, si quisiere;
ande de mano en mano, téngalo quien pidiere,
cual pelota entre niños, tómela quien pudiere.

Ya que es de vosotros, prestadlo de buen grado,
no desmintáis su nombre, no lo hagáis reservado,
ni lo deis por dinero, vendido o alquilado,
porque pierde su gracia el historial comprado».

También he extractado párrafos del libro «Historia del Colegio de la Milagrosa de Padrón y del Castillo de Santa Cruz», en el que tuve la suerte de colaborar como editor y corrector del texto, ayudando a sus autores.

Para no tener que estar repitiendo constantemente la procedencia de mis fuentes de información, cuando escribo algo que haya leído en ellas lo hago entre comillas y en letra cursiva para dejar clara su procedencia.

Al César lo que es del César.

PRÓLOGO

Abril 2023

Antes de ponerme manos a la obra me siento obligado a realizar una discreta introducción a la vida y milagros del autor durante su primera infancia, ya que sin esta necesaria puerta de entrada podrías pensar que estés leyendo un libro escrito por Charles Dickens, en lugar de uno mío que será lo que probablemente te haya traído hasta aquí.

Leo en Wikipedia lo que se indica sobre la obra del escritor inglés *«David Copperfield es el octavo libro obra de Charles Dickens, del género novela de aprendizaje, narrada por su protagonista, quien detalla sus aventuras en su viaje de la infancia a la madurez. Muchos elementos de la novela hacen referencia a la propia vida de Dickens, siendo probablemente la más autobiográfica de todas sus obras.*

El propio Dickens señaló en el prólogo de la novela: de todos mis libros, éste es el que más me gusta y luego, como muchos padres, tengo un hijo preferido, un hijo que es mi debilidad, este hijo se llama David Copperfield».

Por analogía, mi libro podría encuadrarse en el mismo género novela de aprendizaje, porque el protagonista cuenta en primera persona aventuras propias en su viaje desde la infancia hasta la juventud. Mas, al contrario que Dickens, yo no puedo afirmar que mi hijo preferido sea el niño que cuenta estas viejas historias; por simple lógica evolutiva. aquel niño era una persona muy distinta a mí yo actual, tanto que a veces me cuesta reconocerme en él, pero es el libro que queremos escribir entre los dos para dejar constancia de los hechos que vivió… mejor dicho, que vivimos; pretendo con ello asegurarme de que mis hijos reales puedan saber algún día, si por casualidad llegasen a leerlo, de primera mano cómo se desarrolló mi infancia o cómo la recuerda mi yo de hoy; seguro que fue diferente de las suyas, pues ellos crecieron rodeados del amor, cuidado y atenciones de sus padres y no tuvieron que sufrir grandes penalidades, más allá de las necesarias en su evolución como personas; como también hay evidentes diferencias entre la infancia de Copperfield y la mía propia, aunque en el fondo podrían encontrarse ciertas similitudes si nos dejásemos influir por los detalles.

Por fuerza debo retroceder al origen de mi infancia consciente, a partir de los siete u ocho años de edad, que es cuando considero que empezó, y tengo que darme prisa en recordarla antes de que el olvido la borre por entero; por eso escribo, intentando mantenerlo alejado mientras me sea posible.

El 24 de abril de 1962 mi padre falleció en Valencia tras cuatro años sufriendo un terrible cáncer de laringe y boca que finalmente se lo llevó por delante. De aquel día tengo un recuerdo vago y difuso, pero no se me pue-

de pedir mucho más porque tan solo era un crío, probablemente superado por la situación; entender y asumir su temprana muerte quedaba fuera de mi alcance, como tampoco podía imaginar, ni por lo más remoto, lo que iba a significar para nuestra familia.

Estábamos con unos amigos de nuestros padres, la familia valenciana de los Torrescabota, acogidos en su casa durante la agonía terminal hasta producirse el fatal desenlace. Mantenernos alejados y al margen de la tragedia le daba la oportunidad a mi madre de centrar su esfuerzo en mantenerse al lado de su marido moribundo, cuidarlo amorosamente hasta el final de sus días y despedirse para siempre de él, sin tener que estar preocupada atendiéndonos a todos los demás.

Al recibir la llamada comunicando su fallecimiento nos llevaron enseguida a nuestra casa, donde ya se estaba velando el cadáver; al llegar recuerdo, puede parecer extraño pero lo recuerdo bastante bien, que en el pasillo había algunas personas, la mayoría militares de uniforme que subían desde el cuartel anexo para darle el pésame a la viuda y despedirse del que hasta ese día había sido su jefe; sin demora nos llevaron a los hermanos al dormitorio de matrimonio, había varias sillas dispuestas cerca de la cama, individual y pegada a la pared; en una de ellas estaba sentada mamá que se levantó al vernos entrar para abrazarnos, antes de que alguien que no recuerdo nos aupase a los más pequeños para darle un beso postrero al cadáver.

Una sábana lo mantenía tapado hasta el cuello, quizá para ocultar a la vista los efectos de una enfermedad que había reducido su cuerpo a tan solo 35 kilos de peso;

tenía un pañuelo blanco anudado alrededor de la cabeza, de abajo arriba, para impedir que la boca se le abriera, dándole un aspecto extraño, imagen que todavía no se me ha borrado de la cabeza; sobre su pecho reposaba una tosca y pequeña cruz de madera que le había hecho Juan Pedro y nada más, ni rastro de medallas o símbolos militares.

Un fuerte y penetrante olor inundaba por completo el ambiente, durante años lo relacioné con el hedor de la muerte por no saber que ese mismo día en el cuartel se realizaba una matanza de cerdos; el tufo fuerte y pestilente que se colaba por las ventanas y rendijas de la casa se debía al proceso ritual que se sigue para el socarrado de la epidermis, quemando los pelos superficiales para alisar la piel del cerdo; mucho tiempo después, por casualidad, volví a percibir aquel característico olor en algún pueblo que visitábamos y pude identificarlo sin sombra de duda, era el mismo de aquél día, hay olores que difícilmente se olvidan, cuan persistente puede llegar a ser la memoria olfativa.

Me voy a permitir un salto temporal hacia delante para situarme en enero de 1981; con ocasión del entierro de mi madre en Osuna, tuvo lugar la reducción previa del espacio de la sepultura para poder enterrarlos juntos; quiso el azar que estuviera presente cuando se realizó, debido a que mi hermano Ignacio me lo pidió porque eran necesarios dos testigos de la familia; siempre me he preguntado por qué me eligió a mí precisamente, estando en el pueblo todos los hermanos mayores, puede que yo fuera el primero que se encontrase por la calle y no quiso seguir buscando; entre los restos que quedaban de lo que fue papá, pude reconocer los dos

rombos metálicos de Caballería prendidos en los raídos restos de la solapa del uniforme, un par de botones dorados de la guerrera y la hebilla metálica del cinturón militar; del cuerpo apenas quedaban pequeños restos de huesos amarillentos y polvo mortal; con sumo cuidado lo introdujeron todo en una bolsa transparente de plástico que posteriormente acabó dentro del ataúd de mamá, acomodada sobre sus piernas; hago este inciso tétrico porque me ha dado por pensar que antes de enterrarlo debieron vestirlo con el uniforme militar, siguiendo la tradición vigente en la época de vestir a los difuntos con sus mejores galas para iniciar elegantes y presentables su último viaje.

Las medallas militares, por una triste casualidad del destino, las conservo ahora en mi poder ya que antes de morir me las confió mi hermana Rocío que fue la depositaria hasta ese momento; la verdad es que no sé bien qué hacer con ellas, pero me gusta tenerlas. Ya se me ocurrirá algo, quizás enmarcarlas para tenerlas a la vista y recordarlo.

Cuando de niño me quedaba solo en casa por alguna circunstancia, que fueron más veces de la cuenta, al caer la noche me invadía un miedo irracional pensando que el espectro de mi padre iba a aparecerse en cualquier momento, lo pasaba fatal hasta que por cansancio me quedaba dormido o llegaba alguien de la familia; si esto no es un trauma infantil en toda regla que venga Rilke y lo aclare, pero se parece bastante; el día de la reducción de la tumba, al ver el estado que presentaban sus restos mortales tras diecinueve años reposando bajo tierra andaluza, lo superé definitivamente y nunca más he vuelto a sentir aquel temor infantil.

Regresemos a 1962, una ventaja de escribir recuerdos es que puedes moverte con libertad, tras su muerte nos mudamos a Madrid, pues la casa valenciana era una vivienda militar que por derecho correspondía habitar al jefe del Tercer Depósito de Sementales, donde mi padre había estado destinado, y había que dejarla libre para que entrase la familia del relevo que se hiciera cargo del mando. Es ley de vida, aunque mamá se quejase a veces de que el nuevo inquilino no le puso las cosas fáciles, presionándola para dejarla libre lo antes posible.

Al empezar las clases en septiembre, siete de los diez hermanos ingresamos internos en diversos colegios para huérfanos de militares que el Ejército mantenía en funcionamiento —hay una larga y desconocida tradición militar española en procurar el cuidado y bienestar de sus huérfanos tras el fallecimiento del progenitor— para aliviar a las viudas y ayudar a escolarizar a sus hijos, pues la pensión de viudedad que les quedaba no otorgaba suficiente protección en situaciones normales como para sostener económicamente a las familias.

Los colegios estaban repartidos por varias ciudades y acogían alumnos en función de su edad, sexo y curso escolar, el Patronato incluso asumía el coste de la enseñanza universitaria o profesional una vez terminados los estudios de Bachillerato, siempre que se acreditase buen expediente académico; de esta forma, Ignacio entró en el colegio Santa Bárbara en Carabanchel Alto para preparar la oposición de ingreso en la Academia General Militar, Manolo en el colegio Santiago de Valladolid para iniciar estudios de perito industrial, las tres hermanas pequeñas, Rocío, Victoria y Esperanza,

entraron en el María Cristina de Aranjuez para seguir con sus estudios de Bachillerato, mientras que Juan Pedro y yo acabamos juntos, internos en el colegio de las Mercedes en Madrid.

Debido a su situación universitaria, la mayor, María Teresa, se quedó en Valencia para terminar el último curso de la carrera de Geografía e Historia, Luis permaneció en Madrid para continuar sus estudios de perito agrícola, mientras que Pepi se quedó en casa porque no quiso seguir estudiando, y menos entrando interna en un colegio, porque ya tenía cumplidos los dieciocho y prefería ponerse a trabajar; así que, de golpe y porrazo, el nido se quedó prácticamente vacío dejando a mi madre a solas con su pena y a merced del conocido síndrome[i].

Los internados se convirtieron en nuestros nuevos hogares y en ellos tuvimos que aprender las reglas básicas de supervivencia. En paralelo, se puso en marcha la inevitable cuenta atrás que marcaría la progresiva destrucción de la unidad familiar tal como había sido hasta entonces; la obligada dispersión nos afectó negativamente a todos por igual y pronto nos convertimos en una familia desestructurada, como cualquiera de las que se habla ahora.

A pesar de haber pasado tanto tiempo, seguimos muy afectados por lo que ocurrió, no hemos sabido encontrar una posibilidad de arreglo, no hemos pasado página y es seguro que no lo haremos nunca, porque algunos han fallecido y los que quedamos vivos no hemos aprendido la amarga lección; así que podríamos añadir otro más, puede que haya sido el más decisivo, a los numero-

sos traumas infantiles y juveniles que cada uno de los hermanos llevamos metidos en la mochila sin terminar de superarlos, aunque cada cual los sobrelleva a su manera porque eso va en la personalidad.

No puedo imaginar el sufrimiento que sentiría mi madre al quedarse de repente sola en casa, viuda, sin recursos económicos suficientes y con sus diez hijos desperdigados por media España, sin posibilidad de mantenernos unidos y sin el apoyo de su marido. Por mucho que uno quiera ponerse en su lugar y empatizar, no resulta fácil hacerse a la idea.

Es a partir de aquella dispersión familiar cuando voy a retomar la narración de mi infancia y adolescencia durante los nueve años de estancia obligada en los colegios, hasta llegar al que espero haya sido el último internado de mi vida.

A última hora he decidido incorporar tres años más que también puedo considerarlos parte de mi juventud, a partir de los cuales dio comienzo mi vida como adulto.

Mientras escribo estas páginas, con el rabillo del ojo observo con atención como la vejez se va perfilando, lenta, pero negra y amenazadora, en el cercano horizonte, adueñándose sin permiso de todas las partes de mi cuerpo sin olvidarse de ninguna, sintiendo en el alma sus demoledores efectos; poco a poco, aunque de forma cada vez más perceptible, voy asumiendo que cuando deba enfrentarme a la inevitable decrepitud que conlleva hacerse definitivamente mayor, entra dentro de lo razonable que acabe internado en una residencia de la tercera edad del extrarradio, regentada por monjas marimandonas, cuando ya no tenga otra salida; sombrío

panorama se me presenta, siempre he dicho, medio en broma medio en serio, aunque ahora lo encuentro acertado y cada vez más cercano, que la vida es capicúa y quién sabe si el destino no me tiene reservada una última sorpresa alojado en un centro para mayores.

Confiadamente espero que, cuando llegue tan amargo día, lo lleve con la debida dignidad y que al menos me sirva para algo la experiencia acumulada.

¡Venga, vamos, arriba hijos del cuerpo, alegría!

LAS MERCEDES

Septiembre 1962 – Junio 1964

Al iniciarse el curso escolar de 1962/63, mamá nos llevó a Juan Pedro y a mí en autobús hasta el colegio para dejarnos a cargo de las monjas que lo regentaban, menuda alegría llevaríamos los tres durante el corto trayecto.

Ni siquiera colocando en un platillo de la balanza la mala suerte de tener que separarnos de la familia siendo tan pequeños y en el otro la buena suerte de no tener que desplazarnos demasiado lejos, pues el colegio que-

daba cerca de nuestra casa, apenas a unas pocas paradas en la línea 56, se equilibraría la balanza.

«Se inauguró el 9 de marzo de 1940. Estaba ubicado en un edificio de planta moderna, recién pintado, alegre y simpático, que simulaba un pequeño barco encallado en uno de los paseos de ronda de aquel Madrid de los años cuarenta del siglo pasado. Nació bajo la advocación de la Virgen de Nuestra Señora de las Mercedes, pues este era el nombre de la señora que lo fundó y mantuvo presidiendo la Junta de Damas que dirigió y administró el Colegio en su primera época, doña Mercedes Castellanos de Mendeville».

Puede ser una forma un tanto poética de verlo, pero aunque yo no consiga ver la simpatía del edificio y me cueste reconocer la silueta de barco alguno, admito que cada cual pueda tener su propia percepción del colegio, más o menos idealizada por el paso de los años.

El colegio estaba situado en la calle de Francisco Silvela, número 28, en un edificio de tres plantas en la confluencia de esa misma calle con la Avenida de los Toreros, justo enfrente de unas casas del antiguo Ministerio de Marina habitadas por familias de marinos; dónde he escrito «estaba» perfectamente podría escribir «está» porque el edificio no se ha movido del sitio, sigue encallado en esa esquina de Madrid, aunque haya ido teniendo diferentes usos hasta acabar convertido en una residencia para viudas del Ejército, tras haberse utilizado también durante años como residencia de estudiantes universitarias hijas de militares; el Ejército español, tan denostado por muchos para según qué cosas, en su constante afán protector, siempre ha sabido darle

el uso residencial que la realidad social iba demandando en cada momento.

La característica que lo hacía diferente de los demás colegios del Patronato es que era mixto, puede que fuera único en su categoría, una rara avis de los años sesenta; aunque hoy nos parezca increíble, fue un adelantado a su época en cuanto a la educación igualitaria de chicos y chicas se refiere; compartíamos las mismas instalaciones, excepto dormitorios, baños y aulas, en las que se seguía a rajatabla la política vigente de segregación por sexos como era normal entonces. Ni tanto, ni tan calvo.

En alguna parte he leído el texto que publico a continuación, probablemente hoy estaría prohibido por la ley de Memoria Democrática, pero a nosotros nos daba igual, era el pan nuestro de cada día y no tenía importancia alguna.

Somos hijos de oficiales
de nuestra España inmortal.
Estamos en las Mercedes
con el afán de estudiar y trabajar.

Herencia que nos legaron
nuestros padres al caer,
por España lucharemos
hasta vencer o morir.

Tan alegre y simpático colegio era la puerta de entrada a los orfanatos para muchos de los nuevos pínfanos[ii] que cada curso solicitaban ayuda al Patronato de Huérfanos tras el fallecimiento del cabeza de familia; en la misma medida también lo fueron los colegios de Padrón y Aranjuez, en los que niños y niñas entrábamos internos desde pequeños, algunos compañeros incluso

antes de aprender a andar o hablar por haber quedado huérfanos demasiado pronto, tampoco era raro encontrar hijos póstumos de cuya educación no podían hacerse cargo sus afligidas madres ni tampoco sus familiares cercanos. Será por tragedias, tendríamos para exportar.

Las Mercedes era un colegio regido por unas monjas llamadas Hermanitas o Hijas de la Caridad de la congregación de San Vicente de Paul y estaba totalmente financiado y atendido por una Junta de Damas que ayudaban en lo que podían, poniendo no solo aportaciones económicas sino también su trabajo y esfuerzo personales, hasta que posteriormente se hizo cargo del mismo el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra; la institución se hacía cargo de todos los gastos necesarios para el buen funcionamiento del colegio, incluyendo nuestra alimentación y educación y el sostenimiento de la comunidad de religiosas que, en compensación, se encargaban de nuestra educación y cuidados.

No quiero hablar mal de las monjas porque no encuentro motivos para hacerlo pero, aunque ellas pusieron mucho trabajo, esfuerzo, voluntad y sacrificio, debemos reconocer que quizá no tendrían la formación necesaria para hacerse cargo de un centenar de huérfanos, entre chicos y chicas, en el peor momento de sus vidas, separados repentinamente de sus familias. Cumplieron con la función encomendada y, siendo justos, solo puedo mostrar mi eterno agradecimiento hacia ellas, quizá no fueran perfectas pero sí necesarias.

Como he comentado, en el colegio se admitían huérfanos desde edades tempranas hasta aprobar el curso de

ingreso en Bachillerato, alrededor de los nueve años de edad, salvo los casos excepcionales de repetidores; cuando ingresamos nosotros dos, Juan Pedro tenía cinco años y yo ocho recién cumplidos; aunque era normal en los nuevos ingresos, no recuerdo que ninguno de los dos llorásemos al quedarnos solos el primer día ni tampoco ningún otro, puede que sintiésemos miedo interiormente pero había que mostrar fortaleza, es lo que tocaba; entiendo que nos lo debieron explicar blanco y en botella en casa para que aceptásemos sin drama la situación, pero tal vez no fuésemos conscientes de lo que pasaba. Desde el mes de abril habíamos sufrido cambios profundos en nuestra vida familiar y uno se acababa acostumbrando a lo que tenga que venir.

Una vez acabado el curso de ingreso en Bachillerato, volvía la separación por sexos, las chicas se iban a Aranjuez o Torremolinos (posteriormente inauguraron otro colegio en Guadalajara) y los chicos a Padrón; algunas familias con medios económicos los retenían un par de años en casa para no tener que enviarlos tan lejos, pero eran las excepciones.

Contaré algunas anécdotas vividas en este orfanato en mis dos años de estancia; solamente salíamos de paseo, siempre en grupo, algunos domingos o cuando nos llevaban de excursión; recuerdo haber visitado con el colegio el zoológico del parque del Retiro, donde me perdí, y que una tarde nos llevaron a un cine enorme de la Gran Vía que tenía un gran escenario delante de la pantalla; daban una película de Marisol —solamente seis años mayor que yo—, por las fechas puede que se tratase de Tómbola, y la propia artista salió personalmente al escenario para saludar al público, mayorita-

riamente infantil, después de la proyección, desatando una algarabía tremenda entre nosotros; Marisol era una artista muy conocida y querida y lo pasábamos en grande con sus películas.

Los que vivíamos en Madrid podíamos tener pase pernocta para dormir la noche del sábado en casa si la familia lo confirmaba previamente a las monjas, en caso contrario te quedabas el fin de semana en el colegio; después de comer nos daban permiso de salida y teníamos que volver sin excusas el domingo por la tarde, a tiempo para asistir a la cena; mi hermano y yo, cuando se daba el caso, salíamos del colegio para irnos a casa, momento largamente esperado durante toda la semana; que yo recuerde nunca vino nadie a buscarnos, desde que empezamos el colegio tuvimos que desplazarnos solos por Madrid, así que en cuanto las monjas daban permiso, nos cogíamos de la mano y bajábamos hasta casa, en el 56 o andando cuando no teníamos dinero para el billete de autobús.

He encontrado en internet un billete de ida del 18 de octubre de 1963 de la línea 103 que costaba la friolera de dos pesetas, si lo pasamos a euros tal vez nos sorprenderá saber que equivalen a 0,012 euros, pues ni para eso nos llegaba.

No era un paseo largo ni peligroso y teníamos buenas piernas para salir corriendo si fuera necesario; desde el colegio hasta casa, situada en el mismo sitio donde sigo viviendo hoy, parece que nada haya cambiado, y gracias a las modernas tecnologías, he medido que el trayecto apenas son 2,8 kilómetros, todos urbanos, con sus calles, plazas, semáforos, cruces, tráfico, etc., pero para

nosotros, máxime siendo unos críos, era una aventura que afrontábamos sin miedo a nada ni a nadie; como se decía entonces *«Los pinfanitos somos la hostia, ¡viva la madre que nos parió!»*.

Un sábado vinieron a buscarnos al colegio mamá y un hermano suyo que estaba de visita en Madrid, creo que se trataba del tío None pero no estoy seguro; viajamos en su coche particular hasta Aranjuez para visitar a las tres chicas allí internadas, no tengo mucha memoria de aquel día, tan solo un par de apuntes que mamá me contó años más tarde: que comimos en el restaurante «El Rana Verde» y que a Esperanza le habían salido sabañones en las manos del frío que pasaba en el internado; la pobreza energética de la calefacción del colegio me la han contado antiguas alumnas del colegio a las que he conocido por mi pertenencia a la Asociación, a la que sigo perteneciendo y con la que colaboro gustosamente. Me cuesta creer que el Patronato permitiera que las alumnas pasasen frío a sabiendas o que las monjas escatimasen carbón en su provecho, pero ya no se puede conocer la verdad; no puedo pensar que se quedasen con dinero ajeno, sino que se debería a las carencias presupuestarias de la época.

Para evitar el doloroso problema de los sabañones trasladaron a Esperanza al colegio de Torremolinos donde el clima sería más benigno, pero a cambio se quedaba todavía más aislada si cabe del entorno familiar, la dispersión era cada vez peor y nos afectaba a todos por igual.

Para ilustrar un poco la vida colegial he acudido a la página web de la Asociación[iii], en el apartado Colegios puede leerse lo siguiente:

«El régimen de vida era muy severo. No se podía hablar en el comedor casi nunca, solo los días muy señalados del año. Durante las comidas era normal que una Hermana leyese textos apropiados a la edad. El horario era muy rígido, comenzando muy temprano con el aseo personal y cuidado de los pequeños, debiendo dejar todo ordenado y recogido, así como hechas las camas. El resto del día transcurría entre desayuno, clases, comidas y recreos, que siempre nos parecían cortos. En compensación a los madrugones, se conciliaba el sueño temprano, yéndonos a la cama prácticamente de día la mayor parte del año».

En las Mercedes el trato y la educación fueron correctos en líneas generales, pero torpemente severa para ciertas cosas que hoy tendrían fácil solución; hablando de frío, no recuerdo pasarlo durante el día, pero en invierno, antes de acostarnos, las monjas nos daban a beber un ponche de leche caliente con coñac (sí, coñac) para que nos fuésemos a la cama calentitos; a los que teníamos hermanos pequeños nos hacían subir a su dormitorio para darles las buenas noches y un abrazo; gracias a eso recuerdo que Juan Pedro (y todos los de su edad) dormían en camas cuna, mientras que los internos más mayores dormíamos en camas individuales y en literas.

Entiendo que las literas eran debidas a problemas de espacio, el colegio era pequeño para acoger a tantos alumnos internos, pero tenían miedo a que nos cayése-

mos de ellas; una noche se cayó Alfredo de la Calle Colino, que dormía en la litera de arriba de la mía, y se dio un golpe tremendo contra el radiador de hierro fundido, se lo llevaron a la enfermería y volvió con la cabeza vendada. Es normal que me acuerde de su nombre y apellidos porque seguimos compartiendo cursos e internados hasta acabar el Preu.

Una mañana estábamos desayunando en el comedor en silencio, era de obligado cumplimiento, cuando de repente entraron varios niños y niñas cubiertos con sábanas mojadas por encima de la cabeza, eran los que se habían meado esa noche; las monjas les hacían dar una vuelta ataviados de esa guisa por todo el comedor como escarmiento; una de aquellas figuras fantasmagóricas resultó ser Juan Pedro, al pasar a mi lado lo reconocí y le escuché perfectamente mascullar entre dientes «putas monjas, putas monjas», como digo se le entendía y escuchaba perfectamente y no había forma de que se callase, de haber sido más mayores no sé lo que hubiésemos hecho; no puedo recordar si reaccioné para defenderlo o no, supongo que no diría nada porque la disciplina era estricta y no se permitían las protestas, pero aquello se me ha quedado grabado y seguro que a él también; me imagino que el bueno de Rilke tendría bastante que decir al respecto de haberlo sabido, pero lo cierto es que hay patrias que no nos merecen.

No quiero adelantar acontecimientos, pero durante varios años yo mismo sufrí el traumático estigma de ser uno de los «meones», un reducido grupo de niños perseguido y castigado con dureza por las encargadas de educarnos, que nos tenían por guarros sin cuestionarse los motivos, ni ayudarnos a superarlo; una experiencia

injustamente sufrida ante los demás, pues no debemos olvidar que a esas edades los niños son crueles con el diferente. No es por dármelas de nada, pero a pesar de ser un meón recalcitrante nunca me dejé intimidar por los compañeros más burlones, cierto es que sentía pánico a la hora de quedarme dormido pues sabía que posiblemente acabaría mojando la cama y no podía o no sabía qué hacer para evitarlo. Pero de ahí a dejarme intimidar por ellos, jamás, permitirlo en un internado significa una condena eterna, lo mejor era dar la cara y enfrentarte aunque te la pudieran partir, que por suerte nunca fue mi caso.

Así que era huérfano y encima meón, para qué queremos más. Sin embargo, nunca tuve que desfilar por el comedor con la sábana por encima de la cabeza, aunque lo pagaba de otra forma; cuando nos ocurría a los «mayores» teníamos que sacar los colchones al patio del recreo y apoyarlos de pie contra la pared para que se secasen expuestos al aire; hasta ahí me parece lógico para que el servicio pudiera limpiarlos una vez secos, pero resulta que el patio del dormitorio de los chicos era el lugar dónde coincidíamos todos los internos a primera hora de la mañana antes de entrar a clase —en invierno aprovechaban las monjas que estábamos en fila de a uno para obligarnos a tomar una asquerosa cucharada de aceite de hígado de bacalao, cómo sabría de mal que nos daban un trozo de pan para disimular el sabor—, obviamente todos querían saber de quienes eran los colchones mojados; hubiera querido que me tragase la tierra, sobre todo cuando quien lo preguntaba era la chica por la que estábamos todos coladitos perdidos, Inmaculada Moralejo, QEPD.

Mayores humillación y vergüenza no cabían en mi cabeza, menos mal que los episodios de enuresis nocturna fueron ocasionales durante los dos primeros años, pero lo pasaba fatal cuando me ocurría. Tal vez los escapes nocturnos se debieran a mi estado de ánimo y/o a miedos ocultos, no sé, lo mismo tengo que pedir cita al psicólogo para que me lo explique.

Del colegio de las Mercedes también recuerdo la fiesta anual que organizaban las monjas para celebrar la Inmaculada Concepción, patrona del Arma de Infantería y del colegio, era el día grande del internado en el que incluso comíamos entremeses de primero (mi plato preferido porque llevaba ensaladilla rusa), pollo asado con patatas fritas, fruta de postre y un trozo de tarta para rematar la comilona. Aprovechando un solar vacío colindante con el colegio (actualmente ocupado por un edificio de oficinas), instalaban un tiovivo, incluso una tómbola en la que podíamos jugar todos sin distinción aunque no tuviésemos dinero, como podía ser nuestro caso; la celebración incluía una merienda a media tarde con los militares y demás personajes invitados; en fin, una fiesta en toda regla que nos hacía olvidar por un día la crudeza del internado.

Muchos recuerdos me vienen cuando leo el relato escrito por un antiguo alumno y actual compañero de la Asociación, Tomás Gamero García, persona con una memoria prodigiosa y mucha habilidad para contarlo; a modo de ejemplo voy a incluir un párrafo de uno de los suyos con el que mostraba al lector la vida en el colegio.

*«**La primera noche.***

Le despertó el sabor de las patatas cocidas que había cenado. Enteras, se las comió enteras. ¡Qué diferencia con las de casa! que su madre se las chafaba.

—Déjame que te las chafe con el tenedor, te las comerás mejor—. Y era verdad, estaban más blanditas y sabrosas. Tenía mucho frío. Acurrucado como un caracol hacía lo posible por dormir. No podía. A través de aquella enorme persiana metálica entraba un helor que le impedía cerrar los ojos. La luz de las farolas de la calle y el movimiento de las hojas de los árboles formaban sombras extrañas que trataba de descifrar: ésta parece un perro, aquella tiene forma de mesa... una nube con forma de borreguito... Eso, podía contar borreguitos... u ovejas... o simplemente contar... No podía. Ahora el viento era más fuerte y silbaba a través de las rendijas de la gran puerta que daba al patio.

—¿Qué te pasa?— Oyó que le preguntaban. Se volvió. En la cama de al lado, divisó en la oscuridad a un chico moreno y de grandes ojos que brillaban como los de un gato.

—¿Eres nuevo, no? Yo entré anteayer. Me llamo Andrés. Tengo seis años y soy de Sevilla.

—Yo me llamo Juan y vengo de un pueblo de Toledo. En diciembre cumpliré los cinco. No quiero estar aquí. Me escaparé.

—No podrás. Está todo cerrado. Siempre vamos en fila y nos cuentan infinidad de veces. Nos cuidan unas chicas que nos obligan a ducharnos y lavarnos los dientes.

—¿Qué es eso?— dijo, señalando mi cabás.

—¡Mi cabás!— exclamé dando un salto— ¡Creía que me lo habían quitado!

Lo abrió, rebuscó en su interior y sacó una bolsa de caramelos de menta —los que más le gustaban—. Ofreció uno a Andrés que de un manotazo cogió uno, le quitó el papel y se lo metió en la boca en menos que canta un gallo.

—¡Qué rico! Pero, ¡guárdatelos! Que no te los quiten. Los mayores son unos abusones. Ya lo verás. —Con el sabor dulce del caramelo, Juan se durmió.

Entre sueños oyó las tres, las cuatro, las cinco, las seis... y un poquito antes de que diesen las siete...

—¡Arriba, arriba! ¡Gandules! ¡A levantarse! —Casi todos se dieron la vuelta y se volvieron a arropar, en una actitud de ruego más que de desobediencia.

Juan saltó de la cama medio dormido. Pegó un empujón a Andrés, éste se volvió protestando.

—¿Y ahora qué hay que hacer?—preguntó Juan.

—Nos tenemos que lavar la cara y los dientes y peinarnos.

Cogió el cabás y sacó una pastilla de jabón, pasta de dientes, el cepillo y el peine. Observó que los demás cogían su toalla. Él no tenía, pero al momento se acercó una chica —la misma que les había despertado— que le dejó un montón de ropa encima de su cama.

—Toma, tu número es el 77. Cuando vayas a casa que te lo marquen todo.

—Volver a casa— pensó Juan. Si su madre apenas tenía para malcomer. ¿Cómo le iba a sacar siquiera de fin de semana?

Una voz le apartó de sus pensamientos.

—¡Venga, venga! ¡A lavarte! ¡Que llegas tarde al desayuno!

El agua estaba muy fría. Se lavó, tal y como le dijo Andrés, las manos, cara, orejas y se mojó el pelo, que peinó con rabia. La cuidadora no se apartó de él hasta que acabó».

Mi número durante los dos años que estuve interno en Las Mercedes fue el 76, algunas cosas son difíciles de olvidar y el número asignado es una de ellas, porque ese número se convertía en tu seña de identidad mientras estuvieras en el internado; con él se marcaba toda la ropa, incluyendo la interior, y había que memorizarlo para ponerlo en la libreta de clase y en tus objetos personales, veo natural que no lo haya olvidado.

Acabado el curso escolar no terminaba la disciplina colegial, pues el Patronato organizaba estancias en lo que llamaban colonias de verano; a principios de julio, los de las Mercedes íbamos a un colegio en Fuengirola que estaba vacío durante el verano; pasábamos un mes estupendo, yendo a diario a una cercana playa, haciendo excursiones a pueblos cercanos o dando largos paseos por Fuengirola; los recuerdos que tengo de estas colonias son buenos pero contados, en la playa las mujeres que vivían en las casas cercanas a la orilla tendían sobre la arena la ropa recién lavada para que se secase rápidamente, tardaba poco en cuanto salía el sol, todavía pue-

do ver las sábanas sujetas con grandes piedras en las esquinas para que el viento no se las llevase volando; los bañadores de los chicos y chicas eran todos del mismo color para poder reconocernos de lejos.

Muchas mañanas entre semana éramos los únicos bañistas de toda la playa porque el bum turístico todavía no había despegado con la fuerza que lo hizo después y había espacio libre para afortunados como nosotros, podíamos jugar, correr, bañarnos, hacer castillos en la arena... sin parar quietos un momento ni molestar a nadie; cuando llegaba la hora de comer, las monjas tocaban un silbato, nos reunían, nos contaban y volvíamos andando hasta el colegio protegidos de la solana con nuestros gorritos, fueron unas vacaciones estupendas el primer año; el segundo verano lo esperamos con verdadera ilusión porque conocíamos el entorno y sabíamos que lo pasaríamos muy bien, sin las angustias del curso en el colegio.

Ni siquiera durante las vacaciones pude librarme del húmedo problema nocturno, pero tengo una buena coartada, señor juez; los baños de los dormitorios estaban en el patio exterior y las monjas cerraban las puertas por la noche para que nadie se escapase o hiciera trastadas (se nos ocurrían muchas) y ellas pudieran dormir tranquilas; una noche me desperté con la necesidad inaplazable de hacer pis, pero cuando quise salir al patio vi que no se podía abrir la puerta, estaba cerrada y no había forma de salir de allí, ni siquiera saltando por la ventana porque tenían rejas por estar el dormitorio en una planta baja; de pronto entré en modo pánico, con los nervios a flor de piel, resistí todo lo que pude, pero al final no encontré mejor solución que mear de pie

contra la encalada pared del dormitorio junto a la entrada; al acabar la meada de urgencia me acosté aliviado aunque temeroso por las consecuencias que debería afrontar en cuanto las monjas nos despertasen por la mañana.

Pedro Codosero, Iñako Negueruela, Alfredo de la Calle Colino y yo, tumbados al sol en la playa de Fuengirola (1963)

Cuando una abrió la puerta por la mañana y se encontró con aquello montó un escándalo de narices, porque no era solo la mía sino que había un reguero de meadas en paralelo contra la pared y por el suelo en dirección al desagüe, se ve que no fui el único que se alivió aquella noche y gracias a eso me salvé del castigo, supongo que entenderían el problema y decidieron que era mejor hacer la vista gorda; a partir de entonces cada noche dejaban sin echar la llave de la puerta para evitar que se repitiera el problema y con ello se les acabaría dormir a gusto, las imagino haciendo guardias de imagi-

naria por si acaso alguno se escapaba que era lo que más temían.

El segundo año nos prepararon para la gran prueba de ingreso al Bachiller, había que estudiar y las monjas nos apretaban de lo lindo para que llegásemos en óptimas condiciones al examen final que no se realizaba en el colegio sino por libre en el Instituto San Isidro, para enfrentarnos en solitario a la dura prueba, sin el soporte y amparo cercanos de las monjas; los profesores del instituto tenían fama de ser más duros, inflexibles y exigentes que ellas y seguro que llegaríamos asustados, pero afortunadamente superé la prueba con un flamante cinco raspado y con ello finalizó mi estancia en Las Mercedes, el próximo curso tendría que trasladarme a Padrón para cursar Primero de Bachillerato.

El rumor que corría entre los que aprobamos, provocando muchos nervios y temor en todos, aparte de que Padrón estaba en Galicia y por tanto muy lejos de nuestras casas, es que la disciplina era rigurosa y el colegio mucho más grande, en el que los chicos mayores eran unos abusones, más brutos que un arado y que nos esperaba un negro futuro, menos mal que antes podríamos disfrutar de otro verano más en Fuengirola.

Ese verano nos llevaron a la finca que en las cercanías del pueblo tenía José Antonio Girón de Velasco, un señor que había sido ministro de Trabajo hasta unos años antes, bajo su mandato se creó la Seguridad Social, también era procurador en Cortes y no sé cuántos cargos importantes más, sin duda una figura relevante del Régimen anterior; al parecer era padrino de bautizo de Iñako Negueruela, un compañero del colegio que tam-

bién veraneaba con nosotros, o de alguno de sus hermanos.

Nos trataron de maravilla, pasamos una buena tarde y merendamos como mandan los cánones, no recuerdo mucho más de aquella visita, aunque al parecer me impactó y por eso me ha venido a la cabeza.

PADRÓN

Septiembre 1964 - Junio 1966

Llegué en septiembre de 1964 a Padrón con diez años recién cumplidos durante el verano; la memoria es frágil y caprichosa a partir de cierta edad, pero recuerdo que me llevó mi madre en tren y fue la segunda (la primera me llevó a Las Mercedes) y última vez que ella me acompañase a ningún colegio; claro que su maternal gesto estaba justificado porque vivíamos en Madrid y más de seiscientos kilómetros separan por tren ambas

poblaciones; salvo los dos veranos en Fuengirola, nunca me había alejado tanto de casa.

El viaje se hizo eterno, a última hora de la tarde cogimos un tren correo en la estación del Norte que de madrugada llegaba a Redondela, donde había que bajarse para hacer transbordo a un tren de tercera clase que llegaba de Vigo y tenía parada en la estación de Padrón bien entrada la mañana; eran catorce o quince horas de traqueteo que dejaban baldados a los viajeros, aunque para mí fue una experiencia que viví con los ojos abiertos de par en par porque desde niño he sido de fijarme atentamente en todo lo que ocurre a mi alrededor; el primer tramo lo hicimos en un cómodo departamento de segunda clase, ocho personas sentadas, enfrentadas en dos grupos de cuatro, obligadas a compartir la noche; a pesar de todo, era un lujo comparado con el tren, sacado de alguna película del Oeste, que nos llevaría desde Redondela hasta Padrón; sin departamentos cerrados, asientos corridos de madera barnizada y un pasaje variopinto, recuerdo como si fuera ayer a las campesinas que llevaban sobre sus cabezas, sin esfuerzo aparente, enormes sacos de patatas y de verduras para venderlas en el mercado (al entrar los dejaban en el suelo), como si formaran parte de sus cuerpos, y a las que subían al vagón con jaulas de ruidosas gallinas malolientes y conejos, hombres fumando sin parar cigarrillos que ellos mismo liaban, llenando de humo el interior del vagón, viajeros comiendo pan y embutidos que sacaban de cestas de mimbre con tapadera, el monótono traqueteo del tren deslizándose lentamente por las vías... un cuadro costumbrista de lo más real.

Los pínfanos son una mina de recuerdos, consiguen refrescarme la memoria para constatar que había chicos que sufrían peores viajes para llegar al colegio:

«Corría el año 1962 y este menda, que con nueve añitos no había salido nunca de su ciudad natal (Zaragoza), comenzaba su primer viaje al CHOE de Padrón. El viaje lo hice en compañía de mi madre y de un hermano suyo, radiotelegrafista del Ejército del Aire, que nos acompañó en la aventura. Elegimos la forma más económica de viajar por entonces, el tren.

Recuerdo que cogíamos el expreso que venía desde Barcelona con destino final en Vigo. Era conocido como el Shanghái Exprés, supongo que por lo largo del recorrido y porque el viaje era toda una aventura. Lo cogíamos en Zaragoza a las nueve de la mañana y el viajecito, en aquellos trenes con máquina de vapor y apartamentos de ocho personas cada uno, duraba todo el día, toda la noche y hasta las tantas del siguiente día no llegaba a Redondela, ya en Galicia, donde se realizaba el trasbordo a un nuevo tren que hacía el recorrido Vigo - Santiago y que finalmente te dejaba en Padrón sobre las cuatro de la tarde del día siguiente a la partida.

Para no haber salido nunca de mi ciudad, el primer viajecito no fue manco. Recuerdo el subir y bajar de viajeros que se iban turnando en el departamento hasta que llegaban a sus destinos, mientras nosotros seguíamos y seguíamos allí metidos. Horas de mirar por la ventanilla aquella que se podía bajar, teniendo cuidado de que no te entrara "carbonilla" en los ojos. Paradas y paradas en cientos de estaciones cruzando

todo el norte de España. Cambios de máquinas (Venta de Baños), repostaje de agua a la locomotora, vendedores de bocadillos ambulantes en los andenes, y de las riquísimas mantecadas de Astorga que comprábamos desde el tren allá por la madrugada. El tremendo puente de Redondela, la comida en la estación, en fin, toda una experiencia».

Añadiría que fue una experiencia difícil de olvidar, porque cuando releo estos pasajes puedo revivirlos como si todavía estuviera metido en uno de aquellos trenes.

En los primeros años sesenta, Padrón, la antigua Iria Flavia romana, cuna natal de Camilo José Cela y de Rosalía de Castro, era un tranquilo y rural pueblo gallego situado en las faldas del monte de San Gregorio, a orillas del río Sar; el colegio ocupaba en su totalidad un viejo y enorme caserón que anteriormente había sido convento de las Salesas, por lo que en el pueblo se nos conocía a los pínfanos como «os nenos do convento».

Estaba ubicado en la rúa de Carmen, en el paraje conocido como las Barreiras; para hacernos una idea más exacta del rústico entorno colegial, reproduzco un pasaje del libro «Historia del colegio de la Milagrosa» publicado por la Asociación de Huérfanos del Ejército, de cuya corrección y edición fui corresponsable:

«Ayer camino circulado por carretas repletas de cañas de maíz, tiradas por yuntas de bueyes cuya música destacaba por el chirriar agudo de las ruedas de madera maciza, cuyo sonido penetraba a través de las ventanas hasta los estudios donde los niños en sus pupitres seguían con su silencio la lenta marcha de los

bueyes guiados por labriegas cuyas vestimentas, negras y largas, y los pañuelos en la cabeza, hacían temblar los ánimos de los niños más valientes. A ello había que añadir la larga vara rematada con un punzón, útil para pinchar a los bueyes, acelerando de esta manera su lenta y rítmica marcha. También impresionaban los labradores con sus guadañas afiladas camino de los campos de labranza».

La estación de tren distaba del colegio apenas un kilómetro y medio que recorrimos andando, tirando de las maletas a falta de medio de transporte; cruzamos el río por el puente de piedra y enfilamos el tramo final; al menos íbamos ligeros de equipaje, yo llevaba una pequeña maleta cerrada con correa de cuero con algo de ropa, útiles de aseo personal y poco más, mi madre una maleta ligera porque solamente iba a estar un par de días antes de regresar a casa —tenía nueve hijos más a los que atender y el dinero preciso para una corta estancia—, el tiempo justo para comprobar por sí misma donde me iba a dejar a mi suerte; con la firme decisión tomada de antemano no cabía marcha atrás. Como dijo el emperador Julio César cuando cruzó el Rubicón: *Alea jacta est!*

Mi madre habló con la Madre Superiora antes de dejarme en manos de su Comunidad, Hijas de la Caridad como en las Mercedes, por lo que no me impresionaron lo más mínimo sus blancas y puntiagudas tocas, y volvió al día siguiente para despedirse; seguramente debió alojarse en casa de la señora Conchita, también viuda y madre de pínfano, que solía hospedar a las madres de huérfanos que acudían a llevar o visitar a sus hijos.

El problema es que cuando dejó los datos de contacto no se le ocurrió otra cosa que decir que era la Marquesa viuda de Lugros; vamos a ver, convendremos que no era el momento ni el lugar apropiado para dárselas de nada, me dejaba en un remoto orfanato gallego para niños sin recursos, no en un elegante y caro colegio inglés, el orgullo de clase tendría que habérselo dejado en Madrid, ella era así, pobre y viuda pero orgullosa de lo único que mi padre le había dejado al morir, una pensión, diez hijos y el derecho a usar título nobiliario. A algo tenía que agarrarse para sobrellevar tantas penas.

Las monjas, con ese punto de fina ironía que se gastaban, desde entonces y entre ellas, se referían a mí como «el marquesito» y tuve que rezar lo que no está escrito para que el rumor no llegase a oídos de mis compañeros; el cachondeo hubiera sido mayúsculo, insoportable, bastante tenía con quedarme solo en aquel colegio los dos siguientes años de mi vida, como para encima tener que soportar las burlas de los pínfanos, ¿dónde se ha visto a un marquesito vestido de trapillo? Además, ni siquiera era cierto que lo fuera porque el auténtico marqués era mi hermano Luis, tan huérfano y pobre como el resto de los hermanos, porque en nuestra recién estrenada pobreza no había lugar para distinciones.

A pesar de todo se acabaron enterando pero, contrariamente a lo que esperaba, no me dieron mucho la tabarra, porque en aquel perdido colegio padronés tampoco había lugar para los motes y lo supe enseguida.

Me asignaron el número cuarenta y ocho, a partir de ese instante dejé de tener nombre propio y rango de per-

sona para convertirme en un simple número de dos cifras; con él se marcaban todas las prendas de vestir y nadie, salvo los compañeros más cercanos que a veces me llamaban «oso» (acortando el apellido, no por la pinta), volvió a llamarme por mi nombre de pila ni por el noble mote durante mi estancia en Padrón.

El mismo día que llegué me entregaron el uniforme de diario, un áspero conjunto compuesto por dos prendas de color grisáceo, como el encapotado cielo de Padrón, con chaquetilla y pantalón corto, al que todos se referían como «el trapillo»; tenía gracia el asunto, la ropa podía tener nombre propio y en cambio nosotros solo teníamos derecho a ser un número, pero así era la vida del pínfano y cuanto antes lo entendiera y asumiera mejor para mí.

Se completaba la equipación con un chaleco de punto, dos camisas también grises, mudas interiores de quita y pon compuestas por camiseta blanca de tirantes y calzoncillos blancos tipo pantalón que nos llegaban hasta las rodillas, malos para ocultar palominos o para unas prisas por su bragueta abotonada, dos pares de calcetines gruesos, botas tobilleras y sandalias de cuero que se llevaban sin calcetines; la estrella del conjunto reglamentario, obsequio de la comunidad de monjas, era una cadena de la que colgaba una medallita redonda de latón con una imagen en relieve de la Virgen porque oficialmente el colegio se llamaba Virgen de la Milagrosa, había que hacerle los honores y solicitar su protección.

En la vestimenta no podía faltar un elegante uniforme de paseo, consistente en una marinerita de dos piezas con pantalón corto y un abrigo de buen paño, también de color azul para los días de frío, zapatos Segarra de vestir y calcetines largos a juego; de mi estancia en Padrón no conservo más que un par de fotos y en ninguna estoy ataviado con tan bonito uniforme, pero he rescatado una de la época que proporciona una idea exacta de su elegante configuración.

Lo peor no era que la calidad de tejido del uniforme de diario picase, por fuerza de la costumbre enseguida se supera, sino que nos entregaban el calzado reglamentario según el número de pie que tuvieras el día del reparto; al principio las sandalias encajaban bien, pero en cuanto llegaba la temporada fría y debíamos calzarnos las botas de invierno, lo mismo el pie había crecido una talla y la mayoría teníamos que andar con los dedos encogidos; al llegar la primavera a muchos nos tenían que cambiar las sandalias porque no había manera de que entrasen allí los pies; cuando te ponían pegas para el cambio la solución era intercambiarlas entre nosotros o romperlas hasta dejarlas casi inservibles, pero tenían buenos zapateros que las remendaban porque no se tiraba nada; el asunto del calzado fue denominador común de todos los colegios por los que pasé, al estar gestionados por militares se nos aplicaba el mismo proto-

colo que a los soldados de reemplazo, sin tener en cuenta los cambios físicos que suelen experimentar los niños durante la etapa de crecimiento, algo que con los quintos no pasaba; daba igual que los pínfanos estuviésemos afectados por un capricho de la naturaleza, porque si en el reglamento de régimen interior pone que el calzado se reparte en septiembre, se cumple sin discusión; tras tantos años de maltrato a los pies, en una etapa de continuos cambios corporales, no me extraña tener los pies tan raros que tengo, que no sé ni cómo puedo caminar con normalidad, cavos en exceso, juanetes, uñas encarnadas, dedos en garra... unos pies que evito me vean los demás cuando me descalzo aunque yo no sea el responsable de sus deformidades, oye mira, quien no quiera verlos que aparte la vista.

Incluso el calzado tenía su propio chascarrillo:

«Los zapatos de este año también tienen agujeros, hay que decirle a Segarra que no ahorre tanto cuero».

Las trabajadoras externas —marmotas en el argot del internado— que atendían las labores auxiliares del colegio (comedor, limpieza, lavandería, etc.), hablaban entre ellas en gallego y no las entendíamos ni media palabra; cuando se dirigían a nosotros pasaban al castellano, pero tenían el acento tan cerrado que complicaba la comprensión, costó acostumbrar el oído a la musicalidad galaica, pero acabamos entendiéndonos; a mí no se me daba mal el gallego, incluso imitaba su acento para facilitar el intercambio cultural y es una costumbre que me ha quedado y practico cuando viajo; puede que la experiencia de haber vivido cuatro años en el Cabañal

de Valencia, dónde se hablaba en valenciano a todas horas, me facilitase el aprendizaje de nuevas lenguas.

El primer trimestre transcurrió con cierta normalidad, era veterano en estas lides, acumulaba un bienio de antigüedad como pínfano en Madrid y mejor o peor sabía lo que me esperaba; lo que no sabíamos y aprendimos sobre la marcha era el intenso frío que hacía en invierno, ni tampoco que de octubre a mayo lloviera casi a diario.

El dormitorio común, grande y en forma de T, tenía capacidad para que durmiésemos todos los alumnos juntos, más de cien niños entre seis y doce años en un ordenado pabellón, más parecido al de un hospital militar que a un cuarto infantil.

Al repartirse las camas por orden numérico, la mía quedaba justo en la esquina inferior de la foto, según se entraba en el dormitorio a la izquierda; al lado de cada cama se encajaba una pequeña mesita de noche y, empotrados en las paredes laterales, también había armaritos bajeros con puertas de madera en colores blanco y azul, como los de Galicia.

Justo encima de los armarios había amplias ventanas sin cortinas para que entrase la luz, aunque con contraventanas de madera que siempre estaban abiertas; las noches de tormenta disfrutaba en primera fila de espeluznantes deslumbramientos y atronadores zambombazos que me mantenían aterrorizado y escondido bajo las mantas, sin osar asomar la cabeza mientras durase el espectáculo.

En unas pocas líneas quiero comentar las tormentas padronesas, eran una constante en invierno y aquellos truenos, al contrario de lo que suele pasar en las ciudades donde los edificios difuminan y disimulan el ruido, resonaban como si el cielo se desgarrase de arriba abajo; primero entraba el resplandor azulado del relámpago iluminando espectralmente el dormitorio (se oían gritos de niños muertos de miedo) y en segundos llegaba el estruendo sonoro de una bomba nuclear explotando sobre nuestras cabezas (imposible escuchar nada más); repetido durante horas y horas cada noche, era una tortura sónica que debió afectarme al sentido del oído con daños colaterales de por vida, entre aquello y las mascletás valencianas acabaré sordo como una tapia.

«Yo recuerdo a algunos pequeños, muy pequeños, a los que, sobre todo al comienzo del curso o tras las va-

caciones de Navidad, se les oía sollozar bajito en sus camas, y a otros compañeros que cuando la hermana de turno se marchaba, confiando en que todos estaban dormidos, se levantaban y se iban a las camas de los pequeños para charlar un poquillo con ellos y darles ánimo, aunque fuera simulando fortaleza».

Por la razón que fuera, terrores nocturnos, miedo a las tormentas, sensación de abandono y soledad ante el peligro... algunas noches (más de las que hubiera querido) mojaba la cama, a veces me despertaba con ganas de mear pero el pánico y el frío me impedían levantarme para ir al baño, tenía que atravesar a oscuras todo el dormitorio para llegar y no conseguía reunir el valor necesario; los gritos y llantos que algunos compañeros emitían durante sus sueños infantiles, unos llamando a su mamá, otros con pesadillas, la posibilidad de que te partiese un rayo a medio camino o coincidir con la monja de ronda recorriendo el dormitorio vestida con gorro de dormir y camisón hasta los pies, portando en la mano una palmatoria encendida (lo mismo no tenían linternas) que me recordaba a una película mexicana de terror que habíamos visto de pequeños en la que una señora emparedada salía llorando de su encierro por las noches volviendo majareta al pobre incauto que se cruzase en su camino, me mantenían escondido bajo la manta por muchas ganas de mear que tuviera y, al quedarme luego dormido, me lo hacía encima.

El resultado era que por la mañana (cuando no a media noche, lo cual era bastante peor porque no podía cambiarme hasta primera hora) mi cama y yo amanecíamos empapados y malolientes; sin necesidad de esperar a que la revisión de policía que hacían las monjas

cada mañana me descubriera, yo me adelantaba a los acontecimientos y confesaba mi culpa, me notaba sucio, con las orejas gachas por la vergüenza, pero afrontaba las consecuencias; las marmotas limpiaban el colchón y cambiaban de ropa la cama, mientras las monjas me daban una ducha de agua fría para que aprendiera, me entregaban una muda limpia y ahí se acababa todo hasta la siguiente noche de terror; bueno, todo no porque durante unos días para el resto de los compañeros me convertía en «meón», dura prueba en un internado de chicos que requería ofrecer resistencia por mi parte, pero prefería que me llamasen meón a marquesito; menos mal que no era el único, al repartirse las burlas entre varios se llevaba mejor el oprobio y no me quedó otra que aprender a fortalecer mi carácter ante las burlas ajenas y defenderme como una fiera salvaje llegado el caso.

A pesar de lo cual seguí meándome de vez en cuando el resto del curso, con menor frecuencia que al principio pero sin conseguir librarme totalmente del problema.

Mucho peor lo tenía mi compañero de dormitorio, el cuarenta y nueve, en su vida anterior se apellidaba Morquecho pero, como ya he comentado antes, en el mundillo numerológico del colegio tan solo era el cuarenta y nueve; lo tenía peor porque, aparte de mearse en la cama, a veces también se cagaba, lo cual me vino bien porque ante una cagada las meadas eran aguas menores y pasaban a segundo plano; con él sí que se cebaban todos, puede que incluso yo mismo en alguna ocasión porque tuve que soportar muy de cerca el fétido olor que despedía su cama al destaparla; su extrema timidez y el hecho de que se avergonzase tanto de su problema le impedía hacer frente con gallardía a las burlas; a veces

intentaba animarlo pues lo entendía bien, pero el pobre lo pasaba bastante mal y no era capaz o no sabía qué hacer para superarlo; aquella mala experiencia seguro que le habrá pasado factura el resto de su vida, como también me ha afectado a mí; de nuevo tengo que darle la razón a Rilke, aunque en estos casos nuestra infancia se limite al recuerdo de unas sábanas mojadas con el miedo metido en el cuerpo; pero, al menos que yo recuerde, durante mi estancia no existió este húmedo pabellón:

«En Padrón, cerca de los baños, se ubicaba el pabellón de los meones, junto a la puerta de acceso a la zona de la Comunidad; allí ponían las monjas a dormir a los pequeños con incontinencia de orina por las noches. Supongo que aquellas camas tenían colocados empapadores, aunque lo peor era por las mañanas, recuerdo a una tal Sor Pilar que cada mañana al levantarnos se encargaba de lavar a esos pequeños con duchas de agua fría, solo de pensarlo me castañean los dientes.

Es seguro que más de una vez mojé la cama y recibí en mis tiernas carnes la canallesca ducha de agua semi helada de la que pretendíamos escapar y más de uno salía sangrando al chocar contra las paredes laterales que separaban unas duchas de otras; recuerdo las carcajadas de las monjas y marmotas oyendo los aullidos de los pobres desgraciados que habían mojado la cama la noche anterior.

Realmente era aterrador, he llorado, como otros compañeros, solo con oírles gritar aunque no te hubieras hecho pis y no temieras que te hicieran tal cabro-

nada. A mis años, gracias a tan dulce y caritativo comportamiento monjil, soy incapaz de ducharme con agua fría porque me entra un castañeo de dientes y un ahogo que soy incapaz de soportar debido al trauma que me causaron en la infancia».

Nos cortaban el pelo casi a cepillo cada poco tiempo, llegaba el peluquero, vete a saber si era su oficio real, armado con una maquinilla eléctrica nunca antes vista, estábamos seguros de que era para esquilar ovejas, y en una sala amplia, que lo mismo servía para dar clase de gimnasia cuando llovía, que para representar obras de teatro o para los recreos bajo techo, procedía al esmerado y concienzudo rapado de todas las cabecitas sin olvidarse de ninguna; éramos tantos que se tiraba allí toda la jornada a la espera de nuevas víctimas inocentes, no había forma humana de escapar al martirio; el corte de pelo era un acto temido por todos porque, aparte de querer llevarlo un poco más largo, era evidente que el bueno del peluquero desconocía la diferencia existente entre un pínfano, en el fondo un pobre y desvalido huerfanito, y un borrego; no eran solo los feos trasquilones que te dejaba sino los dolorosos pellizcos que te llevabas en cuanto se descuidaba y pillaba un pliegue de piel, bien porque a la maquinilla de rapar *bestas* le faltase aceite de lubricación o por quedarse roque de aburrimiento en mitad de la faena, encima el tío se enfadaba si se nos ocurría protestar.

«Un misterio de la epidemiología era la ausencia del pediculus capiti, en cristiano, piojo. La higiene era deficiente. La vida comunitaria, rayana en el hacinamiento. La esquila del borrego se hacía con instrumental infecto. Los peines eran de uso indiscriminadamen-

te compartido. La ducha, semanal, decididamente escueta, y hasta con escaqueos. Constituían el hábitat perfecto para el desarrollo de los artrópodos. En buena lógica tendríamos que disfrutar en cada cabeza de nuestro propio ecosistema y, sin embargo, no había piojos. Se podría argumentar que los desahuciaba, cada mes, aquel secuaz de Cochisse que de forma inmisericorde nos arrancaba la cabellera; aquellos bichiños eran muy listos y supervivientes natos, como los pínfanos. ¡Como no fuera que se murieran de asco!».

En general la comida no estaba mal aunque la mayoría protestase por todo; yo, que había ingresado en las Mercedes hecho un crío caprichoso, enseguida entendí que negarse a comer lo que te daban no servía de nada y a los pocos meses me comía lo que hubiera sin rechistar, con gran asombro de mi madre y hermanos cuando coincidíamos en casa; no me gusta esto, no me gusta lo otro... pues no te preocupes y dámelo a mí que ya me lo como yo si tú no lo quieres.

Si había un plato incomestible para mí, ese eran las acelgas; las ponían a diario, especialmente odiaba la sopa de acelgas, solo con olerlas ya me entraba tal asco que no podía con ellas, pero las monjas eran estrictas y vigilaban muy de cerca en las comidas para que no quedase nada en el plato y no había forma de evitarlo, tenías que comértelas sí o sí; tirando de veteranía empecé a guardar en los bolsillos del trapillo cualquier bolsita de plástico que encontrase, rebuscaba hasta en las papeleras; coleccionaba las bolsas de pipas «La Pilarica», para meter en ellas de tapadillo todas las acelgas que entrasen y arrojarlas lo más lejos posible por la ventana en cuanto la monja se despistaba mirando para otro lado;

como yo no era el único miembro activo del frente anti acelgas, aquello se desmadró y acabaron descubriéndonos.

La ventana del comedor daba al foso de salto de longitud y altura, un pequeño rectángulo de cemento relleno de arenas movedizas para amortiguar los aterrizajes forzosos durante los saltos en gimnasia porque el colegio carecía de colchonetas mullidas; al acabar las comidas, el foso quedaba sembrado de numerosas bolsitas de comida que caían como llovidas del cielo; a la hora de los saltos tenías que poner cuidado al caer para no acabar rebozado en acelgas podridas; obviamente las monjas se enteraron de los lanzamientos, también ellas aprendían sobre la marcha los gajes del oficio de vigilancia, y desde ese día tuvimos que volver a tragarnos las acelgas sin rechistar bajo sus atentas miradas de carceleras frustradas y con las ventanas cerradas por si acaso; parece mentira que con el tiempo me hayan acabado gustando aunque siempre tienda a evitarlas, cuando no tengo alternativa me las como... salvo que tenga guardada en el bolsillo del pantalón alguna bolsita de pipas y haya cerca una ventana abierta.

Las monjas de las Mercedes debieron avisar a las de Padrón, eran de la misma Congregación, Hermanitas de la Caridad o de San Vicente de Paul y por tanto colegas, porque me eligieron para ejercer de monaguillo junto a otros dos o tres chicos, al parecer tenía cara de bueno y conocía bien los secretos de la liturgia; desde entonces tuve que asistir al páter en las Misas de la mañana antes del desayuno y en los Rosarios de la tarde antes de la merienda; se ve que si queríamos comer, primero teníamos que rezar y participar en cuantas actividades reli-

giosas se celebrasen en el colegio o en el pueblo que según la época del año eran unas cuantas, sobre todo en Semana Santa y Navidad.

No estaba nada mal pertenecer al elitista grupo de los monaguillos de plantilla, especialmente cuando el párroco del pueblo le pedía ayuda al páter del colegio y teníamos que acudir a la iglesia de Santiago para ayudarlo en su tarea parroquial; los vecinos más rumbosos dejaban en el cepillo sobres con una pequeña propina para nosotros y ese dinero extra, repartido a escote, nos venía de perlas para poder afrontar los gastos dominicales, un puñado de caramelos de menta Saci, una botella de gaseosa la Pitusa o una bolsa de pipas La Pilarica; había que hacer grandes ajustes económicos porque las tres cosas a la vez no siempre podían comprarse por tener poco parné; he encontrado este texto en un blog que explica lo de las pipas mejor que yo:

«Nadie que no tenga más de cincuenta años recordará las esperanzas e ilusiones generadas por las pipas La Pilarica. Entonces, como hoy, los niños éramos muy sugestionables y comíamos pipas. Por una peseta o un poco más, comprabas un paquete de pipas La Pilarica. Dentro había un papelito que podía contener un premio: podías soñar con un mecano o hasta con una bicicleta. Pero en el papelito siempre ponía "¡Qué rica La Pilarica! Repita". Te prometo que una vez me salió un premio, ¿adivinas cuál? ¡Otro paquete de pipas!».

Las monjas administraban al céntimo los giros postales que los alumnos más afortunados recibían de casa, llevaban las cuentas individualmente tan bien como pudiera hacerlo un contable; recuerdo a pínfanos que reci-

bían un duro (cinco pesetas) a la semana, mientras que yo podía aspirar como mucho a una o dos pesetas porque a mí cartilla le gustaban los números rojos; por eso estaba siempre esperando que el párroco del pueblo nos llamase para algún servicio religioso por si nos sonreía la fortuna, además la aportación quedaba «libre de impuestos» porque nos la guardábamos directamente sin ser fiscalizada ni racionada por las monjas, salvo cuando nos pillaban y pasaban a ser anotadas en cuenta.

Con la paga semanal en el bolsillo visitábamos en tropel, durante el paseo de los domingos, las pocas tiendas del camino y el quiosco para comprarnos chucherías, mis preferidas casi siempre eran los diminutos Sacis que costaban diez céntimos (un chavo) el puñadito y las bolsas de pipas; en fin, al menos las pipas primero las disfrutaba y luego podía guardarme la bolsita para hacer desaparecer las odiadas acelgas.

Durante las fiestas anuales se montaba una feria en las cercanías del campo de fútbol del pueblo —si no me equivoco se llamaba el Souto, donde jugaba el equipo local y en el que durante la semana dejaban pastar a un rebaño de vacas para que no creciera demasiado la hierba, lo malo era que dejaban minado el terreno de juego con unas plastas tremendas que llamábamos boñigas— al final del paseo del Espolón; allí que nos llevaban en fila de a dos las monjas para que montásemos en los caballitos, en el tren de la bruja, en la noria o en lo que se pudiera, siempre que tu exiguo presupuesto económico lo permitiera; para estas ocasiones solían darnos una pequeña cantidad extra o intentaban convencer, a veces con éxito poniendo cara de pena, a los fe-

riantes para que nos dejasen dar alguna vuelta gratuita *«veña home, non ves que os nenos son orfos e pobres»*.

Impresionante fue entrar una tarde en una caseta en la que exhibían animales raros, el que yo vi era un ternero al que le salían de la nuca las dos patas de otro, con sus pezuñas y todo, que debió gestarse a la vez que él pero sin llegar a prosperar como ente independiente. Lo mostraban como una rareza de la naturaleza y sin duda lo era, pero a mí me dio mucha pena y me arrepentí de haber entrado porque luego tuve pesadillas; otra momento que recuerdo bien es que entramos en un teatro ambulante para ver una representación de la obra «Marcelino Pan y Vino», me impactó sobremanera una escena en la que Jesucristo crucificado desclavaba una de sus manos de la cruz y la bajaba despacio en dirección a Marcelino que le estaba ofreciendo un mendrugo de pan, la conseguida puesta en escena del montaje, la iluminación y emotividad del momento la hizo tan realista me hizo pensar que era cierto lo que estaba viendo y no salí de allí a escape de puro milagro.

Lo que voy a contar a continuación no puedo demostrarlo, aunque pienso seguir indagando sobre la noticia; en alguna parte ha de estar la prueba que quiero encontrar, mira que habré rebuscado por internet en las hemerotecas de la prensa coruñesa en el mes de enero de 1965, pero sin suerte.

Llevaba interno en el colegio de Padrón desde primeros de septiembre, cuando llegaron las vacaciones de Navidad las monjas me comunicaron que no podría viajar a casa porque no podía costearme el billete de tren hasta Madrid, así que por primera vez en mi vida tuve

que pasar las vacaciones lejos de la familia; tal vez por eso las Navidades no me gusten, si por mí fuera la eliminaría del calendario festivo, no me traen buenos recuerdos de infancia. Rilke y Lola tienen material suficiente para elucubrar sobre la naturaleza de mi patria chica.

Nos quedamos bastantes niños en el colegio, no lo recuerdo bien pero tampoco hace falta tirar de memoria porque para este caso concreto puedo aportar una prueba gráfica; en realidad lo pasamos estupendamente porque estábamos todo el santo día de recreo permanente, leyendo, jugando a la pelota, echando reñidas partidas con los juegos de mesa o viendo dibujos animados en la televisión cuando nos dejaban verlos las monjas; si la fotografía que publico o la presbicia galopante que padezco no me engañan, fuimos veintiséis los niños que nos quedamos a pasar aquellas fiestas en el colegio.

La fotografía refleja la visita que una representación de los militares destinados en la extinta Octava Región Militar nos hicieron el día de Reyes; por supuesto no vinieron con las manos vacías, con ellos trajeron los regalos que habíamos pedido por carta unos días antes al dictado preciso de las monjas, por nuestra edad ya sabíamos que los Reyes eran los padres, pero siendo huérfanos y teniendo tanta ilusión, no nos importó en absoluto que otros asumieran su papel en un día tan especial.

Viendo la fotografía todavía puedo recordar perfectamente a algunos compañeros pínfanos, ahí están Tudanca, Javier Alonso Getino, García Hernando, Burgués Aparicio, Robertito Durán y creo distinguir a Jaime Ruíz Rosado, de ellos me acuerdo porque procedíamos del colegio anterior, dónde habíamos coincidido hasta que fuimos destinados al de Padrón para cursar el Bachillerato.

También creo reconocer a Ángel Rosendo García, un recio bigardo de Ágreda (Soria) que destacaba en lo físico sobre los demás, por fuerza, velocidad... un purasangre hecho huérfano; de él recuerdo una anécdota divertida que bien pudo ocurrir años más tarde en la Inmaculada o en el Bajo, le preguntaron en clase qué era el «agua pesada» y él, sin dudarlo un segundo, en lugar de decir que era óxido de deuterio como nos habían en-

señado, soltó por aquella bocaza que «agua con piedras», el cachondeo que se montó a continuación fue memorable; incluso mucho después de aquello se lo recordábamos, asumiendo el riesgo de que te soltase un sopapo si se cabreaba, menos mal que era un chaval sencillo, natural, pacífico y nada abusón porque de enfadarse podría hacerte pagar muy cara la bromita. Un mal día «el Buitre», como lo llamábamos, se enfadó mucho conmigo por algo y lo di todo por perdido, pero a última hora se apiadó y me libré, ¡uf!

Volviendo a la foto, también recuerdo que pedí a los Reyes Magos un juego de carpintería, no alcanzo a entender la razón porque nunca he sido un manitas ni me ha atraído el bricolaje; lo suyo hubiera sido pedir un balón de reglamento, en la foto se ven dos o tres que, aunque no fueran de reglamento, seguro que hicieron felices a sus dueños y al resto de la clase en los recreos, mientras durasen porque se pinchaban enseguida, o una pistola de vaquero con su cinturón y cartuchera, pero no, tuve la feliz ocurrencia de pedirme un juego de carpintería y eso fue lo que me trajeron.

Vemos a varios niños sujetando cajas de juguetes, no se distinguen bien pero lo típico entonces era el Mecano, un tren de cuerda con sus vías o una caja de Juegos Reunidos Geyper; otros parecen haber recibido coches, en primera fila un pínfano (creo que se trata de Jaime) sostiene, tan feliz como incrédulo, el mando de uno dirigido por cable, supongo que todavía no existían los teledirigidos pero era el precursor de los juguetes tecnológicos.

Con Jaime coincidí todos los años de internado, pasamos juntos por cuatro colegios hasta acabar el preuniversitario, incluso coincidimos en clase en la facultad de Filosofía y Letras de la Complutense los tres o cuatro meses que duré matriculado hasta que decidí que aquello tampoco era lo mío; él falleció en circunstancias no aclaradas, en radio Macuto se afirmaba que murió al explotarle una bomba que estaba manipulando para atentar contra el ministro del Interior francés Michel Poniatowski, pero quién sabe, lo he estado investigando y tampoco encuentro un documento que lo demuestre; tras el internado, Jaime y otros compañeros formaron parte de una célula terrorista, que con el tiempo acabó siendo el GRAPO, coincidiendo con nuestra entrada en la universidad, un cambio radical tras tantos años de internado militar; no soy quién para opinar sobre su vida, pero sé por propia experiencia que cuando los pínfanos terminábamos la etapa de los internados, y Jaime la sufrió no menos de nueve años, se nos solían cruzar los cables de la rebeldía juvenil con suma facilidad; pasábamos de estar controlados a toda hora, a la más absoluta libertad y no todos podíamos digerir tantos cambios. Yo mismo puedo ser un buen ejemplo, porque perdí totalmente el norte en cuanto aprobé el Preu y dejé el colegio.

A duras penas había conseguido aprobar la rama de Ciencias que elegí en quinto curso, pero el verano previo a mi ingreso en la Universidad hice amistad con algunos de estos pínfanos «diferentes» y sin saber cómo acabé matriculado en la Facultad de Filosofía y Letras, dónde no pintaba nada; incluso llegué a participar en una violenta manifestación antinorteamericana en la calle de

Bravo Murillo, cuando todo parecía presagiar que acabaría estudiando la preparación militar. Tras la mala experiencia de aquella manifestación, a la que acudí engañado por ellos, que me mintieron descaradamente, cambié de parecer, abandoné el grupo y la Universidad y volví a mis orígenes ingresando en el CHA porque, al no presentarme en septiembre, me habían echado del Alto.

Retomo la foto, en las últimas filas están los militares que nos visitaron, personal civil del colegio y seis de las monjitas, una de ellas cuyo aspecto no consigo identificar —dudo entre dos— tiene que sor Luisa, una malagueña a la que muchos han calificado años más tarde como guapa, alegre y graciosa, aunque yo no recuerdo que la adornase ninguna de estas cualidades. Falleció, con edad avanzada, hace pocos años en una residencia de la congregación en Marín (Pontevedra), desde estas líneas quisiera recordarla con agradecimiento, no exento de cariño, por haber luchado denodadamente para sacar adelante a tantos pínfanos, a una edad en la que no debíamos ser nada fáciles de soportar.

Veo con sorpresa en la foto que no llevaban las temidas tocas almidonadas y en punta que recordaba de las Mercedes; puede que la memoria me haya jugado una mala pasada, pero ahí está la imagen para demostrarlo. Quizás esté confundido y para entonces ya habían cambiado el hábito antiguo por el nuevo; recuerdo el cuidado que debíamos tener al cruzarnos con ellas por los pasillos porque peligraban nuestros ojos.

Nada más comenzar las vacaciones sor Luisa realizó una prueba de lectura a todos los niños que pasaríamos

la Navidad en el colegio, no sabíamos de qué se trataba pero nos concentró en el salón de actos (también sala de televisión) y uno por uno fuimos subiendo a la tarima para leer en público y en voz alta un texto que tenía preparado.

En completo silencio, cuando era necesario sor Luisa imponía disciplina con la única ayuda de su autoritaria mirada, cada uno de nosotros fue desgranando el texto bajo la atenta mirada de la madre superiora que presidía ensimismada el acto, sor María del Alpanseque creo que se llamaba aunque puedo estar confundiéndola con la superiora de las Mercedes, llega un momento en que todas las monjas me parecen iguales.

Cuando llegó mi turno de lectura subí obediente al estrado y leí el documento hasta el final, no sé si lo hice bien o mal, pero debí impresionar a la madre superiora y a sor Luisa porque al acabar la tanda de lecturas me comunicaron que había sido elegido para representar al colegio en un acto público que tendría lugar a la vuelta de las vacaciones en la catedral de Santiago de Compostela, no me dieron más explicaciones; puede que para no asustarme con la gran responsabilidad que tendría que asumir.

Como parte de la necesaria preparación, todos los días sor Luisa se encerraba conmigo en la clase de segundo de bachillerato (era la suya, yo todavía estaba en primero) y me hacía leer una y otra vez el documento, corrigiendo los fallos y dándome instrucciones de mejora, hasta que casi me lo aprendí de memoria; a mí no me importaba, incluso puede ser que me gustara porque el trato personal hacía mí mejoró una barbaridad y en

ocasiones me obsequiaba con algo especial, como darme galletas extra en el desayuno, un flan en la merienda, tampoco te vayas a creer... en fin que la vida me sonreía por primera vez aquellas inolvidables navidades.

Por norma rigurosa del colegio las comidas se hacían en respetuoso silencio, no podía oírse ni una mosca y a los que hablaban se les reprendía con severidad para que no molestasen a los demás, era raro que alguien se atreviese a enfrentarse a las sores en solitario.

Durante la comida, un pínfano, normalmente el número uno de cada clase, puesto en pie en mitad del comedor y en voz alta leía varios capítulos de algún libro infantil; no recuerdo los títulos, pero podría ser alguna novela del gran escritor Emilio Salgari, ¡cómo me gustaban las aventuras de Sandokán, Yáñez, lady Marian...!, alguno de la serie de «Los cinco» de Enyd Blyton o, cuando se acercaba Semana Santa, las Vidas Ejemplares de los santos más conocidos, pero también pudo ser el «Luiso», aunque por entonces se daba en tercero de bachillerato en la asignatura de Formación del Espíritu Nacional, una de las tres Marías junto con Religión y Gimnasia; el libro narraba las aventuras de un niño de nuestra edad aproximada a bordo del buque «María, Matrícula de Bilbao», en el que su abuelo y su padre lo embarcaron a la fuerza dejándolo sin vacaciones por haber suspendido las Matemáticas, aunque el motivo real era muy diferente; en lo de quedarse sin vacaciones nos parecíamos, aunque en nuestro caso no fuera por suspender una asignatura sino por no poder comprar un billete de tren de ida y vuelta.

Estando los lectores titulares de vacaciones en sus casas, sor Luisa lo tuvo claro y me eligió para sustituirlos hasta que volviesen, de esta forma me iría acostumbrando a leer en público y calmaría los nervios para enfrentarme con éxito a la prueba cumbre para la que me habían elegido; así que me pasé las comidas del resto de las vacaciones de pie en el centro del comedor, aburriendo a mis compañeros pínfanos con la lectura de libros; creo recordar que la lectura finalizaba al empezar a repartirse el postre, entonces recuperaba mi sitio en la mesa y me traían a la vez los dos platos reglamentarios del menú que deglutía con pasmosa velocidad (salvo que tocase sopa de acelgas) para intentar salir cuanto antes al patio para jugar con el resto de mis compañeros.

Esto de leer en voz alta no me pillaba por completo de sorpresa; cuando en Valencia mi padre enfermó de cáncer quiso conocer mis progresos con la lectura, yo tendría cinco o seis años; cada tarde después de merendar llamaba a la puerta de su dormitorio, allí me esperaban él y mi madre sentados ante una mesa camilla al lado de la ventana y me pedían que les leyera en voz alta algún pasaje del «Luiso»; pretender recordar detalles más concretos de aquellos momentos exigiría enfrentarme inútilmente a mi limitada capacidad evocadora que cada vez es menos potente, pero ocurrió más o menos como lo cuento.

La salud de mi padre fue empeorando hasta llegar el fatal desenlace en abril de 1962; justo un año antes, el 6 de junio de 1961, había tomado la Primera Comunión junto con mi hermana Esperanza; lo normal era hacerla a los nueve años pero mi padre no quiso perderse la mía

y la adelantaron dos años y pico porque era religioso y supongo que de alguna forma lo reconfortaría.

La hice vestido de marinero, tengo varias fotos de la celebración; verme de aquella guisa quizá despertó en mi madre su viejo sueño de que alguno de sus cinco hijos varones terminara ingresando en la Armada; por descarte de los mayores recayó en mí la náutica responsabilidad, quería verme con el uniforme de joven guardiamarina a toda costa, pero cuando llegó la hora no pude complacerla, lo cierto es que lo intenté pero resultó imposible.

Volviendo al comedor, supongo que las relecturas del Luiso me saldrían que ni bordadas, habían pasado casi tres años desde el fallecimiento de mi padre pero el libro me seguía gustando, puede que me recordase aquellas lejanas tardes valencianas, sentado delante de mis padres intentando no meter demasiado la pata para que se convencieran de que estaba aprovechando bien el colegio y me dejasen volver a mis juegos infantiles.

Lo que ocurrió en la catedral de Santiago de Compostela lo he contado, con profusión de detalles y lo mejor posible, en el capítulo titulado «El botafumeiro» por lo que puedo seguir adelante con el relato sin desviarme del guion.

De vuelta al colegio, sor Luisa y las demás monjas de la comunidad alabaron mi temple, buena dicción y lo bien que había leído el manifiesto, gracias a lo cual quedé adscrito sin posibilidad de réplica al cuerpo de lectores para el resto del curso, ahora que lo habían descubierto no podían desperdiciar sin más mi desconocido talento natural para la lectura.

Aunque decir para los restos quizá sea mucho decir, a las pocas semanas de aquello el soldado que nos vigilaba en los recreos, un recluta que cumplía de esta forma su servicio militar, por lo que era un puesto muy codiciado entre los nuevos quintos, se licenciaba y para despedirse pidió permiso a las monjas para invitarnos a un vino durante la comida; ahora puede parecer una aberración educativa, pero el día acordado nos sirvieron un chato de vino de Ribeiro a cada uno de nosotros, daba igual la edad que tuviésemos, cada niño recibió su dosis alcohólica.

Lo que ocurrió aquella tarde he preferido contarlo en el capítulo titulado «Menuda trompa» que ha quedado incluido por derecho propio en este libro de recuerdos infantiles y no tiene sentido repetirlo ahora, sigue leyendo y ya descubrirás lo que pasó cuando llegues a esa página.

Por desgracia nada dura eternamente, todo principio tiene su final, el castigo recibido tras mi pequeña melopea también pasó como la resaca, pero se acabaron los tiempos felices; fui retirado con deshonor de la élite lectora, pasando de nuevo a ser pínfano raso. Se acabaron las alabanzas, los postres especiales y cualquier tipo de enchufe que pudiera tener, todo volvió a la normalidad anterior hasta que me readmitieron en el cargo al cabo de unos días por falta de vocaciones.

Bueno, todo volvió a la normalidad pero dentro de un orden, como desde el primer día ejercía de monaguillo, tanto en las ceremonias del colegio como ayudando al párroco del pueblo en funerales, bodas, bautizos y comuniones y no éramos muchos los acólitos de plantilla,

supongo que la monja encargada se mostraría más tolerante para no quedarse sin mi valiosa aportación; como ella misma decía, era perfecto para el puesto porque tenía bondad y «carita de christmas»; eso sí, aprendí la lección y desde entonces dejé de beber a escondidas ni tan siquiera el vino dulce de Misa que todos los monaguillos catábamos sin recato en cuanto podíamos, no quería volver a enfrentarme a la monja malagueña porque de otra torta como aquella me mandaba directo a la enfermería.

Lo que no dejé de probar fueron los recortes que sobraban al preparar las hostias que el cura consagraba para dar la comunión en Misa; al cabo del tiempo comeríamos toneladas de aquel delicioso pan ácimo de harina de trigo porque en Padrón, como en el resto de los orfanatos militares, se celebraba a diario la Eucaristía y si no comulgabas las monjas te miraban acusatoriamente, pecador, seguro que algo malo habrás hecho para no comulgar, y te mandaban rápido a confesar tus pecados con el páter; la penitencia habitual eran un Credo, dos Padrenuestros y tres Avemarías sin variaciones significativas, al sacerdote tanto le daba la gravedad de la falta que hubieras cometido, si mostrabas arrepentimiento y propósito de enmienda aplicaba tabla rasa para obtener el perdón.

Emocionalmente afectado por el castigo infringido, se me despertó y metió en la cabeza la infantil idea de escaparme y huir del colegio para nunca más volver; para bien o para mal soy persona de soluciones radicales, nunca me han gustado las medias tintas, o blanco o negro, el gris no existe para mí; durante varios días estuve maquinando y dándole vueltas a un plan definitivo

de fuga pero no lo encontraba, parecía una misión imposible; la puerta principal permanecía vigilada en todo momento por la madre portera, el amplio portón para carruajes del patio que daba a la carretera solo se abría ocasionalmente para que entrasen el camión de la leña y el de las provisiones, a la huerta anexa no se podía entrar bajo pena de excomunión ya que cualquier momento era bueno para comernos lo que estuviera madurando en los árboles frutales, ya fueran cerezas, peras o manzanas, a pesar de lo cual acabé encontrando el punto débil del sistema penitenciario y pude poner en práctica mi infalible plan.

Nuevamente prefiero remitirme a otro capítulo del libro, en este caso el titulado «La fuga», en el que relato los pormenores del fallido intento y el triste resultado final.

Aunque parezca mentira, tras ser capturado por el enemigo, solamente me regañaron por lo que había hecho y lo preocupadas que habían estado durante las pocas horas que duró mi frustrada huida del orfanato, por lo que estaría castigado sin televisión ni paseo dominical durante varios días. Me advirtieron de que se lo dirían a la señora marquesa y que a la próxima me expulsarían del colegio, lo cual me entraba por un oído y me salía por el otro, pero al final no llegó la sangre al río como yo temía y seguramente esperaba, debieron entender que solo era un crío asustado y me dejaron seguir con mi vida como si nada hubiera ocurrido.

Acabado el curso y llegado el verano me encontré con la relativa sorpresa de que tampoco esta vez podría viajar a casa, la caja familiar seguía sin blanca y debía que-

darme en el colegio hasta agosto, cuando me enviarían por cuenta del estado a pasar el mes en una colonia que organizaba el Patronato de Huérfanos con alumnos llegados de todos sus colegios nacionales, más conocida como «el castillo», ¡Madre mía! Durante años el Patronato se hizo cargo de casi todo, si no hubiera sido por su protección no sé qué hubiera sido de nosotros, los pobres huerfanitos, sin vacaciones de verano.

Esta vez nos quedamos en el colegio pocos niños, apenas cuatro o cinco, pero de ese mes de julio apenas tengo recuerdos y me los estaría inventando de querer contar algo, así que me lo voy a saltar olímpicamente; imagino que sería un mes tranquilo y sin demasiadas obligaciones, pero bastante aburrido. Mi hermano pequeño, Juan Pedro, que seguía interno en las Mercedes, se iría de colonias a Fuengirola o Zarauz con su colegio, pero al menos pudo pasar algunos días en casa.

Del castillo volvimos vía ferrocarril a Padrón, el curso no empezaría hasta mediados de septiembre pero a primeros llegábamos los que habíamos suspendido alguna asignatura, para preparar el examen de recuperación. En mi caso había cateado la Religión (1) (la borrachera seguro que tuvo algo que ver) y las matemáticas (1,5). Esto no es que lo recuerde mejor o peor, sino que directamente lo he consultado en mi Libro de Calificación Escolar que guardo como oro en paño.

Las clases obligatorias de recuperación escolar en el castillo me permitieron aprobar con un cinco raspado la Religión, pero volví a catear las matemáticas aunque esta vez con un flamante dos, una de las notas más altas que había sacado durante el curso en la asignatura; du-

rante casi todo el bachillerato las matemáticas fueron un hueso duro de roer que me las hizo pasar canutas. La patria (y el trauma) también puede ser una asignatura suspensa en Matemáticas, ¿verdad, Rainer?

Tras los exámenes, de nuevo sin nada que hacer hasta que empezase el nuevo curso, segundo de bachillerato, los días pasaban lentamente; la experiencia del castillo me había espabilado bastante, los compañeros se asombraban de que hubiésemos podido convivir con pínfanos mayores sin morir en el intento, yo exageraba un poco todo para que pareciera más emocionante; siempre se me ha dado bien fabular un poco la realidad, los mejillones se convertían en feroces tiburones, las navajas en afiladas espadas toledanas, la barca en portaviones de la Quinta Flota y el castillo en fortaleza inexpugnable, pero ahora que lo estoy recordando con calma creo que debió ser realmente emocionante aquel remoto verano de 1965.

Empezó el nuevo curso y me tocaba sor Luisa de profesora, desde el primer minuto me mantuve en guardia para no darle motivos de enfado; ella sola impartía todas las asignaturas, Religión, Lengua Española, Geografía Universal, Matemáticas, Francés, Dibujo y Formación del Espíritu Nacional, solo se salvaba Educación Física y Deportiva porque teníamos de profesor a un oficial del Ejército, por lo que no había forma de relajarse; recuerdo que incluso nos dictaba las cartas dirigidas a la familia que escribíamos sin excepción todos los domingos por la mañana después del desayuno y antes del paseo.

«Querida mamá, espero que al recibo de esta te encuentres bien a Dios gracias, yo bien gracias a Dios; las monjas nos quieren mucho, nos cuidan y nos dan bien de comer, el dinero que mandaste el mes pasado se ha terminado, por favor manda más cuando puedas y abraza de mi parte a mis queridos hermanos, os echo mucho de menos pero pronto estaremos todos juntos de nuevo, recibe un fuerte abrazo de tu hijo Santiago que te quiere...».

Sor Luisa revisaba pormenorizadamente una por una todas las cartas porque siempre había alguien que aprovechaba para contar por libre sus miserias, si te pillaba estabas listo; yo nunca me atreví a hacerlo porque recordaba su mal genio y no quería provocarla, además aquel curso empezó a darme todo igual, pensaba que en mi casa no me querían porque me habían abandonado a mi suerte, ¿para qué jugarme un capón o un tirón de orejas, en los que sor Luisa era cinturón negro tercer dan, si nada iba a cambiar mi suerte?

También teníamos que escribir la dirección en el sobre, en mi caso la primera vez puse el nombre y apellidos de mi madre seguido de «viuda de Ossorno», algo que no le gustó ni un pelo (a mi madre) y en la siguiente ocasión que hablamos por teléfono —de vez en cuando recibíamos llamadas en un teléfono de pared que tenían las monjas en su Comunidad, único momento en el que nos estaba permitido acceder a su zona privada— me dijo que debía poner Ilma. Sra. Marquesa viuda de Lugros, lo cual me molestaba profundamente porque intentaba pasar desapercibido ante los demás y verme obligado a cumplir su orden me sacaba de quicio. Pero

dónde hay patrón no manda marinero, eso se aprendía en casa y en los orfanatos a las primeras de cambio.

Los domingos salíamos a pasear tras escribir la carta a la familia, paseábamos cogidos de la mano por parejas, íbamos en fila de a dos por el arcén de la carretera hasta alguno de los pueblos y barriadas cercanos como Lestrobe, Herbón o cualquiera de los dos Extramundi, el de Arriba y el de Abajo; durante el paseo visitábamos todas las iglesias, ermitas y conventos que hubiera por el camino, viejos edificios de piedra cargadas de musgo y tumbas cuyas lápidas nos entreteníamos en leer a falta de otra diversión; cuando paseábamos por Padrón nos daban rienda suelta en el paseo del Espolón, siempre con advertencias claras sobre los límites geográficos que no podíamos traspasar bajo ningún concepto.

A veces cruzábamos la carretera entrando en la finca privada O Carballal, justo enfrente del colegio, para subir por el monte de San Gregorio salvando un sinfín de escalones hasta llegar a la explanada del Apóstol Santiago en el paraje conocido como Santiaguiño do Monte, donde la leyenda afirmaba que estaba enterrado el caballo blanco de Santiago y se veía un petroglifo con la huella del casco; también podíamos subir rodeando por el convento de los Dominicos pero nos gustaban más los escalones; sobre un grupo de diez grandes piedras de granito se alza una pequeña imagen de Santiago y un cruceiro, lugar de romería obligada para los fieles padroneses y los peregrinos del Camino de Santiago; era una de nuestras salidas preferidas por la gran libertad de movimiento que gozábamos en plena naturaleza, ajenos a lo que no fuera correr y jugar entre los árboles

hasta que las monjas nos reclamaban a golpe de silbato para contarnos antes de volver al redil.

Otras veces andábamos en fila por la carretera de Lestrobe hasta llegar al «prado», una pequeña llanura dónde podíamos jugar al fútbol sobre la hierba natural que allí crecía; alguien había construido artesanalmente dos porterías de verdad con sus postes y el larguero, siempre a punto de caerse porque los palos estaban mal sujetos y medio podridos por la humedad, menudos partidazos celebrábamos allí cuando no llovía.

No sé si he dicho que yo era bajito (y algo cabezón) y un día no me eligieron para jugar, no por la altura sino porque los capitanes que se repartían los jugadores echándolo a pies pensaron que no encajaba en sus equipos; la decisión me sentó fatal como siempre, me enfadé muchísimo y me coloqué tras la portería de mi equipo para animar a grito pelado al rival, lo cual fue considerado delito de lesa traición, una actitud imperdonable para mis compañeros, pero a mí me importaba un pito su opinión, si no me dejáis jugar pues animo al contrario y punto; en esas estaba cuando un delantero contrario chutó con fuerza a gol, el balón dio en el travesaño y este, que como he dicho antes no estaba bien sujeto, cayó sobre mi cabeza entre el despiporre general de todos los contendientes, los de primero (que no entendían mi apoyo circunstancial), los de segundo (por razones obvias) y hasta por los que jugaban en el prado a otras cosas, porque ya se sabe cómo se las gasta la infancia ante las desgracias ajenas.

Esa mañana tuve que tragarme el orgullo porque sentí que eran muchos en mi contra, aunque de natural soy

echado para adelante, procuro no ser insensato; lo que no quise tragarme fueron mis lágrimas de dolor porque el golpe me dolió mucho y encima me hizo un chichón de proporciones bíblicas. Estuve llorando a escondidas un buen rato, no sé qué diría Rilke al respecto si pudiera decir algo, pero sí lo que me diría Lola, que no se puede ser chaquetero.

Además de jugar al fútbola todas horas, ya fuera en el pequeño y normalmente embarrado patio del colegio o en el prado de Lestrobe, nos gustaba mucho jugar a las chapas, ya fueran partidos de la máxima rivalidad o el tour de Francia; para el fútbolforrábamos las chapas con retales de color blanco y sobre la propia tela pintábamos los colores de nuestro equipo favorito con sus números y todo; con la mano, o ayudados por un trozo de madera, se despejaba de piedrecitas y alisaba lo mejor posible el terreno de juego, las porterías se construían con palitos de polo clavados en el suelo y sin larguero, se marcaban las líneas del campo y a jugar; como balón servía cualquier hueso de fruta que fuera pequeño y lo más redondo y duro posible, que se pelaban y secaban bien antes de poder utilizarlos; los más solicitados y deseados, considerados como balones de reglamento, eran los garbanzos, los partidos se sucedían uno tras otro durante horas sin parar durante los recreos. Si había llovido se jugaba directamente sobre el suelo de baldosas cuadriculadas de los pasillos pintando el campo con tiza.

Para el ciclismo se procedía como he leído en detalle en un documentado libro que tenemos publicado en la web de los pínfanos dónde se explica bastante bien, casi me había olvidado del proceso; recuerdo que las chapas

más codiciadas eran las de vermut Cinzano porque eran pequeñas y apenas se deformaban al abrir las botellas, con el peso que se les añadía gracias al vidrio y su ligereza, tener una de ellas era garantía de triunfo, eran las Induráin de entonces.

«Se utilizaban como si de ciclistas se tratara. Se construían en la arena del recreo circuitos de pistas a modo de carreteras, que había que recorrer con tu chapa y llegar el primero para ganar la etapa. Las chapas, recogidas de cualquier lugar (basuras, en las salidas al Espolón, o vaya a saberse donde), tenían una elaboración costosa y larga. Primero se elegía una chapa poco deformada por el abridor. Era importante que se mantuviera bien la circunferencia externa para hacerla rodar de canto en las curvas del circuito y ganar metros.

Se "afinaba" su superficie (frota que te frota contra la piedra) lo mejor posible para que se deslizara cual Bahamontes sobre el relieve. Se buscaba luego la cara de tu ciclista favorito, recortada de algún cromo de los de la época, y se metía en la parte interna de la chapa. Luego ya solo quedaba elegir un trocito de vidrio al que con santa paciencia había que ir redondeando (de nuevo frota que frota contra la piedra) y dejándolo del tamaño adecuado para que encajase en el interior de la chapa, dejando ver la cara del corredor elegido. Finalmente la fijación del cristalito a la parte rugosa de la chapa se conseguía mediante aporte de jabón de manos que se dejaba secar y hacía de masilla fijadora.

Las mejores, con un peso idóneo, y manejadas por los más expertos, iban como balas y tomaban las cur-

vas de los circuitos de arena sin salirse, con una maestría que causaba el asombro de los novatos y foráneos».

No lo cuenta, pero recuerdo que también poníamos metas volantes intermedias y se creaban pequeñas elevaciones de tierra para puntuar en el premio de la montaña, aquello era puro ciclismo sin bicicletas.

Como el año anterior, los días eran todos iguales unos a otros con excepción de los domingos y fiestas de guardar, en los que se relajaba algo la disciplina y las comidas eran especiales y muy esperadas por todos, hartos de tanta sopa de acelgas cualquier menú diferente hacía las delicias del alumnado.

Tras tocar diana, los días especiales ponían himnos militares para despertarnos, el aseo concienzudo y hacer las camas, bajábamos en fila a la capilla, yo tenía que darme más prisa que el resto cuando me tocaba ejercer de monaguillo; tras la Santa Misa tocaba ir a desayunar que era mi comida preferida del día (y todavía lo sigue siendo).

A continuación, lloviera, hiciera frío o calor, se celebraba uno de los actos más importantes en el devenir de nuestra esmerada Formación del Espíritu Nacional: el izado de bandera con todos los alumnos del colegio ordenados en perfecta formación, entonando al completo «Cara al sol» o «Montañas nevadas». Para conseguir la perfecta alineación de las prietas filas, las monjas tenían un sistema infalible, azotarnos sin miramientos las piernas (llevábamos pantalones cortos y los varazos escocían) con unas largas varas de mimbre que ellas mismas recolectaban en la huerta interior del colegio.

«A formar, a formar», al escuchar este mantra colegial todos salíamos corriendo a ocupar nuestro puesto en la fila correspondiente, ordenados por alturas y a la distancia del brazo extendido posado sobre el hombro del precedente; «alinearse, firmes», las monjas gritaban a todo pulmón para que las filas quedasen rectas; como no siempre lo conseguían por las buenas, se metían entre las filas vara en mano soltando latigazos a diestro y siniestro; cuando te alcanzaba un golpe escocía bastante e incluso te quedaban las señales rojizas durante un buen rato; con semejante sistema corrector conseguían en segundos un alineamiento tan perfecto que provocaría la envidia de cualquier legión romana en formación de combate.

Al terminar de cantar el «Cara al sol», o la patriótica canción de turno del día, a una orden de la madre superiora, las filas iban abandonando el patio en dirección a las clases; no se desfilaba en silencio, una de las canciones favoritas para animar la marcha era «Montañas nevadas», tantas veces las cantamos que todavía las recuerdo con bastante precisión, aunque las letras se me estén olvidando la música sale por sí sola, para no equivocarme he buscado la letra en internet y acabo antes:

«La mirada clara, lejos,
y la frente levantada,
voy por rutas imperiales
caminando hacia Dios.

Quiero levantar mi Patria,
un inmenso afán me empuja,
poesía que promete
exigencia de mi honor.

Montañas nevadas,
banderas al viento,
el alma tranquila.
Yo sabré vencer.

Al cielo se alza
la firme promesa,
hasta las estrellas
que encienden mi fe.

José Antonio es mi guía
y bendice Dios mi esfuerzo;
cinco flechas florecidas
quieren alzarse hacia Dios».

Protagonizar el izado de la bandera, sujetándola en lo alto del mástil frente a todo el colegio, era un honor diario que correspondía por turno riguroso al mejor alumno de cada clase; el afortunado abanderado se asomaba desde un pequeño balcón que daba al patio y procedía al izado ceremonial de la bandera, debía sentirse el capitán general de los pínfanos y de regalo se libraba de recibir su ración de azotes matinales.

Reconozco que los miraba con cierta envidia porque mi espíritu patrio siempre ha sido elevado y superior a la media, pero sabía que nunca jamás podría ostentar el honor de ser abanderado porque como estudiante aplicado dejaba bastante que desear, por mis deficientes notas siempre quedaba entre los últimos de clase y por eso nunca tuve la oportunidad de cumplir mi sueño. Aquí lo dejo para que se entere Rilke.

Otro acto importante en la vida diaria colegial era rezar el santo rosario, a las cinco de la tarde en punto en-

trábamos todos en la capilla y se rezaban en voz alta los cinco misterios que tocasen y la letanía completa; por entonces todos los actos religiosos se celebraban en latín, nos hinchábamos a repetir *«ora pro nobis»*, seguramente sin tener ni pajolera idea de lo que significaba, estaba claro que por nosotros no oraba nadie; en todos estos actos el silencio tenía que ser monacal, si te pillaban hablando en Misa o durante el Rosario lo mismo te llevabas un pescozón o ibas de cabeza al cuarto oscuro.

La disciplina y su estricto cumplimiento a todos los niveles eran las normas fundamentales de convivencia, fuera del reglamento y de su interpretación, en ocasiones caprichosa, no existía nada más; no sé si las monjas la impartían de motu proprio por falta de formación docente, porque temieran la insurrección de la tropa o siguiendo las órdenes castrenses que recibieran del Patronato, pero se aplicaba sin miramientos y con todas sus consecuencias; algunas de las cuales fueron que muchos pínfanos acabaron odiando lo que representaban la Iglesia y el Ejército en sus vidas y, a pesar de los años transcurridos, de ahí no hay quien los mueva. No es mi caso, siempre he sido disciplinado y seguido las normas establecidas aunque no me gusten, lo cual me ha valido para dejar atrás algunos traumas que otros siguen manteniendo.

Al llegar la siguiente Navidad tampoco pude desplazarme a casa en vacaciones y junto con los demás pringados volvimos a quedarnos en el colegio, esta vez me importó menos porque tenía experiencia en el trance y, en el fondo, pasar las vacaciones en el colegio no estaba tan mal; jugábamos mucho en la leñera cubierta de uralita porque siempre estaba lloviendo, a base de remover

troncos acabamos haciendo una oquedad en la que nos metíamos para pasar el rato pensando que era un fuerte y que allí dentro nadie podía mandarnos; cuando no llovía jugábamos a las chapas, al fútbol, al pincho... A Simón Barranquero, un pínfano mallorquín de mi clase, le clavaron uno en el dorso de la mano durante una de las partidas y se la atravesaron de lado a lado, vimos sobresalir la punta metálica por la palma antes de que se lo llevasen urgentemente a la enfermería; durante el resto de las vacaciones nos prohibieron jugar al pincho, pero pronto se les olvidó y volvimos a practicar en masa tan peligroso juego porque era uno de los más populares entre la chiquillería.

Entre pitos y flautas el curso iba pasando y llegó la hora de la verdad, Los exámenes finales los hacíamos por libre en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de Pontevedra, hasta allí nos llevaban en autobuses militares que el Patronato disponía para efectuar los traslados ya que los exámenes se celebraban durante varios días.

Por encima del miedo a los exámenes nos gustaba mucho ir a Pontevedra porque era como salir de excursión y la ciudad tenía muchos alicientes para nosotros, acostumbrados al pueblo de Padrón y sus alrededores, Pontevedra representaba la gran ciudad; el instituto estaba situado en la Alameda, en un edificio imponente al lado de un pequeño parque en el que el ayuntamiento mantenía unos monos atados a los que sometíamos a mil perrerías antes de darles algún pellizquito de nuestro bocadillo de media mañana.

También había exámenes por la tarde, en estos casos las monjas nos llevaban a comer a las afueras de la ciudad para disfrutar de un picnic a las orillas del río Lérez; íbamos en el autobús, cada uno pensando en sus cosas, cuando de repente el vehículo se precipitó velozmente al río.

De nuevo tengo que remitirme a otro capítulo del libro titulado «El rio Lérez», aquel día pudo terminar en tragedia escolar, pero nuestro colegio se llamaba La Milagrosa por algo y la Virgen no quiso permitirlo; tuvimos mucha suerte y por eso hoy puedo contarlo.

Mis notas fueron peores de lo esperado y no puedo echarle la culpa al accidente, porque el desastre escolar se veía venir; un tres en Lengua española, como llevaba cateadas las Matemáticas de primero tuve que presentarme y al volver a suspenderlas (ahora con un dos y medio) no me pude examinar de las de segundo que también quedaron colgando; me esperaba otro verano hincando los codos si quería aprobarlas en septiembre.

A pesar de las Matemáticas de primero y las tres asignaturas suspensas de segundo por fin pude volver a casa, gracias a que el Patronato me concedió un pasaporte militar especial que nos permitía viajar gratis en tren; nos llevaron en grupos a la estación y desde allí, siempre bajo el férreo control de las monjas, emprendimos el largo viaje de vuelta a casa, en ese momento llevaba casi dos años sin ver ni a mi madre ni a mis hermanos. Venga Rilke, a ver qué puedes decirnos.

Al llegar a la estación del Norte de Madrid a todo el mundo lo esperaba algún familiar en el andén, pero no fue ese mi caso; al comunicar que podría viajar me ha-

bían avisado «cuando llegues a la estación coges un taxi y le dices al conductor que te traiga a casa, cuando llegues nos avisas para bajar a pagarlo». Tan singular acogida no me hizo ni pizca de gracia pero no quedaba otra, cogí el taxi e hice lo que me habían ordenado. Rilke, ya ves que el presente a veces se volvía de color negro pero no era para tanto.

Al llegar noté muy cambiados a todos, no me hicieron demasiado caso, qué tal el viaje, cuando tienes que volver, qué alto estás hijo mío y poco más, era evidente que durante mi ausencia la familia había sufrido una profunda transformación anímica que tuve que aceptar, con once años cumplidos y a punto de cumplir los doce tuve claro que las cosas nunca volverían a ser como antes, un antes que ni siquiera recordaba cómo había sido.

Pasé los meses de julio y agosto en casa, pedí insistentemente que me dejasen volver al castillo pero mi madre quiso tenernos a todos cerca y no hubo manera de convencerla; en el barrio teníamos pandilla formada, así que me pasaba el día en la calle haciendo trastadas, jugando al fútbol en el campito, montando en bicicleta y escalando una montañeta que se levantaba justo enfrente de nuestra casa.

Como anécdota, ese verano hubo mundial de fútbol y la final entre Inglaterra y Alemania la vimos por televisión en la cafetería Mallorca, en la avenida de Nazaret, al otro lado de Doctor Esquerdo; como en casa no teníamos televisión, nuestro hermano Luis habló con el camarero y nos dejó pagada una Coca-Cola a Juan Pedro y a mí para poder ver el partido sentados en la terraza porque dentro hacía mucho calor.

A principios de septiembre viajé de nuevo a Padrón, tenía que recuperar las asignaturas suspensas, a las que casi no había hecho caso durante el verano, si quería pasar curso, porque repetir significaba pasar otro año en Padrón y no era lo que más me apeteciera en el mundo. Deseaba aprobar con todas mis fuerzas porque el siguiente colegio era el de Chamartín de la Rosa que estaba situado en Madrid, por fin podría ir a casa los fines de semana.

En las clases de recuperación sor Luisa me debió apretar bien las clavijas porque aprobé las Matemáticas de primero y las de segundo con sendos cincos, el Dibujo con otro cinco y, aunque me volvieron a catear la Lengua Española, con peor nota que en junio, un dos y medio frente a un tres, mi situación académica evidentemente había mejorado.

Por casualidad, y porque alguien debió conservarla, he encontrado una nota escrita a máquina a finales del curso 1965-66, es decir cuando acabé segundo de Bachillerato; es una nota curiosa que me obligaría a reubicar temporalmente algunos hechos pasados, pero lo que en verdad importa es lo que dice la nota, no cuando ocurrieron:

«Expediente de Santiago de Ossorno de la Puerta: Mucho interés por lo estudios. Sobresale entre sus compañeros por sus modales finos, educación, bondad y piedad. De conducta excelente no habiéndole tenido que llamar la atención durante todo el curso por la menor cosa».

Aquella nota por fuerza tuvo que escribirla sor Luisa, si el año anterior saqué un 1 en Religión, no se entiende

bien que al siguiente curso la aprobase con un 9, uno de los pocos sobresalientes de mi mediocre expediente estudiantil, por lo que probablemente la borrachera y la fuga tuvieron que ocurrir durante el primer curso y la Pascua Militar en la catedral durante el segundo; quizá debería repasar lo escrito, pero voy a dejarlo como está porque no tiene mayor importancia.

A pesar de tener una asignatura suspensa podría cursar tercero de bachillerato en Madrid, así que tras los exámenes me llevaron de nuevo a la estación, me pusieron bajo la custodia de la pareja de la Guardia Civil que siempre viajaba en los trenes y bajo su cuidado llegué de nuevo a la estación del Norte, en la que tampoco había nadie esperándome, pero esta vez me lo esperaba y no me supo tan mal; no cogí ningún taxi y fui andando hasta casa porque sabía perfectamente cómo llegar; a mi madre le ahorré el importe de la carrera del taxi y para que no se preocupase le dije que había vuelto en autobús con los parientes de un pínfano que casualmente iban a pasar cerca del barrio de la Estrella.

Los viajes de vuelta a Madrid, sobre todo cuando volvíamos del veraneo en el castillo, eran especiales porque los hacíamos todo el colegio, profesores, empleados y alumnos:

«El trayecto era más agradable cuando lo realizábamos al revés, todos juntos a finales de junio o principios de julio, marchando con nuestras maletas a cuestas hasta la estación para coger el tren que nos llevaría a Madrid para iniciar las vacaciones de verano. Puedo ver una fila serpenteante de niños camino de la estación, más contentos que unas castañuelas. En el tren,

subíamos a un vagón reservado para el colegio y colocado en la cola del convoy porque nos evitaba tener que realizar trasbordos durante el viaje.

Un largo viaje hasta llegar a Madrid, salíamos bien entrada la tarde y duraba toda la noche. Noche que pasábamos en vela, por supuesto, pues la juerga en los departamentos era constante, el nerviosismo por la pronta liberación supongo que no nos dejaría dormir. Serían las nueve de la mañana del día siguiente cuando por fin podíamos ver a nuestros familiares esperándonos en el andén de la estación del Norte de la capital».

Con este viaje final doy por terminado el relato de mi experiencia en Padrón, pero no mi buena relación con Galicia porque, gracias a la colonia del castillo, todavía pasaría más veranos en Santa Cruz de Lians en los siguientes años, hasta que empecé la universidad y se acabó lo que se daba,

Si alguien está pensando que cuento estas cosas para superar los traumas del pasado o para vengarme de alguien es que no me conoce; no siento ningún rencor por nadie, me tocó vivir la infancia de esta manera y no hay vuelta de hoja; lo mucho (según Rilke y Lola) o poco (según creía yo hasta hace poco) que hayan podido influir aquellos lejanos años en la formación de mi carácter venidero ya no tiene remedio ni necesita solución, la acepto como fue punto por punto y procuro seguir mi camino sin volver la vista atrás.

Sencillamente lo cuento porque de repente me han entrado ganas de hacerlo, voy cumpliendo muchos años y en cualquier momento tendré que coger mi último

tren; ese viaje tendré que hacerlo nuevamente solo y antes de subirme al vagón me gustaría dejarlo por escrito; cuando llegue el día señalado quisiera hacerlo ligero de equipaje, que lo bueno y lo malo se queden aquí para que otros puedan leerlo y no me amarguen el resto de la eternidad.

Si en algún momento te sientes infeliz o insatisfecho porque tu vida no se ha desarrollado como tenías previsto, piensa que siempre hay alguien que puede estar pasándolo peor.

Menuda trompa

En nuestros colegios era habitual que cumplieran su servicio militar obligatorio algunos soldados de reemplazo que, en vez de aprender instrucción y hacer pesadas guardias en la garita de un cuartel, ayudaban a los responsables de nuestro cuidado a realizar las tareas más pesadas, como encender y apagar la caldera, apilar troncos en la leñera para resistir el frío invierno, tener listas las reservas de carbón, algunas faenas en la huerta del colegio y, por supuesto, la más importante de sus funciones diarias que consistía en vigilarnos en el patio durante los recreos y tiempo libre.

Que yo recuerde no tenían otras obligaciones asignadas y para ellos aquella mili especial debía ser un camino de rosas, mucho mejor que hacerla en los destinos puramente militares de la época, sin tener siquiera que ponerse el uniforme porque iban vestidos de paisano como se decía entonces; en el colegio no tenían que preocuparse de saludar constantemente a sus superiores, disfrutaban de las mismas vacaciones que nosotros, libraban casi todos los fines de semana, y además solían ser naturales de Galicia, por lo que no marchaban demasiado lejos de casa y mantenían contacto con sus familias.

Con estos jóvenes soldados la relación era bastante cordial, ellos no se metían con nosotros, por obligación nos regañaban en ocasiones merecidas, pero también hacían la vista gorda cuando era necesario y nos llevábamos razonablemente bien; enfrentarse abiertamente a los alumnos hubiera sido un auténtico calvario para ellos porque a las malas los huerfanitos debíamos ser punto y aparte; lo tenían asumido y actuaban en consecuencia, así se quitaban de problemas.

Durante el curso, uno de estos soldados se licenció y, para celebrar su regreso a casa con «la blanca», pidió permiso a las monjas para tener un pequeño detalle con los alumnos; aunque para la mentalidad actual su petición sería casi imposible y los responsables serían castigados a galeras sin contemplaciones, las monjas autorizaron que trajese unas botellas de vino para que brindásemos en su honor y a su salud con un vasito durante la comida de despedida.

En mi mesa de comedor éramos seis comensales, chicos entre diez y once años; dos o tres de ellos no quisieron beberse el chato que les correspondía y no sé qué pudo impulsarme a mí a hacerlo, pero durante la comida me bebí uno tras otro todos los culitos que sobraron, no creo que fueran más de tres contando el mío.

Los que ejercíamos a diario de monaguillos en el colegio teníamos costumbre de probar un poquito del vino dulce de misa directamente de la botella mientras recogíamos la sacristía al acabar el oficio religioso, siempre poniendo mucho cuidado para que el páter no notase la bajada de nivel ni nos pillase con las manos en la masa, pero el vino que trajo aquel buen soldado no era dulce

como el de la capilla sino todo lo contrario, sin duda era más fuerte y peleón. Y me afectó.

Antes de acabar la comida ya empecé a notar los nocivos efectos del alcohol en mi organismo y a sentirme mareado, no controlaba mi cuerpo, hablaba con lengua de trapo y quería vomitar; varios vasitos de vino gallego, por muy pocos y cortos que fueran, eran demasiada tralla para un crío de mi edad y constitución, por mucho que me creyera mayor por tener cumplidos los once años.

Los otros pínfanos de la mesa se mondaban de la risa viéndome hacer el tontaina, hasta que la monja que cuidaba ese día el comedor se dio cuenta de mi estado y al terminar me llevó de cabeza al dormitorio, estuve vomitando un buen rato en el baño y, cuando ya no me quedaba dentro nada más, me ordenó acostarme en la cama para dormir la mona, no tuvo que repetírmelo dos veces porque me creía morir si no lo hacía.

Dormí como un bendito hasta que a media tarde volvió la misma monja para despertarme y comprobar cómo llevaba la trompa, viendo que me había recuperado lo suficiente me dijo que me vistiera y bajase a la sala de televisión con los demás; las clases de la tarde ya habían terminado, también se había rezado el santo rosario (lo rezábamos a diario) y tocaba tiempo libre hasta la hora de cenar, pero al estar lloviendo a mares el recreo sería en la sala de televisión, con juegos de mesa, tebeos, etc., incluso viendo algún programa infantil si coincidía el horario y lo autorizaban.

Antes de cualquier actividad colegial, ya fuera para entrar a clase, capilla, comedor o lo que tocase, era obli-

gatorio formar en fila de a uno y esperar en completo silencio instrucciones superiores; normalmente las monjas aprovechaban estos ratos para pasarnos revista de policía, en el argot militar significa una revisión de limpieza corporal y del trapillo, una pesadez repetitiva que odiábamos profundamente porque si tenías alguna tacha ibas directo a los baños del dormitorio para asearte a fondo y ponerte presentable.

Así que me puse en la fila en el lugar que me correspondía por el orden alfabético de clase, durante mi turno de espera de entrada al salón de actos vi llegar a sor Luisa, la monja de mi curso, segundo de Bachillerato, una enérgica malagueña con mucho carácter; se puso en la puerta revisando detenidamente uno por uno a todos los que me precedían en la fila, desde el primer momento observé atemorizado que me miraba de refilón, controlaba mis movimientos y no me quitaba ojo de encima; estaba claro que su compañera de comunidad le había contado lo ocurrido con el vino cuando tuvo que explicarle mi ausencia de las clases de tarde y del santo rosario.

A medida que me acercaba a la puerta me iba poniendo más y más nervioso, y con ellos me entraron unas ganas locas de mear, no estaba seguro de lo que me iba a pasar al llegar ante sor Luisa pero seguro que nada bueno, los tirones de pelo y orejas y los capones que soltaba la sor eran legendarios y sembraban el pánico entre nosotros; al llegar a su altura, sin decir ni media palabra, me soltó un primer bofetón de campeonato que solo puede esquivar en parte agachándome mientras me tapaba la cabeza con brazos y manos, pero lo peor fue que al verlo venir me hice pis encima del mismo miedo

que había acumulado durante la tensa espera, fue un acto reflejo imposible de reprimir, sincronizados con el golpe se me aflojaron los esfínteres al recibirlo y me dejé ir.

El hecho de mearme encima fue la gota que colmó el vaso de su poca paciencia, «borracho y encima meón, te vas a enterar de lo que vale un peine», no recuerdo lo que dijo pero debió ser algo parecido; así que, agarrándome con una mano por el cuello del trapillo para que no escapase, me soltó una rápida tanda de guantazos con la mano libre que yo intentaba esquivar componiendo fintas imposibles, no eran muy precisos pero dolían cuando conseguía su objetivo; cuando se hartó de darme mamporros me agarró de una oreja y me llevó dando tirones hasta los baños del dormitorio, donde me tuve que duchar con agua fría como escarmiento y cambiarme de ropa; el dormitorio estaba en la primera planta del edificio, de modo que subí las escaleras viendo todas las estrellas del firmamento, el corto trayecto se me hizo infinito.

Lo mejor del caso es que no fue para tanto, hubo más ruido que nueces, tras la regañina las aguas volvieron pronto a su cauce, sor Luisa —en el fondo era buena con nosotros, pero tenía que llevarnos por el buen camino aunque fuese a leche limpia, las monjas eran un fiel reflejo de la estricta educación imperante en la época— recuperó enseguida su buen talante y calma habituales y, una vez controlada la furia visigótica que había experimentado durante unos minutos, ni siquiera me encerró durante horas en el cuarto oscuro donde se guardaban los aparatos de gimnasia que era uno de los sitios preferidos para los castigos por mala conducta.

Por mi parte aprendí la lección y no volví a beber ni el agua de los floreros.

La fuga

Se dice que la ocasión la pintan calva, personalmente no tengo nada a favor ni en contra de la alopecia pero el refrán es el que es, y hay que aprovecharla cuando se presenta.

Llevaba varios días rondándome la cabeza la obsesiva idea de fugarme del colegio en cuanto reuniese el valor suficiente, no es que estuviera pasando una mala racha estudiantil y hubiera suspendido hasta el recreo, era un estudiante del montón pero iba aprobando, sino que me había hartado del internado y quería escaparme de allí para ver mundo, porque sin duda tenía que haber otros mundos en alguna parte, por supuesto más interesantes que el que me había tocado vivir, y aquellos altos muros de piedra no me dejaban verlos.

Una tarde se jugaba en el patio otro partido de fútbolde la máxima rivalidad, el enésimo del curso, los de primero contra los de segundo o quizá fuera los del norte contra los del sur, en el que a nadie le gustaba perder; el equipo contrario dominaba claramente la situación, estaban siendo mejores y uno de sus delanteros, tan escaso de puntería como sobrado de energía, de un soberbio patadón mandó la pelota por encima del techado de uralita que protegía la leñera exterior y cuyas columnas metálicas de sujeción hacían las veces de

portería, a la extensa y verde vega vecina que cantaba Rosalía (de Castro, no la de ahora) en las Orillas del Sar.

¡Cuán hermosa es tu vega, oh, Padrón, oh, Iria Flavia!
Mas el calor, la vida juvenil y la savia
que extraje de tu seno,
como el sediento niño el dulce jugo extrae
del pecho blanco y lleno,
de mi existencia oscura en el torrente amargo
pasaron, cual barrida por la inconstancia ciega,
una visión de armiño, una ilusión querida,
un suspiro de amor.

Antes de que nadie dijese nada me ofrecí como voluntario para ir a por ella, el soldado que vigilaba el recreo me dio permiso, abrió la puerta y salí raudo al encuentro de mi ocasión, sería ahora o nunca; agarré la pelota y la devolví de volea al campo de juego, obligándola a seguir el trayecto inverso que la había llevado hasta allí; por extraño que parezca —porque yo era de los malos, uno de aquellos a los que siempre nos ponían de porteros por bajitos o de defensas para que no molestásemos a los jugones del balón—, la pelota ascendió libremente hacia las negras nubes cargadas de agua de lluvia como impulsada por un cohete, entonces no había misiles teledirigidos, ni drones, ni ese tipo de modernidades guerreras de hoy día, describiendo un arco perfecto hasta que en su trayectoria de bajada la perdí de vista, cuando lo normal hubiera sido que cayera sobre el tejadillo, luego rebotara de nuevo hasta la vega y lo volviera a intentar hasta que, rendido ante la cruda realidad, volviera abatido al patio con ella entre las manos

por falta de fuerza física y de habilidad para devolverla por aire de una certera patada al terreno de juego.

En el patio, el aburrido y desprevenido soldado vigilante seguramente estaría leyendo una novela del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía, ajeno por completo a mis intenciones de evasión, esperándome en vano de pie junto a la puerta, indolentemente apoyado contra la pared, hasta que yo entrase para cerrarla de nuevo y poder concentrarse de lleno en su apasionante lectura «qué pesadiños pueden ser a veces estos rapaces, mira que interrumpirme justo cuando iba a empezar el duelo al sol entre el sheriff y la banda de cuatreros».

Pero en vez de volver al patio para seguir con el partido —ya se apañarán sin mí, total no había parado ni un solo tiro a puerta, además siempre me las tiran altas para que no llegue—, atravesé corriendo y sin mirar atrás la vega en dirección contraria al colegio, al encuentro del cercano y poético río; como por allí no se podía cruzar al pueblo por bajar el caudal crecido, caminé agachado por la vera de su orilla ocultándome a la vista en lo posible tras el sembrado, llegando hasta el puente de piedra que, desde tiempos de los romanos, salva el cauce del río desde la Fuente del Carmen hasta el Espolón, justo por delante de la iglesia de Santiago Apóstol dónde algunas veces había ejercido de monaguillo para ganarme una propinilla en bodas, bautizos y primeras comuniones de gente del pueblo, a petición del solícito páter del colegio ante la escasez de monaguillos de plantilla.

Una vez en el Espolón fui directo a la plaza Macías donde se encontraba la sede de la por entonces Compa-

ñía Telefónica Nacional de España, subí a la primera planta y le pedí por favor a la operadora que pusiera una conferencia a cobro revertido con mi casa; al verme allí plantado en horas de colegio y razonando por el uniforme que llevaba que sería uno de los «nenos do convento», surgió en ella una lógica sospecha que en aquel momento de tensión extrema no supe interpretar; mirándome por encima de las gafas de cerca que descansaban sobre la punta de su nariz, dejando de hacer punto mientras lo decía, la buena señora me pidió amablemente que me sentase a esperar mientras gestionaba la llamada solicitada, *«ten un pouco de paciencia, rapaciño»*.

Permanecí allí sentado un rato largo —tampoco recuerdo cuánto porque no llevaba reloj, me lo quitaba para jugar de portero, ni tampoco me preocupaba saberlo, las conferencias siempre tardaban mucho— en un incómodo banco de madera, recuperando el resuello, todavía asombrado por lo que acababa de hacer, vestido con el pantalón corto del trapillo, la camisa gris remangada y las botas manchadas de barro, probablemente sudoroso y con las mejillas coloradas por el esfuerzo y la emoción de la veloz huida campo a través.

Mi cara debió ser un poema cuando vi entrar por la puerta, hecha un basilisco, la figura imponente de una monja, con el tocado *cornette* que le cubría la cabeza descolocado por las prisas, asemejando un toro de lidia en plena acometida; no recuerdo si era sor Luisa u otra aunque por el miedo que pasé juraría que fue ella, pero se vino derechamente hacía mí y casi me meo encima del pánico que sentí, incluso puede que sin el casi, ¡tierra trágame! de una galleta no me salva nadie; con un

gesto rápido agradeció a la telefonista su oportuno aviso de huerfanito a la fuga, mientras con una de sus manos me agarró por la muñeca aplicando la fuerza de unas tenazas; sin soltarme un segundo ni aflojar la presión, regresamos a marchas forzadas al colegio, a ratos tirando de mí cuando inútilmente trataba de oponerme, llevándome casi a rastras, mientras me arreaba capones y tobas en cabeza y coronilla.

Por el camino me dijo de todo en todos los tonos posibles, pero afortunadamente no tengo tanta memoria ni soy demasiado rencoroso y lo he olvidado; seguramente afligido por mi inapelable derrota, caminaría absorto, pensando en mis cosas y en la que me iba a caer, tanto en el colegio como en casa cuando se enterasen.

De momento, el resto de la tarde la pasé encerrado en el cuarto oscuro dónde se guardaban los aparatos de gimnasia; por las rendijas de la desvencijada puerta de madera se colaban pequeños rayos de luz emitidos por las amarillentas bombillas del pasillo, por ellas mis compañeros se asomaban para preguntarme qué había hecho, qué había pasado, y yo les decía que me había fugado pero que el mundo entero se había puesto en mi contra. Me tuvieron allí hasta la hora de la cena y enseguida se me pasó el disgusto, ya se sabe que las penas con pan son menos y tenía hambre atrasada.

El resto del curso tuve prohibido salir a la vega para recuperar los balones que tirasen fuera, bien por exceso de vehemencia o por falta de tino, los magos del balón, pero bien visto no hay mal que por bien no venga porque en el fondo a nadie le apetecía ser el recogepelotas de la clase.

Tras aquella fallida experiencia no lo volví a intentar nunca más y, esperando que a la ocasión le saliese algo de pelo, terminó el curso sin mayores consecuencias aunque nada me libró de seguir jugando de portero.

El río Lérez

Acabado el curso viajábamos en autobús al Instituto Nacional de Enseñanza Media de Pontevedra —actualmente se llama Valle Inclán, pero en el Libro de Calificación Escolar no consta tal nombre y para nosotros era simplemente el Instituto— para examinarnos por libre, los nervios estaban a flor de piel entre los estudiantes porque daba igual si habías llevado los estudios bien, mal o regular durante el año escolar, era el examen final en el Instituto el que dictaba la sentencia definitiva y de esas notas dependía el veraneo.

Era un trámite parecido a las reválidas de cuarto y sexto de Bachillerato de las que nos examinábamos también por libre en el Instituto de San Isidro en Madrid, porque las monjas de Padrón no tenían la cualificación necesaria para examinarnos oficialmente. O a la temida Prueba de Madurez, una vez terminado el curso Preuniversitario, a la que debían enfrentarse quienes pretendieran acceder a la Universidad Complutense.

El 22 de junio de 1965 subimos de forma ordenada, pasando la inevitable lista, al autobús militar que nos llevaría hasta Pontevedra desde Padrón, distantes poco más de 40 kilómetros; las monjas lo tenían todo meticulosamente preparado y previsto, las bolsas individuales de comida para el tradicional y esperado picnic campes-

tre, la documentación necesaria, todos los huérfanos en perfecto estado de revista, el pelo cortado casi a cepillo, bien lavados y peinados a raya con tiralíneas, los uniformes limpios, los zapatos relucientes, los calcetines blancos bien estirados hasta debajo de la rodilla, parecíamos soldaditos de plomo recién pintados.

Una vez en marcha tocaba cantar a coro para amenizar el corto trayecto, «ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras tra la rá, para ser conductor de primera acelera, acelera, qué buenas son las hermanas no sé cuántos, qué buenas son que nos llevan de excursión...» y la lista completa de grandes éxitos asociada a las excursiones, todos a una seguíamos el obligado ritual que a los más inseguros les aportaba calma y tranquilidad antes de los exámenes.

Una vez en Pontevedra nos apeábamos cerca del Instituto, situado en pleno paseo de la Alameda, siempre llegábamos sobrados de tiempo, la puntualidad de nuestras monjas sería la envidia del colegio inglés más exigente; antes de entrar nos dejaban pasear unos minutos por el parque de las Palmeras para descargar la ansiedad acumulada durante los días previos; recuerdo que allí había un pobre mono atado por el cuello con una larga y ligera cadena, al aire libre, sin una mínima jaula en la que guarecerse, el pobre animal se estresaba ante tanto niño revoltoso merodeando su espacio y se volvía una fiera agresiva, había que tener mucho ojo porque como te pillase desprevenido lo llevabas claro.

Una vez reagrupados y contados por enésima vez, no fuera que se hubiera despistado alguno, subíamos la imponente escalinata de entrada al Instituto bajo la estric-

ta vigilancia de las monjas y buscábamos las aulas de los exámenes que tocasen aquel día; en el corto descanso de la mañana las monjas nos reunían en la escalinata interesándose uno a uno por los exámenes, nos daban el deseado medio bocadillo de mortadela de las once y volvíamos al parque para atormentar otro rato al pobre mono; le tirábamos trozos de pan en el límite de alcance de la cadena para ver cómo se las ingeniaba para cogerlos, a esas horas el pobre animal ya estaba que se subía por las inexistentes paredes, necesitando con urgencia una ración extra de calmantes porque no éramos los únicos niños que lo mortificaban, los alumnos de todos los colegios allí congregados hacíamos lo mismo.

Hay quien afirma que realmente era una mona, investigando he leído en El Correo Gallego *«Uno de los animales más conocidos del antiguo parque de Las Palmeras era la mona Chita, un simpático simio que hacía constantemente monerías a niños y mayores. Su simpatía era tal que llegó a convertirse en uno de los reclamos para los visitantes de la ciudad y en el animal más conocido del mini zoo»*, bueno, afirmar que era simpática me parece exagerado porque, durante aquellas estresantes jornadas, la pobre Chita tenía muy malas pulgas y acababa medio loca.

El primer examen de aquella tarde iba a ser el de Dibujo Artístico, las carpetas individuales y los estuches con los lápices y gomas viajaban guardadas en el enorme maletero del autobús; cada carpeta contenía las láminas que eran de presentación obligatoria para optar al aprobado, sin entregarlas al profesorado al entrar ni siquiera te podías examinar; habían sido trabajosamente dibujadas durante el curso, siempre con la sor al

quite, no pasaban ni una que no estuviera perfecta; recuerdo especialmente lo difícil que me resultó dibujar la del oso polar, sudé la gota gorda hasta que conseguí el visto bueno de la monja, más por su desesperación que por mi habilidad gráfica, aunque más que un oso polar aquello bien pudiera ser cualquier otro animal grande con garras y pelo.

Al acabar los exámenes de la mañana subimos al autobús, por fin íbamos a comer, a esas horas estábamos todos caninos esperando meterle el diente al bocadillo de carne empanada y sobre todo al de tortilla española. En la bolsa también había fruta, las cocineras trabajaban a destajo esos días.

Nuestro autobús enfiló hacia la ribera del río Lérez buscando una pradera, siempre la misma, a la sombra dónde tendría lugar el picnic; a lo lejos, en la otra orilla, divisamos el estadio Pasarón, donde jugaba sus partidos el Pontevedra CF que ese año había ascendido a Primera al quedar campeón del grupo I de Segunda; muchos teníamos al Pontevedra como segundo equipo preferido ya que, procediendo de todas las provincias de España, cada cual llegaba al orfanato con su equipo favorito decidido desde la cuna.

En un momento determinado el soldado conductor, ya fuera por sueño, despiste, exceso de velocidad, fallo mecánico o porque era su destino, perdió el control del vehículo precipitándose por una pequeña pendiente directamente al río, pude ver claramente como la monja que estaba de pie en el pasillo mirando hacia atrás, probablemente contando cabecitas pelonas para asegurarse de que estuviésemos todos o explicando algo sobre

el picnic, salía despedida y caía de espaldas con los brazos en cruz sobre el parabrisas que se astilló por el impacto, enseguida empezó a entrar agua a raudales por las fisuras hasta que se partió del todo; durante su inesperado vuelo sin motor nos enseñó a todos el abultado refajo que llevaba oculto bajo el hábito; el autobús pasó rozando —afortunadamente sin chocar contra ellos— entre dos grandes árboles de la ribera antes de adentrarse fuera de control en el agua del río entre un revuelo de monjas y niños gritando por la sorpresa y la inercia del frenazo.

La parte delantera del vehículo quedó al momento sumergida en el río, con las ruedas traseras al aire dando vueltas sobre su eje al perder contacto con el suelo, sobresaliendo ligeramente por encima del nivel del agua; enseguida apareció gente dispuesta a prestarnos ayuda, nos fueron sacando por turno por la puerta de atrás y nos iban dejando sobre la arena de la orilla, mojados de arriba abajo, confusos y emocionados a partes iguales; desde dentro nos ayudaban a salir las monjas y el aturdido conductor que, como corresponde a los buenos capitanes, fueron los últimos en abandonar el barco; junto a la orilla se había formado un gentío de curiosos observando como el autobús terminaba de sumergirse hasta la mitad, dejando solamente la parte de popa fuera del agua, como mudo testigo del naufragio.

Me acuerdo perfectamente de un chico de Calatayud que se rompió el brazo, su nombre era Julián Huete Heredero aunque para todos fuera el 89 porque cada uno teníamos nuestro número personal, en mi caso el 48, y a nadie se le llamaba por su nombre, seguramente él tampoco habrá olvidado el accidente; a la mala suerte

de que se rompiera el brazo hay que añadir que esa tarde, como he dicho, tocaba examinarnos de Dibujo Artístico, una asignatura de las llamadas María a la que yo tenía aprensión, pero al menos no hubo que lamentar más heridos de consideración que el maño 89 y la monja voladora que se llevó un susto de muerte, aparte de quedar magullada por el tremendo golpe recibido en el accidente.

Lamentablemente las carpetas, los estuches de los lápices y todos los dibujos del curso quedaron inutilizados por efecto del agua, las láminas quedaron hechas una pasta deforme y borrosa, inutilizadas; cuando más tarde una grúa sacó el autobús de su nueva vida subacuática y se comprobaron los daños, se determinó que no podrían presentarse en el examen como prueba irrefutable del trabajo escolar; puede decirse que tuvimos buena suerte, porque nos salvamos de una buena, y a la vez mala porque además de perder los trabajos pictóricos, las bolsas de viaje con la comida también se echaron a perder en el accidente, estaban en el mismo compartimento que las láminas y corrieron la misma suerte, solidaridad ante la desgracia se llama la figura.

Las monjas enseguida solucionaron ambas cosas, contactaron de inmediato con quien fuera, consiguiendo que el Ejército nos diera de comer sin tener que esperar demasiado, mantener bajo control a tantos pínfanos hambrientos hubiera sido complicado; ellas mismas se encargaron de convencer al tribunal del Instituto para que aceptasen bajo su palabra de honor que todos habíamos realizado las láminas obligatorias; sin más incidencias, aunque con bastante retraso sobre la hora prevista, nos examinaron y en otro autobús regresamos

al colegio, aliviados tras la experiencia y de nuevo cantando a coro todo el repertorio que la ocasión merecía; volvíamos con una gran aventura que contar a los que se habían quedado en el colegio porque ese día no les tocaba examinarse.

Revisando el Libro de Calificación Escolar, he comprobado que suspendí el Dibujo, allí consta la calificación «Suspenso, 2», mucho peor de lo esperado, aunque en la convocatoria de septiembre aparece como «Aprobado, 5»; el dibujo artístico nunca ha sido lo mío, pero seguro que la circunstancia del accidente tendría algo que ver con el suspenso.

Puestos a justificarme culpando al accidente, aprovecho: veo que también suspendí Lengua Española (3) y las Matemáticas de Primero (2,5, por tercera vez), en septiembre por fin aprobé las dos Matemáticas, pero volví a suspender Lengua Española (2,5) que solo pude aprobar con un cinco a la tercera intentona, en junio del siguiente año, cursando tercero de Bachillerato en la Inmaculada de Madrid.

TRAGEDIA EN NOCHEBUENA.

Seis muertos y dos supervivientes tras caer un autobús al río Lérez en Pontevedra. El crecimiento del caudal por la intensa lluvia dificulta las labores de rescate en Cerdedo - Cotobade. Una de las pasajeras logró avisar a emergencias desde el interior del vehículo.

Esa misma noche fueron rescatados los dos primeros cadáveres y los dos únicos supervivientes: el conductor y una pasajera que logró llamar a emergencias con su móvil. Las labores de recuperación, que tuvie-

ron que suspenderse por las condiciones extremas del río, se han retomado este domingo, día de Navidad. Tras encontrar un tercer cadáver dentro del autocar, la Subdelegación del Gobierno en Pontevedra informó a primera hora de que ya no quedaban más cuerpos en la cabina, inundada de agua hasta el techo, y comenzó a buscar al resto de los pasajeros en el río, especialmente en la zona de una presa situada aguas abajo, donde había restos del accidente. Finalmente han sido hallados tres cadáveres más; el último, el del pasajero más joven, un estudiante de 21 años que volvía a Nigrán desde Lugo.

Extracto de la noticia aparecida en prensa el domingo 25 de diciembre de 2022 que me hizo recordar nuestro propio accidente del que por suerte salimos ilesos.

El botafumeiro

Por primera vez en mi vida no pasaría las navidades en casa rodeado del calor y cariño de los míos, la mala situación económica por la que pasábamos tras la temprana muerte de nuestro padre, impedía afrontar el coste de un billete de tren de ida y vuelta en segunda clase desde Padrón hasta Madrid, no he conseguido documentarlo pero serían alrededor de 400 pesetas de la época o incluso menos, unos 2,40 euros actuales al cambio; hoy nos puede parecer un precio ridículo pero entonces era mucho dinero, sobre todo para sacarlo de la insuficiente pensión de viudedad que debía mantener a diez criaturas hambrientas y desperdigadas por la geografía peninsular, a mí me tocó la china por ser el que más lejos estaba en ese momento.

Así que mi madre llamó al colegio para informar a las monjas y que fueran ellas las que me dieran a mí la mala noticia, pero al final me pusieron al teléfono y lo escuché de viva voz «hijo, lo siento mucho pero tendrás que quedarte en el colegio estas vacaciones porque no puedo pagarte el billete para viajar a Madrid». Antes las madres no se andaban por las ramas y te decían las cosas sin rodeos, hay que ponerse en su lugar, seguro que ella lo pasó mucho peor que yo, qué mal rato tuvo que pasar.

La ventaja de recordar esta historia casi sesenta años después de ocurrir es que el tiempo me ha hecho olvidar por completo el pesar que me causó la noticia y hoy me deja contarlo como si le hubiera ocurrido a otro. No me quejo, seguro que había casos mucho peores.

El año 1965 iba a ser santo y jacobeo, Pablo VI era el Papa de Roma y en la archidiócesis de Santiago de Compostela ejercía como eminentísimo cardenal arzobispo el doctor Fernando Quiroga Palacios, toda una autoridad eclesiástica de la época según cuenta la historia.

Llegó el deseado día de las vacaciones, la mayoría de los internos salieron de viaje hacia sus casas y solo unos pocos, en una foto de la época he contado que fuimos veintisiete los que nos quedamos, aproximadamente la cuarta parte del alumnado; pero no era momento para llorar, así que salimos al patio a jugar.

Uno de aquellos días las monjas nos hicieron una prueba de lectura en voz alta a todos los que nos habíamos quedado de primero y segundo, los chicos que estaban en preparación de ingreso y en ingreso al Bachillerato les parecieron demasiado pequeños para la misión que debían asumir; tampoco eran de dar muchas explicaciones, simplemente te ponían un texto de varias páginas en las manos y te ordenaban leerlas en voz alta y clara, cuidando la entonación, respetando las pausas, de pie y delante de todos en la sala de televisión.

Fui uno de los elegidos y durante las Navidades estuve leyendo ante ellas el texto que tenían preparado; obviamente no recuerdo nada del mismo, pero teniendo en cuenta para lo que estaba escrito seguro que estaría lleno de loas y alabanzas a Dios, a la Virgen, al Santo

Patrón, a la Patria, al Ejército, a su Excelencia el Generalísimo y a nuestros padres que en Gloria estaban.

A principios de enero de 1965, nos revelaron el secreto que tan celosamente guardaban, iba a celebrarse un acto solemne en la catedral de Santiago de Compostela y el Ejército había decidido que uno de sus huérfanos leyera en su representación la Ofrenda al Santo Patrón; la Madre Superiora me comunicó que había resultado elegido para ser el afortunado lector, un alto honor del que debía sentirme orgulloso, también me avisó de que la catedral estaría llena de autoridades religiosas, militares y civiles y que tendría que esmerarme al máximo para leer la ofrenda sin cometer errores ni ponerme nervioso.

Pasada la fiesta de Reyes volvieron los alumnos ausentes de sus vacaciones en familia y el colegio enseguida retomó la rutina y disciplina habituales del curso, pero a mí me mantenían ensayando una y otra vez la lectura de aquel texto. Debo reconocer que algunas tardes me daban merienda especial para tenerme contento y eso me encantaba.

El día señalado, aunque la he buscado en internet no he encontrado referencia alguna en la prensa, nos trasladaron a todos en autobuses militares hasta la plaza del Obradoiro, entramos en la catedral y efectivamente el templo estaba repleto de gente; una monja me condujo a lo largo del pasillo central hasta los pies del altar, siendo objeto de las curiosas miradas de los fieles presentes, supongo que al verme tan canijo pensarían «pobre huerfanito» o algo parecido porque yo en esa época, aparte de tener una cara angelical, ya sabía poner carita

de circunstancias cuando me convenía; ante el altar mayor aguardaba Su Eminencia Reverendísima, don Fernando Quiroga Palacios, vestido con indumentaria eclesiástica de gran gala y la mitra arzobispal sobre la cabeza, sentado en una silla grande y solemne, una especie de trono dorado, si me llegan a decir que era el mismísimo San Pedro bajado del cielo me lo hubiera creído, el escenario y aquél señor imponían.

La monja encargada de dirigir mi intervención me dijo que cuando ella me avisase tendría que subir dos o tres peldaños de la escalinata ante el altar mayor, hasta dónde estaba preparado un micrófono ajustado a mi altura; no recuerdo más detalles, pero cuando la monja me avisó avancé, subí los escalones y me hinqué de rodillas ante el arzobispo sintiéndome más solo y abandonado que nunca en aquella inmensa catedral, postrado ante el mismísimo pastor de Galilea, príncipe de los Apóstoles, en quién Jesús depósito toda su confianza «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo»

Su Eminencia, viéndome azorado y en trance, me hizo una seña con la mano para que me pusiera en pie; cuando me lo ordenó me acerqué al micrófono y procedí a leer la ofrenda de carrerilla, varias páginas escritas a máquina que casi me sabía de memoria de tantas veces como me la habían hecho leer en el colegio.

Empecé y acabé aquel largo discurso sin vacilar ni ponerme nervioso, siempre he tenido temple y buena voz

para declamar (no así para cantar, en lo que soy una calamidad) y superé la prueba con buena nota; al acabar la ofrenda, Su Eminencia aplaudió y por simpatía (química) todos los fieles presentes lo imitaron, acabada la salva de aplausos me hizo otra señal con la misma mano para que me acercase a él, me dio a besar su enorme anillo pastoral, lo cual hice piadosamente sin olvidar arrodillarme y agachar la cabeza respetuosamente, y me pidió que me sentase en el suelo, a su lado sobre la mullida alfombra que lo recubría, porque iba a disfrutar en posición privilegiada del famoso vuelo del botafumeiro.

Tengo entendido que monseñor el arzobispo era un gigante gallego de casi dos metros de altura y cien kilos de peso, hijo de un cabo de la Guardia Civil que luego fue profesor de escuela; era el menor de cinco hermanos y quedó huérfano de madre a los dos años de edad, así que teníamos algunas cosas en común, quizá por eso mostró mucha empatía conmigo. Imaginaos la impresión que debió causar semejante gigantón en un chico de diez años que era de los más bajitos de clase y posiblemente el más esmirriado.

Me senté, mirando de reojo alternativamente al arzobispo y a la monja, la buena mujer no me quitaba los ojos de encima, sonreía orgullosa del resultado de su trabajo; conviene entender que para un crío como yo, el escenario y los personajes podrían haberme impresionado dejándome aturdido. Pero, a pesar de nuestra corta edad, los pínfanos teníamos «mucha mili» encima y estábamos acostumbrados a no dejarnos apabullar por nada ni por nadie, aunque el miedo corriera libre por dentro.

Los tiraboleiros, encargados de hacer oscilar diecisiete veces el botafumeiro hasta conseguir un grado de inclinación respecto a la vertical de 82º, hicieron bien su trabajo; un espectáculo grandioso visto desde tan cerca, al pasar por delante oíamos y notábamos el aire que desplazaba aquél enorme incensario de cincuenta y tres kilos de plata y metro y medio de altura y respirábamos de cerca la mezcla de carbón e incienso con que perfumaba la catedral. Posteriormente lo he visto en funcionamiento otras dos o tres veces más, de hecho cada vez que he visitado la catedral he tenido la buena suerte de verlo en acción, seguro que me reconoce al entrar aunque los dos hayamos cambiado de aspecto, a él le añadieron un baño de nueve kilos de plata y a mí me han caído encima bastantes kilos más y no de plata precisamente.

Al terminar el acto salimos a la plaza del Obradoiro, un militar de alto rango me saludó pasándome la mano por la cabeza revolviéndome el pelo rapado que tenía, porque en el orfanato nos cortaban el pelo con mucha frecuencia y casi a cepillo, supongo que para evitar piojos y por la propia cultura sanitaria castrense que imperaba en el colegio. Éramos tratados como soldados en miniatura, no es una crítica sino mi impresión, así eran las cosas y las veríamos con normalidad.

Acabado el acto de despedida en la explanada de la plaza, nos llevaron hasta un recinto militar cercano dónde nos sirvieron a todo el colegio y acompañantes un tentempié estupendo a base de chocolate caliente espeso y unos deliciosos bollos suizos, que desde entonces son mi perdición. Los militares siempre han sabido

celebrar sus reuniones como es debido y aquel día no iba a ser la excepción.

Cómo me gustaría encontrar alguna referencia periodística de aquel día, hubo fotógrafos y las monjas nos comentaron en el colegio que habíamos salido en prensa, en fin, no descarto continuar la búsqueda y encontrar aunque sea un pequeño comentario de la ceremonia.

Al volver al colegio me esperaba otra sorpresa, hasta final de curso y también durante todo el curso siguiente fui uno de los lectores del comedor; mientras el resto del alumnado comía en completo silencio, uno de nosotros, por turnos rotatorios, leía en voz alta los libros que las monjas seleccionaban para nuestro fastidio porque durante la lectura no nos dejaban hablar ni enredar, que era lo que realmente nos gustaba.

Recuerdo que uno de aquellos libros era el Luiso, María matrícula de Bilbao, de Sánchez-Silva y Luis de Diego, viejo conocido mío porque, tres o cuatro años antes en Valencia, mi padre —convaleciente de su mortal enfermedad— me hacía leerlo en voz alta en su dormitorio, unas páginas cada tarde al volver del colegio, para comprobar mi progreso escolar; estaba bien entrenado y quizá por eso me escogieron como lector.

LA INMACULADA

Septiembre 1966 – Junio 1968

Si pasar de la noche a la mañana de Las Mercedes a Padrón significó una dura experiencia para la mayoría de nosotros, realmente traumática en ciertos casos, pasar de Padrón a Chamartín de la Rosa, «la Inmaculada» en el argot de los pínfanos, situado en la calle de López de Hoyos, número 317, de Madrid, iba a superar todo lo anterior.

Un cambio significativo en mi caso particular es que volvería a estar interno en Madrid, más cerca de mi casa, en la que podría pasar los fines de semana siempre que las notas fueran buenas y no hubiera tenido problemas de conducta, porque las notas escolares y la buena conducta eran las claves que determinaban si podrías hacerlo o no.

El segundo cambio lo notamos intensamente y a todos los niveles, especialmente en el régimen disciplinario; se acabaron las monjitas de la Caridad que tendrían sus cosas malas pero el trato que nos otorgaban siempre tenía su lado maternal; en la Inmaculada el profesorado y los inspectores eran señores mayores con bigote, algunos procedentes del Ejército o muy relacionados con la institución, poco o nada dispuestos a que los tomásemos por el pito del sereno y de mal genio pronto, allí te soltaban un sopapo en cuanto te descuidabas.

El cambio definitivo, que demostraba que habíamos llegado a lo más alto del escalafón de los pínfanos, era que recuperábamos nuestros apellidos familiares; también teníamos números asignados para casi todo, pero desde el primer día los profesores e inspectores nos llamaban por el apellido, dejé atrás el 76 de las Mercedes y el 48 de Padrón y recuperé la normalidad, desde ese momento pasé a ser Ossorno a secas o señor Ossorno, dependiendo de las circunstancias y de quién y para qué me llamase; los amigos, para no gastar saliva inútilmente, lo redujeron a Oso, pero sin duda era un adelanto.

Un cambio no menos importante que los anteriores era que los fines de semana y festivos nos dejaban salir de paseo solos, sin la vigilancia cuasi carcelaria de Pa-

drón; durante esos días podíamos salir libremente del colegio; se formaban varios grupos, pequeños y grandes, y salíamos en tropel a descubrir mundo, la parte que menos nos gustaba era que teníamos que pasear de uniforme y se nos reconocía a la legua, lo cual no era ninguna ventaja porque con esa edad era habitual tener problemas y roces con las pandillas del barrio.

Durante algunos recreos nos tiraban piedras desde la calle y enseguida salían corriendo; como entre semana no nos dejaban pisar la calle, la única forma de vengarnos era esperar al fin de semana y buscarlos, algunas peleas fueron inevitables y ninguna de las partes las rehuía, aunque ellos más que nosotros porque los pínfanos éramos una piña.

Lo normal, cuando había dinero, era ver una sesión doble de cine en el Covadonga[iv] en la misma calle López de Hoyos (antes de que se construyera la M-30 podíamos ir andando tranquilamente hasta el cine) o a otro que estaba casi al lado del colegio en la confluencia con Arturo Soria, puede que se llamase Royal, también desaparecido; pero nuestro cine preferido era el Covadonga porque pertenecía a la familia de un profesor del colegio, don Joaquín el Foca, y la taquillera y los acomodadores tenían orden de tratarnos bien, a veces incluso nos dejaban entrar gratis.

El entretenimiento más barato era coger el tranvía 70 que recorría todo Arturo Soria y llegaba hasta Plaza de Castilla, un largo trayecto incluso ahora; una vez allí lo mismo teníamos que volver andando por no tener dinero para el billete, en cuyo caso intentábamos viajar agarrados en la plataforma exterior del último vagón,

deporte sin duda peligroso, pero merecía la pena el riesgo de llevarte la bronca del cobrador en cuanto nos descubría con tal de ahorrarte el billete.

Comparados con los cursos previos, tercero y cuarto del Bachillerato Elemental también fueron palabras mayores, la única ventaja consistía en que podías aprobar las asignaturas por curso en el propio colegio sin tener que refrendarlo con un examen final en algún instituto de la capital, porque el profesorado estaba colegiado y autorizado por el Ministerio para examinar directamente nuestros conocimientos y decidir si aprobabas o no cada asignatura.

Aunque no todo podía ser tan fácil, nuestro Plan de Estudios era el de 1957 que incluía una Reválida al acabar cuarto curso, sin aprobarla no se podía pasar a quinto; los exámenes de reválida se celebraban en el Instituto San Isidro situado en la calle Toledo, en pleno centro de Madrid; hasta allí acudíamos vestidos con el uniforme de paseo del colegio bajo la estrecha vigilancia los inspectores y la mirada curiosa del resto de chicos que estudiaban o se examinaban allí.

Algunos fines de semana íbamos a pasear por la zona de la Puerta del Sol, una de las veces coincidió que eran fechas navideñas y se nos acercó una señora; estábamos un grupo de pínfanos arremolinados frente a las baldosas que marcaban el kilómetro cero de las seis carreteras nacionales y nos preguntó si éramos los Niños de San Ildefonso, los que cantan la Lotería; divertidos, respondimos que sí para no quitarle la ilusión, pero cuando intentó pasarnos un billete de lotería por la espalda nos

negamos y salimos a escape echando pestes de la pobre señora.

Al llegar a Chamartín lo primero que comprobé es que había diferencias en los uniformes, tanto en el trapillo de uso diario como en el azul de paseo existía la opción de usar pantalón largo o corto; yo me ilusioné con poder llevar pantalones largos y así lo expresé a la hora del reparto, pero todavía no tenía pelos en las piernas y al parecer era el listón utilizado para poder llevar pantalón largo. Otros dos años más llevando pantalón corto, con el frío que hacía en invierno en la zona de Arturo Soria, era una contrariedad para alguien que se consideraba un veterano en internados, ya no era un niño pequeño y quería que me tratasen como a los mayores.

Ajo y agua, de nuevo me gustaría traer a colación al poeta Rilke, porque vivir mi infancia en pantalón corto no era precisamente el modelo de patria que yo hubiera querido a los doce años.

Había un bar, de cuyo nombre no puedo acordarme, como diría don Miguel de Cervantes, en Arturo Soria en el que los mayores nos enseñaron a cambiarnos el uniforme por ropa de paisano; la llevaban en una bolsa y nada más salir de paseo se iban directos al bar, entraban al servicio y se cambiaban; a la hora de regresar al colegio volvían a pasar por el bar y se ponían de nuevo el uniforme, no sé cómo los del bar lo permitían pero la rutina se repetía cada fin de semana y fiestas de guardar. Yo nunca lo hice, primero porque a mí no me importaba llevar uniforme y segundo porque mi ropa de paisano era anticuada para los gustos de entonces,

normalmente heredada de los primos ricos andaluces de la familia de mamá, que nos enviaban anualmente la que ya no querían ponerse, o de mis hermanos mayores cuando se les quedaba pequeña.

Al inicio del curso los pínfanos de cuarto curso nos gastaron novatadas a los recién llegados, pero no llegaba la sangre al río, al fin y al cabo con casi todos ellos habíamos coincidido al menos un año en Padrón y existía un pacto tácito de no agresión, sin olvidar que entre nosotros también había chicos grandotes que no se dejaban vacilar, pero las novatadas eran una tradición largamente practicada y había que pasar por el aro para que se tranquilizasen cuanto antes y nos dejasen en paz. De hecho no recuerdo ninguna de las que me hicieron, por lo que deduzco que no serían nada del otro mundo.

Lo que no recuerdo con agrado eran las clases de gimnasia, nuestro profesor era militar y le gustaba el boxeo; en el gimnasio tenía montado un ring y nos obligaba a pelear unos contra otros porque, según él, el pugilato era un arte que nos vendría bien a todos en general; a mí no me gustaba nada cuando me tocaba subir al cuadrilátero, nos emparejaba por tamaños para que no hubiera mucho abuso, pero creo que le daba igual, te ordenaba subir y liarte a guantazos con quien tocase; la primera vez mi contrincante fue Jaime Ruíz Rosado, un chico de Algodonales (Cádiz) que era de otra pasta, más alto, ágil, fuerte, valiente y decidido que yo; él no quería pegarme porque era consciente de su superioridad, pero si no lo hacia el profesor se cabrearía, así que nos pusimos en guardia y se dedicó a golpearme en los brazos una y otra vez, creo que no llegué a devolverle ni un solo golpe, tan solo me defendía de los suyos, tantos me dio

en los brazos que se me cansaron y cuando no los pude mantener en alto y bajé la guardia, aprovechó para arrearme un directo a la mandíbula que me tiró a la lona (es una ironía, la lona era el suelo), donde me hice el muerto dando por terminado el asalto y el combate; peleábamos con casco protector y algo nos protegería, pero recibir un puñetazo en la cara no resulta agradable; al acabar la clase, Jaime se disculpó y aquí paz y después gloria.

Durante otra clase me tocó pelear con Fco. Javier Alonso Getino, un pínfano de León de complexión física similar a la mía, éramos los dos más bajitos de la clase, flacos, esmirriados, de débil punch, lo cual no evitó que mantuviésemos una fiera pelea que terminó en tablas y pudo ser mucho peor porque el profesor apreció tongo y nos descalificó por falta de combatividad antes de pillarse un buen rebote. Menuda patria, don Rainer, a hostia limpia.

Para hablar del profesorado tengo que tirar de mis fuentes de información, en ellas aparecen unos cuantos profes aunque yo prefiero centrarme únicamente en aquellos que mi memoria permita; esta era otra de las grandes diferencias con los colegios anteriores, nada de sor Luisa esto, sor María lo otro, aquí los profesores tenían nombre y apellidos aunque entre nosotros los conocíamos solo por sus motes.

Don Antonio Salinas García, el Sasa, porque en vez de decir «sí, sí» lo pronunciaba como «sa, sa», era profesor de Latín y Lengua Española; un señor de trato exquisito y cortés, recuerdo que en clase nos contó que había servido en la División Azul durante la Segunda Gue-

rra Mundial y que con los soldados alemanes se entendían en latín, para él su asignatura no era una lengua muerta; si no recuerdo mal, también era el Director del colegio y con su autoridad nos defendía siempre que podía de los profesores e inspectores menos tolerantes.

Don Inocencio Abadía, el Pájaro, secretario del colegio, profesor de Francés y director del coro; su fama le venía por los capones que daba a destajo por cualquier quítame allá esas pajas; cuando quiso formar el nuevo coro nos reunió a los de tercero y uno por uno nos pidió que cantásemos, en función del tono iba asignando registros, alto, bajo o lo que fuera; cuando fue mi turno decidió en segundos que el canto no era lo mío y me dejó fuera del coro, diría que afortunadamente porque muchos recreos reunía a los miembros para ensayar y les fastidiaba el tiempo libre. El francés se me daba bastante mejor y en los dos años que estuve en el colegio me llevé muy pocos capones, si me los llevaba era por hablar cuando no tocaba, porque siempre he sido de hablar por los codos.

Don Demetrio Álvarez Pinto, llamado Pinto a secas por su segundo apellido, profesor de Dibujo Técnico e inspector; tengo buen recuerdo de él, era un tipo alto, delgado, con bigote y de carácter serio pero cercano; cuando el Pinto te regañaba se le hacía caso a la primera y la cosa nunca pasaba a mayores, pero si se te ocurría protestar...

El profesor que más nos impactó a los novatos se llamaba don Joaquín Sánchez Revés, alias el Foca, profesor de Historia de la cual era un enamorado; voy a bucear en mis fuentes para definirlo porque no creo que

pueda mejorar lo que de él se cuenta, aunque incluyo mis propias apreciaciones:

«El Foca. Abogado y Profesor de Historia y Dibujo.

Retrato aproximado: Estatura media, pelo largo, canoso y peinado hacia atrás, frente ancha y despejada; ojos verdes y vidriosos; bigote blanco y exuberante, sin afeitar desde hacía años. Mandíbula prominente que le llevaba a presumir de parecerse a Carlos I, a quien admiraba.

Tenía el brazo derecho encogido hacia arriba con la mano situada a la altura del hombro, lo cual le daba un aspecto peculiar, y casi paralítico. Puede que se le apodase el Foca por ese brazo y su gran bigote. Andaba con la cabeza inclinada hacia delante, mirando por encima de las gafas y cojeando levemente a causa de su edad que por entonces oscilaría entre los 65 y 70 años. Vestía casi siempre trajes oscuros o negros, con la característica común de brillar por las manchas que tenían. Era solterón. El pecho abombado a causa de la media docena de plumas estilográficas diferentes que solía llevar en el bolsillo interior de la americana y dos pares de gafas. Las plumas las probaba una a una y a veces ninguna escribía. En invierno vestía una capa española antigua y negra, tan brillante como el traje, con la que se envolvía hasta el cuello y, como remate final, un sombrero cordobés de ala ancha. Portaba una gran cachimba que semejaba una pequeña chimenea.

Retrato psicológico: Carácter firme y romántico; muy galante y presumido. Se decía que durante la guerra había estado en el bando republicano pero nadie se

atrevió nunca a preguntárselo, era una persona entrañable por la que todos sentíamos gran aprecio.

Costumbres: Ir todos los días a clase y así durante 32 años y sólo faltaba por motivos excepcionales, funerales o entierros de su entorno.

Sus frases preferidas: A mi camelos, no, Los chulos me caagggan. No pronunciaba bien la erre y para usarlas, arrastraba mucho las sílabas.

Tenía por norma dar un duro de papel a quién sacase un diez en clase. Yo lo saqué dos veces porque como se comprenderá no daba muchos. Cuando me faltaba una pregunta y levantaba la mano para responderla, hacía como que no me veía y finalmente cambiaba de tema. Recuerdo que uno de los dieces fue por saber el nombre del caballo de Carlomagno.

Antes de preguntar la lección de historia correspondiente, se pasaba varios días explicando a fondo el tema en concreto que tocase. Hacía las clases muy agradables, y convertía la historia en un mundo de aventuras ameno y entretenido.

El Foca durante todo el curso era perfectamente capaz de no repetir corbata ni un solo día. Aunque las que llevaba no las había lavado ni planchado desde que se las compró en tiempos de Primo de Rivera. Era capaz de repetir en una hora 97 veces la palabra "Bueno" (que se las contábamos) y cuando se enfadaba afirmaba el Bueno con un golpe en la mesa de la que salían nubes de polvo; una vez salieron sus gafas disparadas a reacción por un cabreo algo más gordo de lo normal y fueron a parar a la última fila. El cachondeo fue mayúsculo, porque Rodolfo Ruiz Rosado se encargó de

esconderlas y el pobre hombre pasó en segundos de un mayúsculo cabreo a la angustia por haber perdido las gafas.

Cuando nos castigaba te mandaba a la fila, que consistía en que a los que reprendía por cualquier cosa los ponía a su izquierda, de pie, durante toda la clase; a mí me mandó una vez porque le pregunté si Doña Urraca estaba buena, nos la estaba celebrando y se me ocurrió esa gilipollez.

Él mismo nos contaba que en su juventud había sido marino mercante y había tenido un accidente en el mar, de ahí que tuviera el brazo derecho medio encogido; al parecer hay un puerto en Brasil llamado Pelotas y cuando el cachondo de turno le preguntaba: "Don Joaquín, ¿es cierto que Vd. estuvo en pelotas varios días?", con la consiguiente carcajada del resto de la clase, se enfadaba y expulsaba de clase al osado».

En cuestiones religiosas, a falta de monjas teníamos páter, militar por supuesto, en tercero volví a ejercer de monaguillo, seguramente ellas se lo soplasen al cura, pero no tengo suficiente memoria de aquellos días; lo que si me viene a la cabeza es que cuando se acercaba la Semana Santa organizaba unos ejercicios espirituales tipo ladrillo que no había quien se los tragase, pero eran de asistencia obligatoria y nadie se salvaba de pasar tardes enteras en la capilla escuchando sermones y rezando sin parar, aquello lo recuerdo como una tortura; además con doce o trece años empecé a sentir la religión católica como otra imposición y dejó de interesarme.

Uno de los mejores días del curso era el 8 de diciembre, la fiesta de la Inmaculada, patrona de la Infantería

española y de nuestro colegio; el día empezaba levantándonos una hora más tarde de lo habitual y disfrutando de un desayuno especial que incluía chocolate francés, bollos suizos y hasta galletas de nata o coco que eran mis favoritas; organizaban muchos actos para celebrar la patrona del colegio, pero sin duda era en el comedor donde se apreciaba de verdad la fiesta, nos daban una comida de gala por todo lo alto.

En el comedor teníamos un gran casillero de madera, numerados los huecos para dejar las servilletas y las medicinas que tomase cada cual; a veces algún pínfano despistado dejaba comida que le hubiera llegado en el paquete de casa, chocolate, chorizo, galletas, leche condensada y cosas parecidas, las cuales duraban un suspiro en el casillero en cuanto alguien las descubría mal tapadas por la servilleta.

En la Inmaculada no teníamos colonias de verano propias, quien lo solicitase con tiempo podía ir al castillo, pero en nuestro caso uno de los veranos, tuvo que ser el de 1968, recién acabada la reválida de cuarto, pasamos casi un mes en casa de nuestra hermana mayor Tere y de Carlos; viajamos en tren Juan Pedro y yo hasta Barcelona, estábamos acostumbrados a hacerlo solos así que a punto de cumplir los catorce, mi hermano con once, y en pareja aquello no era un problema; el viaje duraba toda la noche como siempre en los trenes de largo recorrido porque hacían múltiples paradas por el camino; en la estación de Barcelona nos esperaban Tere y Carlos, recuerdo que al llegar no la reconocimos de primeras porque ese verano se había puesto mechas y nos pareció una señora mayor, a pesar de tener solo 28 años, ella y yo nos llevamos 14 y pico, todo cuadra tem-

poralmente. Al vernos bajar del vagón lloraba como una Magdalena, menudo disgusto se llevaría cuando le contásemos que no la habíamos reconocido, pero es que desde su boda en Madrid dos años antes no habíamos vuelto a vernos y, quieras que no, todos estábamos algo cambiados.

Durante la estancia en Barcelona lo pasamos muy bien, los fines de semana salíamos de excursión al campo o a la playa; Carlos buceaba y lo acompañábamos en sus inmersiones mirándolo desde arriba y sumergiéndonos lo mínimo, la primera vez estuve tanto tiempo mirando boca abajo con las gafas de bucear que me quemé la espalda, Tere me tuvo que aplicar paños de vinagre durante unos días. Entre semana nos entreteníamos jugando con Teresita que tenía catorce meses, leyendo o acompañando a Tere a los recados hasta que por la tarde llegaba Carlos y salíamos todos a dar una vuelta; Carlos tenía la colección completa del Guerrero del Antifaz y, salvo desliz por mi parte, también de Roberto Alcázar y Pedrín, nos poníamos a leer aquellos tebeos y pasaban las horas sin sentirlas. También hacíamos excursiones en el Seat 600 que tenían, subíamos a Montserrat, viajamos a Ribes de Freser, dónde Tere había trabajado dando clases en un colegio, visitamos Sant Hilari de Sacalm que era famoso por sus manantiales de agua, estuvimos en muchos sitios en los que nunca antes habíamos estado.

El año anterior había estado Esperanza con ellos y ya tenían experiencia en convivir con hermanos pequeños; en una visita reciente nos ha contado su hija Rocío que Tere y Carlos estuvieron muy preocupados por nuestra suerte y que llegaron a plantearse acogernos en su casa

todo el año, no creo que mamá lo hubiera permitido bajo ningún concepto, pero ese tipo de trato es el que tendríamos que haber recibido de nuestros hermanos mayores, estando más pendientes de nuestros problemas y dándonos soporte psicológico; a estas alturas del partido tampoco quiero, puedo ni debo recriminarles nada, comprendo que también ellos eran jóvenes y tendrían que resolver sus propios problemas.

Hubo otro viaje posterior, justo el año siguiente, en julio de 1969, estando ya en el Bajo, porque en la foto se ve a Pilar que había nacido el año anterior, a Teresita muy pequeña y a la tía Pilar, la hermana mayor de Carlos, la playa perfectamente puede ser la de Castelldefels porque íbamos a menudo; lo cual no impidió que en agosto volviésemos a disfrutar del castillo, tuvo que ser

uno de los mejores veranos hasta entonces, desde luego uno de los más viajeros.

Seguro que me dejaré en el tintero muchas anécdotas sin contar de los años en la Inmaculada, pero con lo que he contado creo que es suficiente para hacerse una idea; no puede uno acordarse de todo por más que lo intente, de todas formas dejo dos pequeñas aportaciones que ya tenía escritas desde la última vez que me propuse escribir mis recuerdos que tal vez puedan compensar un poco el olvido.

El relato de «Manneken Pis» que viene a continuación mezcla recuerdos de todos los colegios, pero al desarrollar un problema común he preferido juntarlos en uno solo.

Manneken Pis

«Creado en el año 1388, el Manneken Pis es uno de los símbolos más representativos y queridos de Bruselas. Es una estatuilla de unos 50 centímetros de altura que representa a un niño desnudo orinando en la pila de una fuente».

Noticia leída en el año 2022 «Menos del 20% de los niños que sufren enuresis reciben un diagnóstico adecuado», imaginemos cual sería el porcentaje a principios de los sesenta.

Posiblemente este sea el relato que nunca hubiera querido escribir, pero he decidido hacerlo porque pese a haber marcado negativamente mi infancia y adolescencia, no quiero dejar de contarlo; es evidente que lo pasé bastante mal, pero no encuentro razones para ocultarlo ni tampoco debo sentirme culpable, las cosas pasan por algo pero, tanto si son favorables como si no, hay que plantarles cara.

El primer recuerdo más o menos nítido que tengo me ocurrió el 6 de junio de 1961, la exactitud cronológica se debe a que fue el día que, con seis años, hice en Valencia mi Primera Comunión y para no olvidarlo me cagué en la cama; recuerdo que mis hermanas Tere y Pepi tuvieron que hacerse cargo del desastre que monté, quiero suponer que los nervios serían el detonante.

Los siguientes son a partir de septiembre de 1962, el año en que ingresamos Juan Pedro y yo en el colegio de las Mercedes en Madrid, un internado situado cerca de la casa a la que nos habíamos mudado procedentes de Valencia.

Con mentalidad actual cuesta entender que entrásemos internos en un colegio pudiendo vivir con nuestra familia, pero las cosas fueron así y no me apetece opinar

ni juzgar a nadie sobre el particular; si nos internaron sería porque no quedaba otro remedio y es inútil seguir dándole vueltas.

La llegada al colegio no nos causó gran problema, no fuimos niños quejicas ni lloramos por tener que quedarnos allí cuando nos llevaron, simplemente nos adaptamos a lo que había sin hacer preguntas; naturalmente debimos pasar un trago amargo aunque ahora no pueda recordarlo con detalle, lo digo ahora porque algunas noches nos meábamos en la cama; en el caso de mi hermano en la cuna, porque el primer año del internado durmió en una debido a su corta edad.

Las monjas nos trataban bien de forma general, pero no supieron afrontar el problema de la enuresis nocturna ni tampoco ayudarnos a superarla; ante su evidente falta de conocimientos psicológicos, era más fácil castigar y ponernos en ridículo ante los demás; actitudes ante los problemas hoy afortunadamente desterradas.

El primer año de internado me ocurría con cierta frecuencia, aunque poco a poco lo pude ir controlando; las monjas nos obligaban a poner los colchones a secar en el patio de recreo a la vista de todos, la verdad es que no había otro sitio; cuando salíamos a jugar siempre había cuatro o cinco colchones apoyados contra la pared y enseguida las niñas preguntaban de quienes eran; los chicos ya lo sabíamos porque los colchones eran de nuestro dormitorio, el de ellas estaba situado en la primera planta con un pequeño patio propio, pero estoy seguro de que también habría meonas entre ellas y los chicos no nos enterábamos.

Al principio me daba vergüenza que se supiera, pero con el tiempo aquello dejó de interesar, no recuerdo que otros alumnos se metiesen con los meones porque éramos unos cuantos los afectados, el problema nos preocupaba y siempre estaba presente en nuestros corazoncitos; había que aprender a sufrirlo en silencio y poner al mal tiempo buena cara.

El segundo año cursaba el ingreso al Bachillerato, estábamos una mañana desayunando cuando entraron al comedor seis o siete niños y niñas con sábanas puestas sobre sus cabezas, eran sábanas mojadas y las llevaban puestas por encima como si fuesen fantasmas, obligados por las monjas como escarmiento público a dar una vuelta completa al comedor pasando por detrás de los que estábamos sentados para que el escarnio fuese mayor, pensarían que lo hacían queriendo.

Al verlos entrar de esa guisa la rabia se adueñó del comedor, todos nos sentimos solidarios con los meones y junto a ellos odiamos a las monjas que los obligaban a desfilar de esa manera; han pasado sesenta años y no consigo olvidarlo, la mayoría iba llorando a moco tendido excepto mi hermano, todavía un crío de seis años de edad, que mientras avanzaba murmuraba entre dientes sin disimular su furia «¡putas, putas, putas!», epítetos obviamente dedicados a las monjas.

Diría que la causa de nuestras meadas sin duda debió ser psicológica porque en nuestra casa casi nunca nos pasaba, buscando alguna razón lógica pienso que quizá sufrimos lo que ahora se llamaría estrés postraumático pues nuestra desgracia estaba reciente, pero la educa-

ción de entonces presentaba algunos defectos que hoy nos cuesta entender.

De las Mercedes pasé a Padrón, a un dormitorio enorme en el que dormíamos todos los alumnos juntos en camas individuales; mi número era el 48 y me tocó dormir en una de las esquinas, a mi lado estaba la cama del 49, recuerdo que se llamaba Morquecho, y entre ambos competíamos a ver quién se meaba más noches seguidas; el caso del 49 era peor todavía que el mío, porque incluso llegaba a cagarse en la cama, razón por la cual las monjas la tomaron injustamente contra él, olvidándose un poco de los demás.

Las noches de invierno en Padrón eran duras de sobrellevar, salvo que tuvieras la suerte de dormir como un tronco y no te enterases de nada; la oscuridad era total, los chicos pequeños lloraban y chillaban por tener sueños con pesadillas, llamando desesperados a sus madres al despertarse; las noches de tormenta eran terribles, rayos, relámpagos, truenos espantosos, la verdad es que se pasaba bastante miedo, sobre todo durante el largo, frio y tenebroso invierno coruñés.

Para ir al lavabo había que atravesar en pijama y a oscuras el dormitorio por lo que, debido al pánico que sentía, muchas veces optaba por no levantarme y seguir acostado esperando que se me pasaran solas las ganas de mear, pero si me quedaba dormido sin ir antes al lavabo la meada era casi inevitable; tanto como el castigo al que luego sería sometido, la sanción consistía en darme una ducha de agua fría para que aprendiera; como no se encendía la calefacción del colegio a todas horas, de noche directamente se apagaba, la zona de las

duchas por la mañana temprano estaba tan helada como pudiera estarlo Siberia.

Con el tiempo fui controlando aquel impulso, echándole valor acabé yendo de noche al lavabo en cuanto notaba que tenía ganas de orinar como oveja que fuera al matadero, me costó disfrutar de unas cuantas duchas frías hasta conseguir entender que era preferible pasar miedo antes que congelarte mientras escuchabas a las monjas llamarte cochino.

Del internado en Padrón pasé a otro parecido en Chamartín de la Rosa, en el que tuve nuevos episodios nocturnos aunque de forma esporádica; en este colegio la disciplina era mayor si cabe, si las monjitas no tenían ni idea de psicología infantil, los profesores de la Inmaculada no iban a ser menos, no recuerdo castigos físicos ni duchas, excepto las broncas del inspector de guardia, aunque por suerte dormíamos en varios dormitorios más pequeños y todos tenían cuarto de baño dentro; ya no pasaba miedo al ir a mear de noche, la experiencia de Padrón me había inmunizado contra los terrores nocturnos, también era un par de años mayor que entonces y se notaba, a pesar de lo cual seguía teniendo accidentes.

Uno de aquellos veranos me invitaron los suegros de Ignacio a pasar unos días en la casa de pueblo que tenían en Cabezón de Pisuerga, provincia de Valladolid; yo dormía en una estrecha e incómoda cama turca separada del dormitorio principal por una cortina, pero el problema es que en la casa no había baños por carecer de agua corriente y para hacer las necesidades había que bajar al corral y hacerlo en cuclillas junto a la higuera;

con una pequeña pala cavabas un mínimo agujero en el suelo, dejabas caer dentro lo que tocase y al terminar lo tapabas con tierra; pronto volvieron el miedo, la vergüenza o lo que fuera que sintiera, el caso es que algunas noches mojaba la cama y aunque el primer día intenté disimularlo me acabaron descubriendo; allí la comprensión fue total, tuvieron paciencia, no me avergonzaron ante el resto de la familia, me dieron su confianza y pude controlar el problema, pero recuerdo haberlo pasado fatal, sobre todo para no avergonzar a Ignacio que no entendía la situación ni era sabedor de mis antecedentes.

De Chamartín pasé al Bajo, afortunadamente en este colegio no padecí el problema, puede que la experiencia de años anteriores me ayudase a controlar el esfínter; eso sí, para intentar evitarlo no bebía nada de agua en toda la tarde, antes de meterme en la cama iba dos veces al baño y, como no tenía miedo de ir al baño, en cuanto abría un ojo, fuera la hora que fuese, me levantaba sin pensarlo dos veces para ir a evacuar.

Dejé los internados y al cabo de un par de años entré en el Ejército, no negaré que tuve miedo escénico porque en caso de mearme allí lo mismo me fusilaban al amanecer, pero por suerte el problema estaba superado y no me ocurrió ni una sola vez; claro que seguía sin beber agua en toda la tarde y levantándome de noche a la menor señal; el miedo era un suplicio personal que añadir a los propios de la cuadriculada vida cuartelera, pero me doy con un canto en los dientes, hubiera sido muy bochornoso para mí si me llega a ocurrir durante el paréntesis militar.

Al coincidir con el fin de la adolescencia, mi paso por la milicia no puede englobarse en la patria definida por Rilke; había pasado a formar parte de la juventud, divino tesoro, y Rainer seguramente me explicaría que en los cuarteles Patria se escribe en mayúsculas.

El relato ha ido de meones y meadas, problema habitual y recurrente en los internados mientras fuimos pequeños; el tratamiento que se nos daba era de choque, sin contemplaciones; no me gusta quejarme de mis malas experiencias en los orfanatos, pero esta en concreto me ha dejado secuelas traumáticas de las que, contándolas, espero librarme para siempre y también sin contemplaciones.

Otros recuerdos difusos

Para llegar al colegio desde mi casa tenía que coger la línea 20 (Sol – Estrella) y en la plaza de Cibeles cambiar a la línea 9 (Cedaceros – Arturo Soria) que me dejaba al lado del colegio, hora y media de trayecto porque no había tan buen servicio como ahora; mi madre me daba el dinero justo para el transporte, se ve que las cosas habían mejorado respecto al pasado, aunque algunos sábados volvía andando porque el importe me lo había gastado durante la semana en chucherías.

Al estar situado a pie de calle, en este colegio (hoy reconvertido, como tantos otros, en Residencia Logística Militar) manteníamos relaciones, podríamos decir que de buena vecindad, aunque no siempre ni con todos, con nuestro variopinto vecindario.

Pegando con el patio había un edificio de ladrillo visto perteneciente a la congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón; tenía varios pisos de altura, con rejas en las ventanas, al que llamábamos «la casa de las locas», porque albergaba en su interior un sanatorio mental para mujeres con las que intercambiábamos gritos, insultos y desplantes a menudo, aunque seguro que el ruido que montábamos nosotros ju-

gando al fútbol en el patio sería más molesto que el que pudieran hacer aquellas desgraciadas mujeres que, como nosotros mismos, no estarían allí recluidas por su propia voluntad.

Un muro bajo de cemento y ladrillo coronado por una valla de rejas metálicas nos separaba de la calle López de Hoyos, lo cual nos permitía mantener contacto visual directo y permanente con el exterior, como también lo teníamos desde las ventanas de las clases y los dormitorios, aquel era un colegio con vistas; lo que pasa es que también permitía a los de fuera vernos a nosotros y los chicos de un colegio cercano, el Ramón y Cajal, cuando se aburrían se acercaban a tirarnos piedras mientras estábamos en el patio; la respuesta era inmediata y violenta, mientras una parte devolvía las piedras recogidas —con riesgo de darle a cualquier transeúnte que pasara por la acera o romper un cristal de las tiendas cercanas—, otros, los más fuertes de entre nosotros, salían como fieras salvajes a la calle para perseguirlos y darles su merecido; por mucho que el inspector de turno quisiera evitarlo, no podía.

El patio tenía un portalón metálico que hacía las veces de portería en los partidos de fútbol, la portería contraria estaba pintada sobre un muro opuesto al otro lado del patio; esa puerta solamente se abría para que entrasen los vehículos autorizados cuando traían provisiones y materiales, por lo que la única salida posible era utilizar la puerta principal si estaba abierta, lo cual daba ventaja a los *harrikalaris*, lanzadores de piedras que, aprovechando el factor sorpresa, desaparecían de la escena antes de que pudieran atraparlos.

Muchos años más tarde, mi buen amigo Luis Pardo, fuimos compañeros de trabajo hasta la edad de jubilación y lo seguimos siendo, me contó que él era uno de aquellos chavales que nos apedreaban desde la calle aunque no recuerda un motivo concreto, seguramente se dejaría llevar por los demás ya que en su colegio eran todos externos y circulaban libremente por el barrio; se juntarían a la salida de clase y antes de irse a casa planearían sus certeros ataques de comando, cosas de la edad.

Curiosamente, a principios de los noventa, acabamos trabajando en unas oficinas que tuvimos en la calle Mesena esquina con Navarro Amandi, a tiro de piedra (por seguir con el tema pétreo) del colegio, desde la cual veíamos la parte trasera del colegio que estaba completamente cerrada al exterior, en parte con un alto muro de obra y el resto por la fachada de dos edificios interiores, el gimnasio y la capilla.

«Enfrente del colegio había una mercería llamada La Petruska, un tiendita con su cristal a modo de escaparate y tras él se nos mostraba una guapa moza rubia sentada. Aguantaba nuestras miradas, quizá porque sabía que el recreo no era muy largo, o tal vez porque a ella también le agradaba alguno de los que la miraban.

Un día tras otro se repetía la misma escena, nosotros mirándola y ella cogiendo puntos a las medias. Pero tal vez por la distancia, por el cristal o simplemente porque la considerábamos como a uno de nosotros (cuestiones de sexo aparte), la respetábamos y nos comportábamos como seres civilizados».

Durante los recreos le comprábamos de todo a un viejo que se apostaba con su carro de mercancías junto a la valla y a través de los barrotes se completaban las transacciones comerciales; menos mal, porque en Chamartín no teníamos permiso para salir durante la semana a la calle para comprar y el anciano solucionaba la papeleta, la suya y la nuestra.

«*El abuelo, era un señor cojo con el carrito siempre pegado a la verja, vendiendo chucherías y bocadillos de anchoas en las horas del recreo. No recuerdo su nombre pero sí que le compraba esos mazapanes con forma de almendra y forrados de oblea que suelen comprarse ahora por Navidad (se llamaban almendrucos), y unos caramelos forrados de chocolate que me encantaban*».

El barrio tenía un poco de todo, bares, cines, tiendas y hasta un cabaret que no sabíamos muy bien dónde quedaba aunque por las noches la música se escuchaba perfectamente.

«Otro vecino ilustre, aunque poco conocido, fue el cabaret Villa Rosa, sala nocturna famosísima entonces, se encontraba saliendo del colegio hacia la izquierda, camino de Hortaleza, alguna vez salió en el NO-DO y en no pocas películas de la época.

Los mayores teníamos el dormitorio en el piso superior. Desde allí no solo la vista alcanzaba más sino que, cuando llegaba el buen tiempo, desde primeras horas de la noche, una vez todo en silencio, se oían nítidas las notas musicales procedentes de tan distinguida villa. Como podéis imaginar, para oírlas mejor, abríamos de par en par todas las ventanas que daban a ese lado.

La música era preciosa y variada, de la mejor que podáis imaginar todos y cada uno de vosotros; las vocalistas eran la crema del momento, todo maravilloso. Todo esto, más las chicas que nos imaginábamos bailando, donde no había una fea, ni bizca ni tuerta, ni manca, ni coja, ni gorda, ni flaca. Todas rebosantes de salud con aquellos colores naturales tan bonitos. Podíamos imaginarlas como quisiéramos, metidas dentro de sus hermosos y volátiles vestidos, o sin más, allí mismo a tu lado oliendo a rosas, aunque ya hay que tener imaginación porque normalmente olíamos a choto».

EL BAJO

Septiembre 1968 – Junio 1971

La llegada al colegio Santiago (hoy Residencia Logística Militar de San Fernando, dedicado a dar alojamiento temporal a militares destinados o de paso por Madrid), representaba alcanzar la cima, llegar a lo más alto que se podía llegar como alumnos de los internados menores (algunos todavía irían a los mayores, como el Alto o Santiago en Valladolid); tan solo nos quedaban tres años más de encierro y podríamos salir de allí en busca de la gloria para nunca más volver; sin duda significaría

el mayor cambio sufrido hasta la fecha desde aquel lejano día en que ingresé en el colegio de las Mercedes, seis años antes.

Por fin había llegado la hora de jugar en la liga de los mayores, aquel mítico lugar del que tanto se hablaba en el resto de los internados, un momento largamente esperado con ansiedad. Físicamente hablando, yo no había crecido tanto como algunos compañeros ni como a mí me hubiera gustado, ni siquiera me afeitaba como ellos, pero llegado el momento tendría que aprender a jugar con las cartas que me habían tocado.

Me bajé en la estación de metro de Oporto, como tantas veces haría durante el siguiente trienio, con los nervios a flor de piel; recorrí el corto y desconocido camino desde la boca del metro hasta la entrada exterior del colegio, en la calle del General Ricardos, número 163, en el castizo barrio de Carabanchel Bajo. Una gran puerta de doble hoja de hierro forjado daba paso al cuidado jardín situado frente al edificio principal, una visión que realmente imponía a pesar de mi veteranía en estas lides. Entré porque ya no había vuelta atrás, de haber sabido quien era me hubiera gustado hablar con Rilke.

Nada más presentarme al Secretario me dieron las primeras instrucciones, se me otorgó el número que ostentaría durante el curso, aunque cada año nos lo irían cambiando; estos números codificados eran casi inteligentes, el primer dígito indicaba el curso del portador, un 4 para los de cuarto de Bachiller, el 5 para quinto, el 6 para sexto y el 7 para los de Preu. Gracias a arduas investigaciones posteriores he conseguido saber que mis números fueron el 543, el 616 y el 723; sonrío recor-

dando que cuando en 2011 ingresé en la Asociación de Huérfanos del Ejército, el secretario me asignó un número de socio, me correspondió el 713 que todavía mantengo; numerar a las personas antes siquiera de conocerlas es una rancia costumbre militar que aún perdura.

Otra novedad importante fue que pude seguir conservando mi nombre y apellidos de nacimiento, por supuesto el número era básico para determinadas cosas igual que en los otros colegios, pero ya no éramos solo una cifra, teníamos alma; el primer año coincidí con un pínfano veterano y famoso que se llamaba Santi y por tanto era el titular del nombre, pero el año siguiente dejó el colegio y, contra todo pronóstico y sin presentar candidatura, heredé el título, desde ese día pasé a ser el nuevo Santi para todos.

Tras pasar por el almacén para recibir la ropa de diario del internado, para la de paseo vendría un sastre a tomarnos medidas, subí al dormitorio para tomar posesión de mi litera y taquilla, guardé la ropa de paisano con la que había llegado y me vestí con la recién recogida antes de bajar a la clase que me correspondía para presentarme al inspector de guardia.

Por fin me dieron pantalón largo, no solo para el trapillo de diario sino también para el uniforme de paseo igual que el de la Inmaculada, aunque en Preu nos lo cambiaron por uno más elegante, compuesto por pantalón de tergal recto de color gris marengo y americana azul que llevaba el escudo del Ejército bordado en el bolsillo izquierdo, por supuesto camisa blanca y corbata negra. Volviendo al pantalón largo, aquello eliminó para siempre la desilusión que arrastraba con el corto.

Es en este colegio dónde más recuerdos y vivencias conservo del viejo trapillo, el uniforme gris de diario que veníamos utilizando desde Padrón y que iba a ser parte inseparable de cada uno de nosotros para siempre; mejor será que lo cuente mi buen amigo Ramón Faro, pínfano polifacético, diría que hombre y artista del Renacimiento, porque él lo describió a la perfección en un relato que puede leerse en nuestra página web; vaya por adelantado un extracto, modificado mínimamente por mí, de su irónico y divertido relato «Memorias del Viejo Trapillo»:

«Trapillo, para todo aquel que haya pasado por el CHOE[v], qué cantidad de imágenes le vendrán a la mente al escuchar esa palabra. Cuando se cree el Diccionario Pínfano, dirá algo así:

Trapillo: Prenda de vestir de dos piezas, por supuesto de tallas diferentes, de color indeterminado entre verde, gris y azul tizado (significa mezclado con tiza o clarión de pizarra).

Es una prenda muy útil en todo tiempo aunque especialmente con lluvia, pues gracias a la capilla de grasa que la cubre la hace totalmente hidrófoba.

Sirve a la vez como prenda de deporte y de estar por casa, así como de pequeño almacén de pavas y de papel pal pecho[vi]

Si fuera prenda militar, al usuario que la portase lo haría invisible en la oscuridad, aunque también sería fácilmente detectable por su olor. Solo se adquiere con todas sus propiedades en establecimientos especializados del ramo.

Me recuerdo saliendo del almacén con mis calcetines de lana y mis sandalias, la camisa que picaba como un demonio, una camiseta y unos calzoncillos marcados con mi número en rojo que daban la apariencia de estar en una cárcel. Y, por encima de todo, como la guinda de un pastel, el trapillo.

Hace poco me invitaron a la boda de la hija de un antiguo pínfano. Al preguntar cómo debía ir vestido, ya que había varios actos, me dijeron: A la iglesia con corbata, pero al vino que hay antes de trapillo. El trapillo, todo un símbolo.

Isabel la Católica dijo que no se cambiaría de camisa hasta la toma de Granada. Los Templarios dijeron otro tanto hasta no recuperar los Santos Lugares. Los pínfanos no se quitaban el trapillo hasta ingresar en la AGM[vii]*, aunque sinceramente creo que, a diferencia de Isabel o los Templarios, que tendrían otras prendas, el pínfano carecía de prendas que no fueran del Estado.*

Quien no haya vestido trapillo no sabe lo que es sumergirse en el laberinto de la impronta magnitud y del ser como ente pensante (ruego no me preguntéis qué significa esta frase).

Bueno, pues heme aquí revestido con el trapillo. Una prenda que ya jamás abandonaría mi existencia. Decían de los templarios que cuando les ponían la cruz sobre la capa dejaban de ser lo que eran y sufrían una transformación. El trapillo ofrecía a su portor el éxtasis, no de ser otra persona, sino la de ser muchas más aunque bajo un mismo título: PÍNFANO.

Vestirás trapillo toda tu vida, pensarás en él más que a menudo, hablarás de él, te sentirás seguro pen-

sando que lo llevaste, sentirás un especial afecto por los que te digan que también lo llevaron y muchas veces sentirás, con lágrimas en los ojos, que pese a todo, los años que lo llevaste fueron quizá los momentos de tu vida que te han hecho ser como eres actualmente».

¡Anda! Ramón también ha debido leer a Rilke, seguro que nuestro amigo Rainer, a este paso podría otorgarle el título de Pínfano Honorífico, estaría de acuerdo con su última apreciación; en el fondo lo que viene a decir Faro es lo mismo que diría él y también diría Lola de haberlo vestido, que la única y verdadera patria de un pínfano es su trapillo. En todo caso, el trapillo es el símbolo imperecedero de nuestra esencia vital (también ruego no me preguntéis qué significa esta frase).

En el Bajo había normas diferentes del resto, por ejemplo a los inspectores había que añadir a los galonistas que eran alumnos mayores a quienes se otorgaba mando en plaza al estilo de los gastadores en la milicia, vigilaban en sitios comunes como clases, comedor, pasillos y dormitorios; podían llamarnos al orden restándonos los puntos correspondientes.

Los inspectores eran una raza aparte, solían ser antiguos pínfanos que cursaban estudios superiores en la Universidad; a cambio de pensión completa y una pequeña asignación económica para sus gastos personales, asumían la obligación de mantener el orden en el orfanato, una misión complicada porque en el Bajo algunos alumnos eran de armas tomar y bregar con tantos pínfanos curtidos en mil batallas no debía ser plato de gusto. Recuerdo especialmente a dos, uno de ellos mi hermano Manolo, estaba yo en quinto de Bachillerato y

un día apareció en mi clase cuando estábamos en estudio, su cara me sonaba de algo pero no terminaba de reconocerlo, nos lo presentaron y solo entonces caí en la cuenta de quien era; tenía su habitación en mi dormitorio (en cada dormitorio había unos cincuenta chicos), por lo que no tuve más remedio que comportarme lo mejor posible; recuerdo que a veces entraba a escondidas en su habitación cuando él no estaba porque descubrí que debajo del colchón escondía ejemplares de Playboy con chicas desnudas y me colaba de rondón para verlas.

Manolo tenía una moto y también problemas con algunos pínfanos, una vez le cortaron el conducto de la gasolina y acabó medio pegándose con Granados, a quién él culpaba del vandálico acto; creo que solo estuvo un año y lo dejó porque debió encontrar trabajo fuera.

El otro inspector era Jorge «Cuco» Franco, gallego de Vivero, aunque en su momento nadie tenía huevos para llamarlo Cuco, era Franco, a secas; tenía fama de duro e inflexible con las normas, pero a la vez cercano y comprensivo; también ejercía como profesor de Dibujo Técnico y para ganarse cuartos extra daba clases particulares de Matemáticas, yo no podía pagarlas pero como Manolo y él eran amigos, no me las cobraba; gracias a Franco pude aprobarlas los tres cursos ante la sorpresa del profesor de mates, el temido don Modesto, alias el Numerillo. Posteriormente fue Secretario del colegio durante bastantes años; recientemente coincidimos en la Asociación, con la que colabora siempre que se necesita; Cuco es un pínfano modelo de los pies a la cabeza que ha conocido desde dentro y mejor que nadie la orga-

nización y la vida interna de los colegios. Lo sabe casi todo del Patronato.

Analicemos ahora el sistema de puntos. Al empezar cada semana se nos otorgaban diez puntos virtuales de conducta, cuando un inspector o galonista te llamaba la atención por lo que fuera (hablar en clase o en fila, llegar tarde a formar, etc.) te decía «dame un parte» y tú le entregabas un papelito tamaño octavilla que tenías que llevar siempre en el bolsillo del trapillo en el que constaban escritos tu nombre y número, y apartados en blanco para anotar la fecha, el nombre de quien te lo pedía y el motivo. Cada uno de los motivos llevaba aparejada una rebaja de puntos, por ejemplo, hablar en fila medio punto, fumar sin permiso o en lugares prohibidos un punto, contestar a un inspector dos puntos; al final de la semana los inspectores se reunían para revisar todos los papelitos que habían recolectado y preparar la lista de sancionados; a partir de 5 puntos perdidos los castigos implicaban no salir a la calle el fin de semana con distintos grados y horarios de castigo; los casos más graves (peleas, enfrentamientos) se dejaban en manos de la Dirección del colegio que podía tomar medidas disciplinarias de mayor calado, llegando incluso a proponer al Patronato la expulsión, temporal o definitiva, del centro de los infractores cuando la falta se consideraba muy grave.

Saliéndome un poco del tema colegial, cuando años más tarde ingresé en el curso Selectivo de la Academia General Militar, el sistema de castigo por puntos empleado era exactamente igual, así que el proceso de adaptación de los procedentes del Bajo fue instantáneo, solo que los protos[viii] decían «Deme nota».

Ya que hablamos de castigos, ampliaré el espectro sancionador; por un lado intervenía la conducta personal ya explicada y por otro el rendimiento escolar; una semana puntuaban la mitad de las asignaturas y a la siguiente la otra mitad, los profesores daban las calificaciones quincenales al Director y este procedía a preparar el parte semanal de arrestos que era comunicado en voz alta por él mismo, por el Secretario o por un inspector encargado en su ausencia, durante la comida del sábado y posteriormente publicado en el tablón de anuncios. Se ordenaba silencio, qué manía con hacernos callar en todas partes, el Director se paseaba ufano entre las mesas del comedor mientras procedía a leer en orden ascendente la lista de sancionados, el sábado, el domingo, todo el fin de semana. El Director que yo recuerdo se llamaba don Lorenzo y no se conformaba con leernos la lista sin más, sino que iba añadiendo «dedicatorias personalizadas», mientras lanzaba miradas asesinas al arrestado, cuando le parecía, demostrando lo bien que nos conocía a cada uno de nosotros, a veces era peor el escarnio público que el propio castigo.

Con todo, lo peor no es que te quedases sin salir a la calle (o a casa quien pudiera) sino que además tenías que quedarte en estudio vigilado por un galonista o inspector; podías estudiar, leer novelas del Oeste, tebeos, jugar a los barquitos por señas, mirar al techo o hacer crucigramas, pero sin decir una palabra ni molestar a nadie, porque entonces sobre la marcha iba aumentando la condena.

Que te castigasen en alguna de las modalidades del fin de semana, podía implicar quedarte sin permiso para salir a la calle una vez cumplida tu pena en el estu-

dio; esta artimaña la utilicé a menudo cuando no me apetecía ir a dormir en casa por lo que fuera, calculaba los puntos de conducta que necesitaba perder y el jueves y viernes procuraba que me pidiesen parte por cualquier falta leve, mi favorita era que me pillasen hablando en fila o en el estudio; cuando alcanzaba los puntos necesarios para que me castigasen el sábado por la tarde, volvía a ser un alumno de conducta intachable. Al publicarse mi castigo pedía permiso para llamar por teléfono para comunicarlo a la familia, de esta forma conseguía quedarme en el colegio justificadamente sin necesidad de alarmar a mi madre y así podía dedicar casi todo el fin de semana al deporte, sobre todo jugar al fútbolo, cuando llegaba el buen tiempo, disfrutando de la piscina del colegio.

Tengo que explicar mi extraño proceder, a los quince o dieciséis años me dio por no querer pasar los fines de semana en casa, las razones eran varias pero las que recuerdo son estas: no tenía dinero para el transporte por lo que tenía que ir andando desde Carabanchel, cuando tenía algo de dinero me lo gastaba durante la semana; la ropa también era un freno importante, en el colegio todos vestíamos igual y no era motivo de preocupación, pero la poca ropa de paisano que tenía no era de mi gusto y no quería a salir con la pandilla del barrio vestido de uniforme mientras ellos lo hacían con su ropa habitual; en casa, por razones exclusivamente económicas, se comía peor que en el colegio, no en calidad porque mi madre era buena cocinera, pero sí en cantidad y variedad y pasábamos hambre porque con esa edad comíamos como limas, no sería como la que pasaban los niños de las misiones pero era hambre; por último, los

domingos me gustaba asistir al partido de fútbol del equipo del colegio, teníamos un verdadero equipazo, de portero el gaditano Bienvenido que incluso llegó a hacer una prueba con el Cádiz, el Rata (Vicente Talaván Amor), también gaditano, un mediocentro de juego eléctrico y luchador infatigable, otros como Palomino en defensa o Ramón Sánchez que tenía un cañón en cada pierna, falta directa que tiraba era medio gol.

Hablando del Rata, en 1973, cumpliendo el campamento militar en el acuartelamiento de Talarn (Lérida), coincidí de nuevo con él; era alférez de Infantería y en un descanso me acerqué para decirle respetuosamente que lo conocía del CHOE y que incluso tenía una foto con él vestido de futbolista, pero por alguna razón desconocida —puede que se le subiera la estrella de alférez a la cabeza o que de verdad no se acordase de mí— no solo no quiso escucharme, sino que cortó de raíz cualquier intento de acercamiento por mi parte; yo no buscaba ningún trato de favor, simplemente me había hecho ilusión encontrármelo allí tras nuestro paso por el colegio durante el año que coincidimos, por entonces yo era su fan número uno y no me perdía un partido de la selección del colegio. Además, su hermano Enrique y yo habíamos sido compañeros en quinto, por fuerza debía tener algún motivo para tratarme tan mal. Menudo chasco me llevé aquel día, no me esperaba su reacción; durante el resto del trimestre me lo encontré algunas veces más por el campamento, pero sin atreverme a decirle nada, lo evitaba y miraba de reojo para que no me reconociera, para mis adentros me seguía preguntando qué habría pasado con el Rata que yo admiraba.

Antes de distraerme con el fútbol estaba contando lo de la piscina, porque en el Bajo teníamos piscina, como en los colegios de postín; en realidad, técnicamente eran los restos de un antiguo depósito o canal de agua de riego que hubo en la finca cuando todavía era un palacio; en primavera la limpiábamos a fondo un grupo de voluntarios entre los que siempre procuraba estar, se arreglaban los posibles desperfectos, se encalaban de blanco las paredes, se pintaban las escaleras, se llenaba de agua potable y ya teníamos una hermosa piscina a nuestra disposición; no recuerdo si teníamos turnos de baño o no, seguro que si porque éramos muchos alumnos, pero bañarnos era una de las actividades más esperadas por todos; en la foto que publico estamos sentados de izquierda a derecha el hermano pequeño del Tigre, un servidor de ustedes, Benito Gómez Lorenzo, Ji-

ménez Barbadillo y Ernesto Ortega Álvarez, alias el Tigre.

Durante la temporada de piscina también había normas de conducta y no cumplirlas implicaba entregar un parte cuando terminaba el baño, algunas noches de calor insoportable no era raro que nos escapásemos furtivamente del dormitorio en cuanto se tocaba silencio y acabásemos en la piscina dándonos un buen chapuzón sin armar ruido, por supuesto a veces nos pillaban con las manos en la masa y te costaba un saco de puntos, pero merecía la pena correr el riesgo.

El primero de los citados aún estaría en la Inmaculada pero sería domingo y habría venido a pasar el día en la piscina con su hermano, Ernesto; el Tigre ejercía de enfermero que era un cargo de los buenos porque disfrutaba de una habitación individual en la enfermería y prerrogativas que no tenía nadie más; lo conocí estando en quinto curso, la primera vez que estuve ingresado en la enfermería, el Tigre era el encargado de atender a los enfermos, tomarles la temperatura, darles la medicación, practicar pequeñas curas, etc. siguiendo las órdenes del doctor. Todos intentábamos engañarlo cuando nos tomaba la temperatura, porque si no tenías fiebre te daba el alta ipso facto y tenías que volver a la vida colegial, pero Ortega se las sabía todas y siempre nos pillaba; coincidí posteriormente con él en el Castillo, dónde también fue enfermero, y hemos vuelto a coincidir en la Asociación; de algo le valdría la actividad porque acabó estudiando medicina y ejerciendo como médico militar en la rama odontológica.

Según estaba escribiendo he recordado que los domingos y en fiestas especiales, como el día de la Inmaculada, nos despertaban poniendo música militar a todo trapo por los altavoces, escuchar el himno de Infantería a las ocho de la mañana era habitual y también otros himnos militares que al final nos aprendíamos de memoria: A diario nos despertaban haciendo sonar un timbre muy desagradable, seguido de los no menos desagradables gritos de los inspectores ordenando que nos levantásemos de la cama; había que saltar de las literas, echar mantas y sábanas atrás para que pudieran inspeccionar el estado de las camas y cuadrarse en el pasillo para pasar lista, no fuera que alguno se hubiera escapado por la noche. Una vez contados y revisados, disponíamos de veinte minutos para asearnos, hacer la cama, vestirnos, recoger y ordenar la taquilla y volver a formar en el pasillo; a las siete y media en punto sonaba de nuevo el timbre y ordenaban bajar en formación por las escaleras; podías elegir acudir a Misa o quedarte en clase, no había más elección. A las ocho en punto volvíamos a formar en los pasillos de acceso al comedor para entrar a desayunar, a las ocho y media se ordenaba «en pie» y había que abandonar el comedor. Media hora de recreo en el patio o en las zonas interiores si llovía o hacía frío, y a las nueve en punto a formar de nuevo porque empezaban las clases.

A las once teníamos un recreo de media hora, era un momento muy esperado por todos porque nos daban un zumo y medio bocadillo, habitualmente de jamón, chorizo, mortadela o sardinas en aceite, con el que podíamos resistir sin comer otras dos horas de clase antes del recreo de la una y media. A las dos en punto, vuelta a

formar para entrar al comedor. Otro momento muy querido porque el pínfano medio siempre tenía hambre y era capaz de estar zampando a todas horas.

El comedor estaba organizado en largas filas de mesas de cuatro comensales cada una, entrabas, te cuadrabas al lado de tu silla y cuando el Director lo autorizaba te sentabas a comer; nos dejaban hablar pero bajito, sin algarabía, en cuanto se formaba un poco de ruido rápidamente nos ordenaban callar, por lo que había que mantener un tono de voz contenido. Nada más sentarnos aparecían las cocineras y camareras civiles empujando los carros de comida y nos servían la comida a toda velocidad, porque teníamos escasamente media hora para comer dos platos y postre, así que no perdíamos mucho tiempo en hablar, plato que te ponían delante era tragado sin miramientos en cuestión de segundos.

Tal vez de aquellas comidas apresuradas me haya quedado la mala costumbre de comer deprisa, más bien tragar, y no consigo hacerlo de otro modo; de haber tenido que masticar cada bocado las 32 veces que aconsejan para la correcta masticación de los alimentos, nunca hubiésemos llegado ni al segundo plato. A menudo la orden de ponernos en pie nos pillaba con el postre a medio acabar, una vez de pie estaba prohibido seguir comiendo (lo hacíamos los del fondo mientras los de las mesas delanteras abandonaban el comedor); en cuanto veíamos que el Director se levantaba de su mesa metíamos en los bolsillos del trapillo toda la comida que quedase en el plato para terminar de comerla en el patio. Enrollados en las servilletas se sacaban los filetes empanados, daba igual si eran de carne o pescado, y hasta las

patatas fritas, las piezas de fruta se guardaban en el bolsillo del pantalón; los días que había natillas o arroz con leche no había manera de sacarlos, por lo que muchas veces teníamos que comerlas a escondidas, allí no podían quedarse bajo ningún concepto.

En sexto curso estuve meses colaborando con Chue en la venta de tabaco a la salida del comedor, por lo que mi prioridad era situarme cuanto antes en el punto de venta para no perder ningún cliente, según salían iban comprando la mercancía y al pasar el último de la fila ya podía irme al recreo a disfrutar de mi tiempo libre antes de las clases de la tarde. Lo he contado con bastante detalle en el relato titulado «Agibilibus» en este mismo capítulo.

Después de comer teníamos un recreo largo de hora u hora y media, no consigo recordar el horario; luego dos horas más de clase hasta las cinco y media o seis, un corto recreo en el que se repartía el bocadillo de media tarde y vuelta a las clases o estudio hasta las ocho, nuevo recreo de media hora para asearnos y relajar un poco el ambiente, a esas horas bastante cargado tras un largo día soportando el rígido reglamento de régimen interno, las órdenes constantes y las clases.

Sobre las ocho y media volvíamos a formar para entrar al comedor y cenar con la disciplina habitual; desde las nueve hasta las diez o diez y cuarto teníamos tiempo libre, porque como muy tarde a las diez y media teníamos que estar todos metidos en la cama esperando el momento en que se apagaban las luces de los dormitorios al toque de silencio. A diario deseaba con todas mis fuerzas que llegase el momento de acostarme, me acu-

rrucaba bien debajo de las mantas, las mismas que teníamos en casa y que utilizaban los soldados en los cuarteles, y me quedaba felizmente dormido al instante.

Hay un tema que hoy puede parecer extraño pero ocurría como lo voy a contar: solo nos duchábamos una vez a la semana; los sábados por la mañana bajábamos por turnos a la zona de duchas que estaba en el sótano; las duchas eran individuales aunque sin puertas, separadas por paredes a media altura chapadas con baldosas blancas, la falta de intimidad te obligaba a circular en pelota picada de aquí para allá por la zona medio tapados con una toalla, pero no había problema durante el veloz trasiego, en los internados se superaban rápidamente la vergüenza y el pudor.

Teníamos un tiempo predeterminado para la ducha, el encargado procedía a abrir y cerrar el agua cronómetro en mano avisando a voces del proceso; dos minutos de agua para mojarnos, una breve parada para enjabonarnos y lavarnos el pelo y otros dos minutos para aclararnos el jabón; al terminar el remojado salíamos descalzos a escape desde las duchas hasta el gimnasio, donde terminábamos de secarnos, recogíamos la muda limpia y nos vestíamos; en una bolsa de tela identificada con tu número metías la muda sucia, la entregabas y terminaba el proceso de limpieza semanal; como puedes imaginar, tras una semana vistiendo la misma ropa, olíamos a perros muertos; la muda consistía en camisa, camiseta interior, calzoncillo, calcetines y pare usted de contar; el trapillo, ya fuera el pantalón o la chaquetilla no se lavaban así como así, era un extraordinario a criterio del inspector, del Director o el tuyo propio, de ahí

que tuviera las mágicas propiedades contadas por Faro en su relato.

Otro pínfano lo cuenta de forma bastante parecida y por eso voy a publicarlo aquí; tras leerlo veo que la duración del proceso difiere un poco entre ambas versiones pero, en cualquier caso, teníamos que darnos mucha prisa para ducharnos dentro del plazo; lo que se cuenta de Padrón no lo recordaba, lo mismo se hacía así en años anteriores a mi llegada:

«Las duchas del Bajo eran una vez a la semana, los sábados (tampoco hay que escandalizarse que al fin y al cabo era lo que se usaba en el país por entonces). ¡Qué carreras medio en pelotas del gimnasio a las duchas! Atravesando el gélido túnel entre el patio interior y la salida al recreo. ¡Mojarse! (medio minuto), ¡Enjabonarse! (un minuto), ¡Quitarse el jabón! (medio minuto).

Total, tandas de unos quince alumnos por vez despachados cada dos minutos, eficiencia más que germánica.

Vuelta al gimnasio "a la puta carrera" de nuevo a través de Siberia, esta vez mojados y medio envueltos en la toalla. Ropa sucia a la bolsa con tu número, ropa limpia puesta y ¡hala! otra semanita entera de acumular sudor, polvo (atmosférico, que de los otros ni flores), grasa etc., con los mismos calzoncillos, par de calcetines, camisa. ¡A qué oleríamos! Sobre todo untaditos en loción Floïd para salir el domingo.

¿Recordáis que en Padrón nos teníamos que duchar con los calzoncillos sucios puestos? ¿Será por esto por

lo que después de un tiempo en el colegio presumíamos de tener ya los huevos negros?».

Para las clases de gimnasia teníamos una equipación específica, pantalón azul corto, camiseta blanca de tiras, calcetines blancos y zapatillas de deporte de color azul; salvo que esté equivocado estas prendas también se lavaban de vez en cuando, pero no consigo recordar la periodicidad ni quien las lavaba normalmente; si alguna prenda (incluidas las dos piezas del trapillo) estaba demasiado sucia, siempre podíamos lavarla nosotros mismos a mano en el lavadero con un jabón piedra de color verde, probablemente Lagarto; para lavar el trapillo teníamos que aprovechar los fines de semana porque había que esperar a que se secase y entre semana, con aquellos ajustados horarios, no daba tiempo y el uniforme era obligatorio llevarlo puesto y completo en todo momento. Vale Rainer, podríamos convenir que esa parte de nuestra patria fue un poco sucia y maloliente, pero al fin y al cabo sería tan patria como cualquier otra, no seamos tiquismiquis.

La cuestión religiosa del internado también se fomentaba bastante, aunque no era tan pesada como en los colegios de monjas o en la Inmaculada; por supuesto, no había lo que hoy se conoce como libertad religiosa, la única religión posible era la católica, apostólica y romana y punto pelota. Sin embargo, se permitía cierta flexibilidad en la práctica, se celebraba una Misa diaria de asistencia voluntaria antes del desayuno pero, en caso de no querer asistir, la alternativa era quedarte en el estudio, es decir estar en clase bajo la permanente vigilancia de un inspector o de un galonista. Ante esto, cada cual obraba según su interés y creencias; al prin-

cipio, quizá por costumbres adquiridas, yo asistía siempre a la santa Misa pero pronto opté por quedarme en el estudio.

Cuando se acercaba Semana Santa, los alumnos organizábamos por los pasillos del colegio un simulacro irreverente de los pasos procesionales; no entiendo como nos lo permitían porque aquello era tremendo, un escándalo condenado con excomunión si el páter nos hubiera pillado; llevábamos a uno en volandas con los brazos en cruz como si fuera Jesucristo, mientras imitábamos vocalmente la música ceremonial y los tambores. Los desfiles duraban lo que durasen los recreos, recorriendo todos los pasillos permitidos de la planta baja sin nadie que lo recriminase, supongo que nos dejaban desfogarnos. Cuando algún pínfano atrevido se arrancaba a cantar una saeta, se paraba la procesión hasta que acabase y el cantaor se llevase una estruendosa salva de aplausos.

Los domingos no había alternativa ni libertad religiosa que valga, todos los alumnos teníamos que asistir obligatoriamente a una Misa presidida por las fuerzas vivas del colegio; si no querías rezar hacías el paripé moviendo los labios cuando te miraba el páter y poco más; los domingos y festivos actuaba un coro estupendo al que daba gusto escuchar, de repente ha vuelto a sonar claramente en mi cabeza la voz grave de Javier Topete de Grassa entonando la conocida «Oh, sinner man!» traducida al castellano «Oh pecador, yo me arrepiento, Oh pecador, yo me arrepiento» en plan espiritual norteamericano, solo por escucharles cantar aquella canción ya merecía la pena estar en Misa en vez de repicando.

Hablando de Topete, por entonces el equipo de balonmano del colegio era portentoso y ganaba a todos los adversarios habidos y por haber; recuerdo dos grandes jugadores de nuestro equipo, el portero, un rubio de pelo rizado llamado José Granja Albarellos que las paraba todas, y de delantero Javier, el solista cantor, que metía un porrón de goles de fuertes trallazos. Creo que ambos han fallecido, DEP.

En deportes siempre fuimos una potencia escolar, en todos los torneos éramos candidatos al triunfo; en fútbol teníamos un duro contrincante en el equipo del CHP[ix] del que éramos vecinos; en los partidos contra ellos podía pasar cualquier cosa, en casa ganábamos nosotros, en la suya ellos y todos contentos. Futbolísticamente hablando, mi día más feliz fue cuando en un partido de la máxima rivalidad contra ellos en su campo, el que hacía de entrenador del CHOE me sacó a jugar medio tiempo; tras todo el año deseándolo sin conseguirlo, por fin pude enfundarme la camiseta amarilla de nuestra selección colegial; fue una casualidad pero a mí me dio igual, ese domingo hubo jugadores arrestados que no pudieron acudir y faltaba gente, yo siempre asistía como público para ver los partidos y echar una mano en lo que hiciera falta; en esa ocasión se alinearon las estrellas, se lesionó un jugador, no había reservas en el banquillo y me tocó saltar al terreno de juego a darlo todo. Cómo sería que no lo he olvidado, en aquellos años me gustaba mucho el futbol, pero como jugador no era bueno, uno del montón.

Entre semana competíamos en ligas internas entre las diferentes clases y también los clásicos Norte contra Sur (dependiendo de dónde hubieras nacido), en estos

partidos era sencillo participar porque había menos seleccionables, me ponían de defensa para molestar a los delanteros rivales porque no confiaban en mis habilidades goleadoras; entonces decidí tomar cartas en el asunto y coger la sartén por el mango; imitando al periódico deportivo As, empecé a escribir elaboradas crónicas de los partidos calificando con ases a los jugadores, todos querían leer mis crónicas y saber cuántos ases les había puesto, aquello me dio una publicidad inesperada que me hizo ser popular un tiempo hasta que pasó la novedad, las aguas volvieron a su cauce y yo a mis suplencias, pero seguí escribiendo crónicas porque me gustaba hacerlo.

¡Qué periódico el As! El más leído del colegio, en la última página publicaban a diario la sección «Buenos días» ilustrada con la foto de una chica despampanante en sugerentes paños menores, aquellas fotos eran el oscuro objeto de deseo de todos los alumnos; se recortaban cuidadosamente las fotos para poder verlas a solas. ¡Ay, Rilke! No me pidas explicarlo.

Se practicaban muchos deportes, al lado de la huerta de los hermanos Chele y Críspulo —una huerta dentro del colegio de la que vivía una familia; ambos hermanos estaban renegridos por el sol y el aire libre, eran de nuestra edad o similar y bastante brutos; si alguien pisaba o recogía productos de su huerto corría serio peligro, teníamos que poner sumo cuidado al recuperar los balones que cayeran dentro— construimos los alumnos interesados un campo de voleibol y en aquel deporte encontré la oportunidad que no tenía en otros, no se me daba mal y contaban conmigo; tuvimos un profesor de Francés, galo de nacimiento, llamado Henri Fabregat a

quien le faltaba un índice de la mano. Este señor era un apasionado del rugby y se le metió entre ceja y ceja que en el colegio aprendiésemos a jugarlo, así que montaba reñidos partidos en el campo de fútbol para enseñarnos las reglas y aprender a practicarlo, aquel juego nos gustaba pero durante el curso no terminó de cuajar y nunca llegamos a tener una selección del colegio como en otros deportes.

A toda hora jugábamos a futbol, voleibol, balonmano, baloncesto, tenis, se organizaban carreras pedestres o lo que hiciera falta, todos sobre tierra y con unas instalaciones que dejaban mucho que desear, pero eran las que teníamos, incluso mejores que en algunos colegios, nadie se quejaba y aprendimos a adivinar el bote exacto que seguiría la pelota según el bache que tocase, lo cual desconcertaba a los rivales.

Aparte de los deportes de equipo, en el colegio había verdadera pasión por los deportes de salón, en concreto los futbolines y las mesas de pimpón que había en el llamado salón de televisión; pillar turno de juego era un imposible metafísico porque solían estar siempre ocupados y había lista de espera; se jugaba al pierde paga, aunque en vez de dinero lo que nos jugábamos era poder seguir jugando, quienes ganaban repetían partido hasta que alguien los derrotase; había auténticos jugones que podían estar horas y horas ganando sin parar hasta que se aburrían y lo dejaban.

Estando en sexto trajeron una televisión en blanco y negro, la colocaron en alto en una amplia estancia de la planta baja que pasó a llamarse sala de televisión; delante de la (pequeña) pantalla se dispusieron varias filas

de bancos del gimnasio a modo de improvisada platea, eran bajitos pero no había dónde elegir, todos intentábamos sentarnos en las primeras filas porque desde atrás no se veía un pimiento: a petición de don José Hesse, profesor de Lengua y Literatura, los viernes por la noche nos dejaban ver «Estudio 1» a los de sexto y preu después de cenar, un programa en el que se representaban conocidas obras de teatro de Jardiel Poncela, Zorrilla, Edgar Neville, Molière, Lope de Vega, Shakespeare, Mihura, Unamuno, Calderón y otros autores de renombre universal, la verdad es que no sé si queríamos ver la representación teatral o evitar irnos tan pronto a dormir un viernes noche.

La sala de televisión se llenaba hasta la bandera, completando con creces el aforo disponible, para ver los miércoles algún partido de la Copa de Europa que por entonces casi siempre lo jugaba el Real Madrid, y los domingos el partido de Liga retransmitido por Televisión Española por la primera cadena, aclaro que solo existían dos, primera y UHF, había poco donde elegir; la televisión se sintonizaba mal, a veces la pantalla se llenaba de nieve y perdíamos la imagen cuando menos falta hacía, enseguida alguien tenía que subirse a una silla y mover la antena de posición hasta que los gritos desesperados del resto le indicaban que había vuelto la imagen.

Los inspectores encontraron la que creyeron sería la piedra filosofal para controlarnos, cuando ocurría algún altercado y no sabían quiénes eran los culpables, nos amenazaban «Que se presenten los que hayan sido o toda la clase se queda castigada sin ver el partido de esta tarde», el tiro les salía por la culata salvo que los culpables se presentasen voluntarios, porque la delación en-

tre compañeros estaba muy mal vista; si acaso, al quedarnos a solas, se les forzaba bajo amenazas a presentarse por el interés común, pero nada de chivatazos, los chivatos se la jugaban.

Los pínfanos usábamos una contraseña especial para avisarnos ante la llegada de directores, profesores, inspectores, galonistas o cualquiera que pudiera pillarnos con las manos en la masa; en cuanto se divisaba a alguno de ellos llegar por el horizonte, rápidamente se corría la voz de alarma ¡queo, queo! No hacía falta repetirla porque al escuchar el aviso todos nos preparábamos para parecer corderitos, puede ser que la palabra fuera utilizada inicialmente por los quinquis, pero nosotros la adoptamos sin saberlo; incluso la RAE tiene definición oficial: «Dar el queo a alguien: Coloquialmente, avisarlo, especialmente para ponerlo en guardia. Darse el queo: Escapar». De cachondeo se decía ¡queo, queo, que viene Macabeo!

Obligados por el Plan de Estudios de 1957, al acabar sexto teníamos que superar una nueva reválida para obtener el título de Bachiller Superior; según lo esperado, en junio me quedó el grupo de ciencias (aprobé los otros dos), lo cual me obligó a seguir estudiando en verano, lo doy por bueno porque conseguí superarlo por los pelos en septiembre.

Voy a comentar sobre algunos profesores que, cada uno con sus virtudes y defectos, se dedicaron a instruirnos lo mejor posible a los huérfanos, algunos de ellos eran o habían sido militares de carrera y estaban retirados, por lo que imponer férrea disciplina lo traían de serie en su ADN.

Don Alfredo García Moya era el de Educación Física, militar; el colegio disponía de un buen gimnasio y el hombre se esforzaba para que todos saltásemos el potro y el caballo a pelo sin trampolín de impulso, lo cual no estaba al alcance de todos, pero él lo seguía intentando. Estudiando en el CHA[x] la oposición de ingreso en la Escuela Naval Militar, saltábamos los mismos aparatos pero usando el trampolín y gracias a las enseñanzas de don Alfredo, volaba.

Don Trinidad Carnicero, la Trini, no comprendo la razón del artículo femenino, profesor de Geografía e Historia y Filosofía, de él mantengo buen recuerdo; lo conocí por primera vez en el Castillo el verano de Padrón, aquel año él ejerció de Director de la colonia y era muy buena persona.

«Retrato aproximado: Alto, muy delgado; piel muy amarilla, pelo negro aunque ya blanquea. Ojos de mirar inquieto. Usa bigote, a juego con el pelo. Viste casi siempre traje negro con rayas verticales blancas, le queda muy ancho. Chaleco del mismo color muy cortito y ajustado; corbata a rayas grises y blancas. Peinado impecable hacia atrás dejando al descubierto dos buenas "entradas".

Retrato psicológico: Carácter blando y alegre casi siempre. Le gusta hacer chistes y criticar el progreso en alguna de sus facetas. Tiene mucho miedo y apego por su salud.

Al llegar a clase lo primero que hace es pegarse como una lapa a la calefacción; se sienta a leer y nos deja repasar media hora. Eso cuando no le sacamos cualquier tema que le interese y entonces termina la

clase sin haber parado de hablar. Sostiene que el hombre es pasional y no racional.

Cuando te saca a dar la lección suele dejar el libro abierto y se repantinga con la silla hacia atrás, en peligroso equilibrio, mirando al techo. Se pierde en sus pensamientos, pero, si está de malas, lo cierra de un golpe seco y te presta atención. Presume de tener mucha vista y en los exámenes suele dejar copiar a propósito, confiándonos hasta que pilla a uno o dos in fraganti. Entonces se muestra orgulloso, satisfecho y halagado, especialmente cuando le decimos ¡Qué vista Don Trinidad! y ya no se preocupa más de vigilar».

Don José Hesse Murga, profesor de Lengua y Literatura Española, recuerdo un libro que leí mientras cursaba sexto de Bachillerato, nos lo recomendó don José con el buen criterio que tenía para la lectura; el libro en cuestión se titulaba "Veinticuatro horas en la vida de Iván Ivanovich" pero, lamentablemente, no recuerdo el nombre del autor —que me perdone la memoria de nuestro insigne profesor, pero dudo de que tal libro exista en realidad porque no he conseguido localizarlo ni siquiera consultando en la web de la Biblioteca Nacional. Lo doy por imposible, debe ser que confundo el título o me equivoco con otro parecido.

Don Francisco Marco Muñoz, «el Virule», mote al que se hizo acreedor por tener un ojo de cristal, era profesor de Ciencias Naturales y de Química, la primera asignatura era interesante y la segunda bastante compleja, por culpa de la cual me quedé más de un sábado sin salir, aunque finalmente la aprobase por curso.

«Su frase preferida era ¡Abrid los vidrios que huele a choto! Cuando le preguntó en clase a alguien que no recuerdo por las esponjas, todo lo que este fue capaz de contestar es que "viven en el fondo del mar".

—Matarile rile, rile... no tiés ni puta idea, tiés un quisco (un cero)— sentenciaba con su tono de Lavapiés.

Te preguntaba por la formula del pentacloruro sódico y cuando ponías cara de no saberlo, aclaraba "he dicho pentacloruro, no pentacampeón de Europa" (dicho esto último con chulería madrileña).

Cuando nos dictaba los apuntes de Biología hablando de la hipófisis y soltaba aquello del "elegante nadar del tiburón...", resultaba más cursi que unos guantes rojos».

Don Modesto Ávila Jiménez, alias «el Numerillo», hueso duro de roer, profesor de Matemáticas, asignatura que me amargó todo el bachillerato, especialmente el Superior, cursos quinto y sexto, y posteriormente el preuniversitario; de este profesor quiero decir algo más que del resto, para no olvidarlo lo he dejado por escrito en el relato titulado precisamente «El numerillo» en este mismo libro. Qué mal me lo hizo pasar este profesor cordobés de mal recuerdo, pero al final y contra todo pronóstico me sobrepuse a las dificultades y lo derroté, si bien haciendo alguna trampa que otra; he comprobado en mi Libro de Calificación Escolar que solo tuve un suspenso en esta etapa, el 2 que me puso en el examen de junio de quinto, obligándome a estudiar durante el verano en el castillo. El resto de las asignaturas las aprobé en junio, algunas raspando y otras con mejor nota.

El Secretario del colegio era don Pedro Cánovas Cardona, un antiguo pínfano que asumió dignamente y con profesionalidad tan importante cargo, desde el cual intentaba facilitarnos la estancia todo lo posible, una gran persona.

El Administrador se llamaba don Lorenzo, alias el Loren, él y su familia vivían en una casa independiente dentro de la finca colegial, en una zona cercana a la piscina; para llamarte al orden daba recado para que acudieras inmediatamente a su despacho, antes de entrar te temblaban las piernas porque este hombre perdía los nervios con facilidad y ante cualquier insolencia o amago de ella por parte un alumno, por pequeña que fuera, sacaba la mano a pasear, yo solo tuve que entrar una vez y me llevé lo mío como no podía ser de otra forma.

«En mi primer año del Bajo y en el día de la Inmaculada, haciendo fila para entrar a la capilla a oír Misa, me di cuenta de que no llevaba el chaleco gris que nos poníamos en invierno; haciéndole una seña de permiso para poder hablar con él, me acerqué con su autorización para desfacer mi error chalequil y solicitar permiso para subir al dormitorio a por el chaleco. Apenas empecé a decir Don Lor... me calzó tal fostión que caí patrás y patasarriba arrastrando en el impulso a varios compañeros de la fila; ante la extrañeza general y la mía en particular, se acercó a mí y me espetó "eso por fumar y eso que solo te he olido, que si te llego a ver te hago tragarte el cigarro". El mamonazo aún no se había enterado de que el día de la Patrona se permitía fumar hasta en la Inmaculada y en el Bajo había permiso general pal vicio. Yo sí que me acordé de tos sus

muertos y todavía estoy esperando que aquel cabronazo se disculpe, pero creo que debo perder la esperanza.

El Loren jamás sale en fotografías, hecho este que demuestra sin lugar a duda la extendida teoría de que los vampiros no tienen imagen, por lo que no se reflejan en los espejos ni aparecen en las fotos. La paliza más grande que yo recuerdo en mis muchos años de pinfanato la proporcionó el Loren a un chaval que se llamaba Bonifacio (el Caco), una vez que el chico cayó al suelo, continuó dándole patadas hasta que se cansó».

El caso es que he encontrado una foto en la que sí sale y lo recuerdo como si lo tuviera delante, de pie con traje, corbata y el clásico pañuelo del bolsillo superior. O sea que a lo mejor no era vampiro, pero poco le faltaba.

El Director era Don David, alias el Willy, un tipo que competía con el Loren arreando tortas de campeonato; hasta dónde yo sé, él y el Loren debían ser los únicos mandos del colegio que se permitían pegar impunemente a los internos. Vaya dos elementos, ¿verdad, don Rainer?

«Don David de Francisco Allende. Alto, con el pelo negro y la tez aceitunada, no por ser de la familia de los Camborios, sino por sufrir del hígado. Tal padecimiento le convirtió de por vida en un ser macilento, triste y con la mala leche siempre a flor de piel. Más que respetarle le temíamos. Comenzó dando clases de francés pero tuvo que dejarlo a causa de su precaria salud.

El Willy tenía la mano muy larga, lo único gracioso que hizo en su vida fue cambiarle el título a "Una Piccolissima Serenatta" por "Una pijotísima serenata". Todavía resuenan los ecos de la carcajada del Willy cuando la monja del lavadero, una gorda y grandota, fue a quejarse porque "los chicos escupen en las sábanas". Se ignora si hubo más explicaciones.

Solía dar con el dedo índice de su puñetera manaza en la zona clavicular, que daba una risa de tres pares de colondrones. Provocaba depresiones en la zona infraclavicular. ¡Que dedo tenía el mamón! ¡Que inercia le imprimía!».

Como muestra ya he dejado suficientes botones de cómo funcionaban las cosas en el Bajo, si me dejase llevar podría seguir escribiendo más anécdotas pero ha llegado la hora de pasar página y seguir con el siguiente colegio.

Agibílibus

Según la Real Academia Española: Habilidad, ingenio, a veces pícaro, para desenvolverse en la vida.

Al comienzo del curso escolar acababa de cumplir quince años y empezaría sexto de Bachillerato en el colegio Santiago, no tenía edad para fumar, dinero, ni tampoco permiso materno para hacerlo en público sin sufrir las consecuencias; además no había probado el tabaco en mi todavía corta vida, a pesar de lo cual me dediqué durante el curso a la venta clandestina al por menor de cigarrillos de la marca Celtas cortos.

El comedor del Bajo, así llamábamos al colegio por estar situado en Carabanchel Bajo, tenía dos puertas de acceso para los alumnos, de modo que acabados desayuno, comida y cena —la entrada al comedor se hacía en silenciosa formación—, a medida que los pínfanos iban saliendo del mismo cuando el Director lo autorizaba, se encontraban conmigo plantado en uno de los pasillos y con mi jefe en el otro; se trataba de un fortachón cordobés, rubio y sonriente, alma mater del negocio, que establecía las condiciones de venta y préstamo porque a determinados pínfanos, solo a unos pocos privilegiados

con fama de buenos pagadores, se les fiaba el fumeque, los que no tenían parné debían conformarse con fumar las pavas (colillas) que recogían del suelo,

No entiendo por qué me eligió a mí para el puesto, ya que a la sazón todavía era un poco canijo, uno de los más bajitos de mi clase y con cara de no haber roto nunca un plato; algo debió ver en mí, aunque el hecho de no ser fumador quizá lo tuviese en cuenta, quien evita la ocasión evita el peligro; el caso es que un buen día me lo propuso, a mí me gustó la idea de trabajar con él y acepté sin más, porque desde que lo conocí un verano en el Castillo de Santa Cruz lo tenía en un pedestal.

Retrocedamos algunos años atrás, comencé el curso escolar estudiando primero de bachillerato en Padrón; cuando llegó la Navidad no pude viajar a mi casa porque no tenía pasaporte militar para el tren y las estrecheces económicas familiares impidieron realizar semejante dispendio con gran disgusto por mi parte, ajo y agua era la consigna; de modo que tuve que quedarme en el colegio con otros veintiséis chicos más y juntos pasamos tan entrañables fiestas, por cierto que en nuestra página web hay una foto del día de Reyes Magos, 6 de enero de 1965, por eso sé cuántos éramos, en la que aparezco con el regalo que me trajeron, lo había pedido yo mismo por carta y los militares de la Región se encargaron de hacerlo realidad: un juego de carpintería.

Puede que aquella situación, incomprensible para un crío de apenas diez años que no había sufrido estrecheces económicas hasta quedarse huérfano por la gracia de Dios, sea la explicación racional de la aversión navideña que siempre he tenido y que sigo manteniendo en

mi etapa adulta; no puedo hacer nada por evitarlo, menos mal que con la llegada de los hijos y más tarde de los nietos, he podido recuperar en parte la ilusión perdida, pero alguna herida ha debido quedarse sin cerrar.

Llegó el cálido verano y se repitió la situación, no pude viajar a casa por falta de medios y de nuevo tuve que quedarme en el colegio; en esta ocasión solo fuimos cuatro o cinco los elegidos para la gloria, pero lo pasamos bien, no teníamos que estudiar, solo jugar y esperar tiempos mejores, con la exigente disciplina colegial en suspenso temporal hasta septiembre, cuando volviera el resto del alumnado. A finales de julio o principios de agosto, nos llevó una de las monjas a la estación del pueblo, allí tomamos un tren de aquellos de tercera clase que nos trasladó a La Coruña, en cuya estación fuimos entregados sanos y salvos al director del Castillo que nos esperaba en el andén a pie de vagón; aquel verano el director fue don Trinidad Carnicero Ruíz, para los pínfanos «la Trini», profesor de Latín, Geografía e Historia y Filosofía en Chamartín, el cual nos acogió con cariño. Falto de la figura paterna y alejado del resto de la familia, unos pocos profesores se convirtieron para mí en los modelos a seguir, máxime estando en una colonia veraniega dónde la vida era más relajada que en los internados de procedencia y podían mostrarse menos autoritarios.

El llamado Castillo es una construcción militar del siglo XVI, entonces propiedad del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra y ahora del Ayuntamiento de Oleiros, situada en una pequeña isla frente al puerto de Santa Cruz de Lians en la provincia de La Coruña.

El primer día que subí a la barca que salvaba el recorrido de unos doscientos metros entre los muelles del Castillo y del pueblo, cuando la marea alta no permitía cruzar andando por donde actualmente se levanta una pasarela peatonal, tuve mi primera experiencia marinera; Manolo, nuestro querido barquero, manejaba con la pericia de siempre la caña del timón y varios pínfanos mayores se hacían cargo de los pesados remos cuando, de repente, la barcaza se detuvo en mitad de la travesía; un fortachón cordobés, de pelo rubio cortado a cepillo e intensos ojos azules, con aquella pinta perfectamente podría haber sido el malo alemán de una película de aventuras, soltó su remo, se levantó, vino hacia mí y me preguntó si sabía nadar.

Algo atemorizado ante su imponente presencia le respondí que no muy bien y entonces dijo «Pues hoy vas a aprender», acto seguido me tiró al agua agarrándome por los sobacos, sin apenas oponer resistencia por mi parte y sin darme tiempo ni para quitarme la camiseta; antes de hundirme en las procelosas y gélidas aguas atlánticas de la bahía de Santa Cruz, ya estaba él dentro del agua dándome instrucciones para conseguir mantenerme a flote «mueve brazos y piernas y no tengas miedo que no te vas a hundir»; reconozco que al principio experimenté un ataque de pánico pero, tras haber superado con éxito mis tres primeros años de internado, antes había estado dos años en las Mercedes en Madrid, había desarrollado el suficiente orgullo pinfanil como para no venirme abajo, no podía dejarme superar por los acontecimientos si no quería quedar señalado para los restos.

Nadé, más bien pataleé y braceé, como mejor supe, intentando mantener la boca cerrada y la poca distancia que me separaba de la popa de la barca, que lentamente había retomado el rumbo inicial en dirección al muelle del pueblo; heladito de frío, tragando buches de agua atlántica, procurando no irme a pique, hasta que Manolo ordenó enérgicamente al formido cordobés terminar la prueba y este le obedeció al instante; a continuación nos izaron a los dos o tres novatos que habíamos sido arrojados por la borda para recibir nuestra primera clase práctica de natación en mar abierto; mientras nos rescataban nos manteníamos flotando agarrados a la barca, bajo la estrecha observancia de los veteranos, nadando cual patitos detrás de mamá pata, papel que en este caso representaba aquel gigantón rubio y sonriente, el único que se mantuvo en el agua hasta que nos sacaron a todos.

Posteriormente nos enteramos de que en el pueblo lo llamaban «O nadador», porque cada verano nadaba la distancia, entre ida y vuelta unas seis millas náuticas, que separan el Castillo del puerto de La Coruña; se embadurnaba de grasa y, seguido de cerca por la barca para auxiliarlo si fuera necesario, procedía a la larga travesía por aquellas heladas aguas; lejos de tomarle manía por el mal trago que me había hecho pasar, al saberlo me convertí en su admirador, aquél tío era Tarzán, mejor llevarse bien con el rey de la selva; cuando se me pasó el susto, comprendí que en el fondo solamente se trataba del bautismo de fuego al que éramos sometidos todos los novatos al llegar por primera vez al Castillo; como todos aprendíamos de forma natural, en el colegio a veces convenía tragarse el orgullo, disimular el mal humor

y no tomarse las cosas demasiado a pecho para poder encajar sin traumas en la dura vida del internado y sobrevivir.

Retomando el relato inicial, los fumadores me pedían los cigarrillos que querían y pagaban a tocateja el precio establecido; tirando de memoria, un ejercicio arriesgado a cierta edad, un paquete de Celtas cortos costaba en el estanco 4,50 pesetas, casi un duro de la época; para no equivocarme he leído el BOE número 272 del 12 de noviembre de 1968, página 16.025, dónde el Ministerio de Hacienda modificaba las tarifas vigentes por otras nuevas y lo justificaba de esta manera:

«La necesidad de aumentar los ingresos públicos para hacer frente a nuevas obligaciones, aconseja actuar sobre aquellas fuentes de los mismos cuya alteración resulte menos onerosa para el conjunto de la economía nacional. Tal ocurre con el tabaco, producto de consumo no necesario. Por otra parte, los precios de venta al público, tanto de las labores Extranjeras como de las producidas en nuestra Nación, son inferiores a los vigentes en el exterior, aun ponderando los elementos que intervienen en el nivel general de vida. La preocupación constante del Gobierno de mantener el poder adquisitivo de las clases económicamente débiles, ha llevado a no elevar los precios en las labores más baratas y de consumo más generalizado y popular, no obstante el sacrificio recaudatorio que ello representa. Por todo lo cual este Ministerio. a propuesta de esa Delegación ha dispuesto lo siguiente: Se fijan los nuevos precios para las labores Peninsulares que se indican, expresados en pesetas por unidades de venta al público en la siguiente Tarifa»

A continuación hay una larga lista de marcas de tabaco en la que he comprobado que el precio del paquete de Celtas cortos era de 4,50 pesetas (3,15 pesetas de Renta y 1,35 de Impuesto de lujo), tiene narices que los Celtas cortos pagasen impuesto de lujo cuando eran de pésima calidad y venían llenos de estacas. Los pínfanos, ciudadanos pobres de solemnidad debido a su propia naturaleza por la condición de orfandad, no podían aspirar a otras labores más selectas como Ducados (12 pesetas la cajetilla), Habanos (17 pesetas), ni mucho menos al tabaco rubio Bisontes con filtro (15 pesetas), 1-X-2 con filtro (17 pesetas), Pipper mentolado (17 pesetas)...

A veces resulta interesante leer el BOE pasados unos cuantos años; las labores estadounidenses se llevaban la palma, Lucky Strike, Marlboro, Kent, Winston o L&M costaban a 18 pesetas la cajetilla de 10 cigarrillos, una barbaridad. También se vendían en cajetillas de 20, Camel, Chesterfield, Phillips Morris, Pall Mall y otros, pero entonces el precio ascendía hasta las 35 pesetas, prohibitivo incluso para los aspirinos[xi].

Que yo recuerde, solamente vendíamos Celtas cortos, aunque puede que en alguna ocasión también hubiera Celtas Largos con filtro (a 9 pesetas la cajetilla), pero soy incapaz de recordar a cuánto se vendía cada pitillo; por una peseta te llevabas tres cigarrillos, la ganancia neta no llegaría ni a dos pesetas por paquete; para una mente comercial, no era mi caso puesto que trabajaba en negro, pudiera parecer un margen escaso, pero es que en el colegio se fumaba como carreteros y las cajetillas volaban.

El jefe tenía permiso para salir a la calle a comprar, en teoría el permiso era para otro tipo de compras pero los inspectores hacían la vista gorda —creo que acertadamente porque, si no hubieran permitido este escape, se hubiera creado mucha tensión y la vida colegial ya estaba bien servida sin necesidad de añadir nuevas prohibiciones—, volvía con sus cajetillas bajo el brazo y reponíamos existencias a diario; la carga máxima para llevar encima era la que cupiera en el fondo de los bolsillos superiores del trapillo, ni una más ni una menos; descosíamos por dentro las costuras de los dos bolsillos formándose una gran bolsa hasta la mitad superior de la espalda en la que fácilmente entraban sin deformarse cinco o seis cajetillas por bolsillo, meter más no era apropiado porque entonces uno parecería el jorobado de París.

Aunque para hacer deporte me quitaba la chaqueta del trapillo y la dejaba apilada en el montón común de ropa mientras correteaba por allí, nunca nadie cogió ni un solo pitillo; hacerlo hubiera sido peligroso para el infractor, no por mí, que como he dicho era más bien enclenque, sino por mi jefe que cabreado era el Vesubio en erupción, sin humor para ciertas cosas.

Por mi colaboración yo no recibía un porcentaje de las ventas, sino que cobraba en especie, un triángulo de leche, un batido de cacao, un bollo suizo, una bolsa de pipas, unos sacis y cosas así que el jefe solía darme cuando volvía de la compra; a propósito, no lo he comentado antes, pero él tampoco fumaba, era un deportista de los de mens sana in corpore sano. Si hubiésemos fumado los dos, aquello habría sido como dejar a un zorro cuidando del gallinero.

Acabado el curso, mi jefe dejó el colegio para irse a estudiar al colegio de Valladolid y con él se esfumó —nunca mejor dicho— mi etapa como estanquero aficionado, supongo que por ley de vida alguien se haría con tan lucrativo puesto, pero la corta experiencia me vino de perlas; gracias a los conocimientos mercantiles adquiridos ese año, durante el curso siguiente me asignaron el negociado de las compras de alimentación; al empezar el recreo de la tarde me ponía en la puerta de secretaría, junto a la escalera principal, la gente me encargaba sus pedidos (previo pago por adelantado del importe) que yo anotaba en una lista antes de salir a la calle General Ricardos para hacer la compra en las tiendas del barrio; cuando acababa los recados volvía al colegio, dónde los compradores me esperaban ansiosos para recibir y consumir ipso facto su mercancía antes de volver a entrar al estudio.

Es evidente que mi espíritu nunca ha sido comercial dado que yo no sacaba rendimiento económico alguno a la actividad, pero a cambio salía todos los días media hora a la calle y para mí eso representaba mucho, era el escape diario que me ayudaba a sobrellevar los rigores del internado; me pasaba el día esperando el momento de salir a comprar para olvidar durante unos minutos el obligado encierro, pisar la calle, ver a la gente que iba y venía, mirar con envidia a los chicos y chicas de nuestra edad que paseaban por allí y a los que entraban en el cine Los Ángeles a la sesión doble de cada tarde; si uno no ha sido pínfano o no ha estado preso largo tiempo, puede que no lo entienda pero eran los mejores treinta minutos del día.

Bien, esa fue mi experiencia de compraventa en el colegio Santiago, nada del otro mundo por otra parte, pero a mí me vino muy bien poder disfrutar de aquella válvula de escape.

No he dicho quién era el jefe, se dice el pecado no el pecador, aunque todavía recuerdo perfectamente su nombre, los dos apellidos, el mote y su dirección postal en Córdoba, pero seguro que más de uno sabe de quien estoy hablando.

El Numerillo

O me la tenía jurada o poco le faltaba, si no recuerdo mal don Modesto Ávila Jiménez era cordobés por lo que hablaba con un fuerte acento andaluz, si me concentro lo suficiente en el pasado todavía puedo escuchar con temor reverencial su voz diciendo «Ozonno, a la pizarra», un soniquete que el primer año me aterrorizaba y con el que tuve que aprender a convivir para superarlo.

La primera clase de Matemáticas en quinto de Bachillerato marcó mi destino para el resto del curso, entró don Modesto en el aula, imponente vestido con traje y corbata, y nos pusimos todos al unísono en pie como era de obligado cumplimiento en todas las clases, además don Modesto era militar de carrera y, si cabe, la obligación era mayor todavía.

Mientras llegaba a su estrado ordenó «¡Zientenze!» y al instante todos obedecimos en silencio, los veteranos de sexto ya nos habían advertido que tuviésemos cuidado con él porque era un hueso duro de roer, así que esperamos a ver qué pasaba y si lo que nos habían contado era cierto o una broma más para asustar a los novatos.

Tras presentarse y aclarar que era el profesor de Matemáticas, cogió la lista de clase y fue nombrándonos

uno por uno para ir reconociendo a sus nuevos alumnos, al escuchar nuestro nombre nos levantábamos y poníamos firmes para responder «Presente» y volvernos a sentar en cuanto empezase a nombrar al siguiente.

Al escuchar «Ozonno», me puse firmes esperando que nombrase al siguiente de la lista que era el granadino Manuel Peinado Lorca —lo sé porque hace unos años conseguí localizar en el colegio la lista completa del curso 1968-69, no porque lo haya recordado—, pero en vez de eso, don Modesto me dijo «Zu hermano mayor de usté era malo, el siguiente hermano de usté era peor todavía, y algo me dice que usté los va a superar a todos», puse cara rara porque, que yo supiera, era el primer hermano que pasaba por sus manos, pero no dije nada, seguro que se había hecho la pirula y me estaba confundiendo con otra saga familiar.

Cuando llegó la segunda clase, entró don Modesto y todos nos pusimos en pie para sentarnos en cuanto ordenó «¡Zientenze!»; a continuación se dirigió a la clase pidiendo un voluntario para salir a la pizarra, salir a la pizarra era lo peor que podía pasarte en Matemáticas por lo que toda la clase miró hacia abajo o los lados intentando no cruzar sus miradas con la del profesor, todos menos uno que se quedó con la vista al frente, desafiante en dirección a don Modesto. Siempre he sido de dar la cara aunque me la partan.

Rápidamente se dio cuenta de la situación y sin inmutarse dijo «Ozonno, a la pizarra», con las piernas temblando pero tranquilo porque apenas era la segunda clase del curso, me acerqué a la pizarra y don Modesto me pidió que explicase alguna cosa que tendríamos que

saber porque era de cursos anteriores; no había terminado de escribir con tiza mis primeros e ininteligibles garabatos en la pizarra, cuando me ordenó que me sentase porque no tenía ni puta idea; su forma de expresarlo ya era famosa en el internado: «Zerillo», es decir que al lado de tu nombre anotaba un cero en la casilla del día.

La tercera clase fue una repetición de la jugada, miró al tendido mientras todos miraban para otro lado menos yo, tonto de mí, pensando que me salvaría porque ya me había tocado la china el día anterior: volví a quedarme con la cabeza levantada, mirando al frente, desafiando a la suerte que nuevamente iba a mostrarse esquiva conmigo; don Modesto, sin mirar siquiera la lista, se fijó en mí y pronunció la frase mágica «Ozonno, a la pizarra».

Esta vez me levanté con más miedo que vergüenza, sabiendo lo que me esperaba al llegar a la pizarra porque no había mejorado nada desde la última vez; me pidió que explicase cualquier otra cosa, obviamente no soy capaz de recordar el problema concreto por mucho que lo intente, y se repitió el mismo protocolo «Zerillo, vuelva a su meza».

Sin darme tiempo para abandonar el estrado, pronunció la frase que cambió para siempre mi vida escolar desde ese momento, no diría que para bien porque pasé de ser un cero a la izquierda en la asignatura a suspenderla con un dos en junio (el menos no fue un cero) aunque la aprobé en el examen de septiembre, un hito en mi historia de bachiller.

Enfadado por mi absoluto desconocimiento matemático me dijo «A partir de hoy, cuando yo entre en clase, quiero verlo de pie junto a la pizarra zin nesezidá de que yo lo llame». Sentí que la Tierra se abría bajo mis pies para tragarme, pero no lo hizo y no sé cómo conseguí volver entero a mi pupitre.

Quiso la casualidad que mi hermano Manolo, el que supuestamente todavía era peor que yo, ejerciera de inspector en el colegio durante el curso, así que en cuanto pude le conté lo que me había pasado y acordó con Jorge «Cuco» Franco Romeo, una institución en el internado, que me diera clases particulares de Matemáticas; Franco era inspector y profesor de Dibujo Técnico, todas las noches después de cenar daba clases de refuerzo a algunos alumnos que lo precisaban, cobraba por hacerlo pero a mí me las daría gratis; me incorporé a regañadientes a las sesiones nocturnas y poco a poco fui mejorando, al principio no lo suficiente como para enfrentarme al mal trago de salir a diario a la pizarra, pero don Modesto debió notar algún cambio porque dejé de escuchar el fatídico «Zerillo» a todas horas.

Don Modesto no me levantó la maldición y durante el resto del curso, cuando él entraba en clase me encontraba de pie al lado de su mesa, tiza en mano, esperando como los condenados a muerte cuando los llevan al patíbulo, para intentar contestar mal a lo que tuviera a bien preguntarme; lo bueno de estas situaciones es que te acabas acostumbrando y vas perdiendo el miedo paralizante del principio, lo cual me ayudaba a mantener la calma y a pensar dos veces la respuesta antes de contestar.

En sexto Don Modesto había avisado de que en el examen final nos pondría problemas resueltos en clase, por lo que durante el resto del curso preparé concienzudamente un cuadernillo en el que iba anotando todos los problemas y su solución, con la esperanza de que algún día me sirviera para algo; el cuadernillo acabó teniendo un buen montón de problemas que yo repasaba una y otra vez hasta casi aprendérmelos de memoria ya que tenía la asignatura atravesada.

El día del examen final lo dejé a mano bajo la tapa del pupitre, don Modesto repartió la hoja del examen y advirtió que a quien pillase copiando lo suspendería a divinis; mientras iba y venía por el pasillo de clase dando instrucciones y amenazando con el fuego eterno a quien pillase, de un vistazo urgente leí la lista de problemas para comprobar, no sin sorpresa, que era cierto, los habíamos resuelto en clase y por suerte eran de los últimos días, si estaba listo me salvaría de la quema; con varias acciones furtivas pude sacar del cuadernillo los dos o tres problemas que no controlaba y había reconocido, el resto tendría que intentarlos resolver por mi cuenta, misión difícil pero no imposible porque algo había aprendido aunque no sabía si sería suficiente para aprobar; los coloqué disimuladamente bajo las hojas del examen de forma que no se vieran y respiré aliviado, confiando en que por una vez tendría la suerte de mi lado.

Acostumbrado a ver mi cara a diario, apenas me miró mientras paseaba arriba y abajo por el pasillo, lo cual me vino de perlas para que no me pillase in fraganti. Estoy seguro de que en su fuero interno me quería suspender por curso, pero hasta que el árbitro no pitase el final no se acabaría el partido.

Cuando lo consideró necesario, don Modesto se sentó en su puesto de vigía de Occidente pero, al no tener otra cosa que hacer y como su clase era la primera después de comer, pronto empezó a amodorrarse y daba pequeñas cabezaditas que yo aproveché para copiar las soluciones y terminar el examen en tiempo récord; fui devolviendo las chuletas al pupitre cuando podía y, sin poder controlar mi ansiedad, me levanté para entregar el examen. Fui el primero en hacerlo y aquello cantaba demasiado, cuando ni los mejores de clase habían terminado lo suyos.

La prudencia nunca ha sido uno de mis fuertes, quizá debí haber esperado astutamente a que se levantasen otros y disimular un poco antes de dar por terminado el examen, pero las ganas de salir de aquella ratonera me impedían pensar con claridad, mi instinto me decía que me largase de allí antes de que sospechase algo; al verme ante sí, don Modesto me miró extrañado y repasó de un vistazo el examen, sorprendiéndose al comprobar que había contestado a todos los problemas «¡Ay, Ozonno, ezto é matemáticamente impozible, zeguro que ha copiado usté», sonriendo, acojonado y sin esperar un segundo, tomé las de Villadiego a toda prisa antes de que fuera demasiado tarde y se repusiera de la sorpresa.

Conseguí llegar hasta la puerta notando su mirada clavada en mi nuca, esperando una reacción de última hora, pero salí de clase sin oírle decir aquello de «Ozonno, a la pizarra», ahora que lo he contado debo confesar que me aprobó por curso y no tuve que ir a la temida recuperación, sin duda aquél fue uno de los mejores días de mi vida escolar, un triunfo en toda regla, la venganza por los malos ratos que me hizo pasar, y siento

decir que no me arrepiento en absoluto de haber copiado; lo cierto es que podría haberlo evitado porque me sabía al dedillo el cuadernillo, pero me arriesgué para asegurar el resultado y pasar un buen verano; ese año terminé aprendiendo algo de Matemáticas aunque fuese obligado y a la fuerza, pero me vino bien para el futuro porque en Preu volví a tenerlo como profesor, aunque sin tanto miedo porque ya no me obligaba a salir a la pizarra a diario como voluntario forzoso, lo mismo se cansó de verme el careto y la tomó con otro cualquiera.

Como todos los profesores, Don Modesto Ávila Jiménez tenía su propio mote que le venía que ni pintado: «el Numerillo», me las hizo pasar canutas esos tres años pero a pesar de todo no tengo mal recuerdo de él, como ya he dicho antes fue un hueso duro de roer pero, como suele decirse, «para buen hambre no hay pan duro»; por suerte, y también con esfuerzo, conseguí aprobar por curso dos de los tres años sin tener que hacerme el harakiri.

EL CASTILLO

Agosto 1965, 1969, 1970, 1971

«...una finca de lo más bonito y romántico que se pueda figurar, una isla en el mar, teniendo enfrente y viendo La Coruña y la Torre de Hércules.

Debe ser este sitio muy sano, se respiran únicamente brisas marinas, yodo y otros ingredientes de esos que reconstituyen»

Emilia Pardo Bazán

Reproduzco el artículo publicado en una revista editada por el Concello de Oleiros en la que se hablaba del Castillo y su historia; lo dejo en el gallego original del artículo, si yo he podido leerlo sin problema espero que todos los que lo hagan a continuación también puedan entender el texto:

«O primeiro grupo de orfos chega a Santa Cruz no ano 1939, eran 24 rapaces, o castelo naquel entón estaba formado por dúas torres unidas nunha planta baixa na que se entraba pola torre da esquerda. As torres tiñan dúas plantas e o eixe central só unha, coa reforma engadiuse a este unha segunda planta para facer un dormitorio con 50 liteiras e así poder meter a 100 rapaces.

Agora no castelo vemos ese mesmo edificio e outras edificacións que xa existían, a torre redonda que no lintel da entrada conta cos símbolos "S" e "+" conservados da anterior capela cando era una fortificación, e tamén vemos a torre cadrada da entrada que foron as dependencias da caixa de urxencias e residencia do médico e o capelán na época das visitas dos rapaces. Contan que nesa torre sentábase Emilia Pardo Bazán para escribir.

Os rapaces facían a viaxe ata Coruña en tren, con pasaporte militar, en vagóns de madeira, a viaxe duraba 48 horas, unha vez chegaban a estación os metían en camións para levalos ata Santa Cruz.

Os orfos, ós que chaman "pínfanos", lembran fazañas como as de nadar ata Coruña, case ningún o lograba ata que en 1958 un chega ao Náutico, e despois de varias horas, e con síntomas de conxelación, foi a-

tendido e reanimado nas cociñas. Con frecuencia saían ao pobo e no mesmo porto tomaban un aperitivo, un porrón de sidra, que pagaban a cincuenta céntimos.

Facíase un partido de fútbol, un equipo formado por veciños e veraneantes, e outro composto polos "pínfanos", con algunha que outra disputa, aínda que o sangue nunca chegaba ao mar.

Os orfos facían escapadas ás verbenas e moitas veces tiñan que volver a nado.

En dúas ocasións nin os pínfanos nin os veciños de Santa Cruz puideron bañarse nas praias, foi no ano 1970 cando embarranca o barco sudanés Erkowit e lanza ao mar bidóns de insecticidas, e no ano 1976 as praias énchense de petróleo co a fundimento do Urquiola. Tamén leváronse un susto no ano 1969 cando contra as rochas fronte ao castelo encalla un barco de cereais. Máis tarde xa esas augas sofren dúas mareas negras máis, as do Mar Egeo e o Prestige.

Ata o ano 1978 o castelo é visitado polos pínfanos».

El Castillo está ubicado en Santa Cruz de Lians, pequeña parroquia costera del término municipal de Oleiros, cercana a La Coruña; en su recogida bahía, sobre una pequeña isla rocosa, apenas dos hectáreas de tierra firme a merced de las mareas, se levanta esta antigua fortaleza militar.

El día 5 de agosto de 1938, la condesa de Torre de Cela y de Pardo Bazán, Doña María de las Nieves Quiroga, conocida por el nombre de «Blanca» —como a ella le gustaba que la llamaran—, hija de la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán y viuda del I mar-

qués de Cavalcanti, D. José Cavalcanti de Alburquerque y Padierna, general del Arma de Caballería en posesión de la Cruz Laureada de San Fernando, máxima condecoración militar española concedida por su decidida y valerosa acción en las cargas de Taxdirt, el 20 de septiembre de 1909, al frente del 4º Escuadrón de Cazadores de Alfonso XII, del 21º Regimiento de Caballería, donaba al Ejército español su castillo de Santa Cruz de Lians, sito en la parroquia de Santa Eulalia de Lians, término municipal de Oleiros, de la provincia de La Coruña para uso y disfrute de los huérfanos de Caballería o de otras Armas y Cuerpos que el Ejército considerase conveniente.

Casualidades del destino, con apenas 26 años y habiendo enviudado cuatro años antes de su primera esposa, mi abuelo materno, Ignacio de la Puerta Cepeda, participó como soldado en las tres cargas consecutivas de Caballería y contra todo pronóstico consiguió sobrevivir a tan valerosa acción; el Escuadrón recibió por esta acción la Corbata de la Orden de San Fernando de manos del Rey Alfonso XIII en Sevilla y mi abuelo su ascenso a cabo.

El Castillo de Santa Cruz de Lians está situado en un islote que en las horas de bajamar se comunica con tierra y se sitúa a tres millas al sudeste del Castillo de San Antón, de La Coruña. Tiene una superficie total de 10.346 m² y, además del castillo, contiene el islote otras edificaciones destinadas a vivienda, jardines y praderas en la parte alta.

En julio acudían nuestras hermanas pínfanas y en agosto el turno era de los chicos, entiendo que no solo

por una cuestión de separación por sexos, seguro que también, sino que la capacidad de alojamiento simultáneo en el castillo no daba para albergar a tantos pínfanos a la vez y menos mezclados, aquello hubiera sido difícil de gestionar para los mandos.

Mi primera llegada al castillo fue de película, en la estación de San Cristóbal de La Coruña las monjas me traspasaron a los profesores que se hacían cargo de la colonia; menudo cambio disciplinario me esperaba, aunque luego no fue para tanto porque en verano se relajaban bastante las reglas internas como es natural; tanto alumnos como profesores procedíamos de los diferentes colegios, Padrón, la Inmaculada y el Bajo, o Aranjuez, Torremolinos y Guadalajara en el caso de las chicas; los de Padrón éramos los más pequeños del contingente humano y, aunque estuviésemos espabilados tras varios años de internado, por fuerza tendríamos que adaptarnos para convivir con los mayorzotes.

Desde la estación nos llevaron hasta Santa Cruz en la caja trasera de camiones militares cubiertas con lona, en el resbaladizo muelle de su puerto nos esperaba Manolo, el barquero del castillo, para realizar el trayecto final; para ello disponía de una barcaza grande, con al menos cuatro o cinco bancas de madera atravesadas, cubriendo el ancho total de su manga, más los puestos de proa, para el encargado de amarrar y soltar la barca en los muelles, y popa para el buen gobierno del timonel, con capacidad limitada de embarque por trayecto; en sucesivos viajes fuimos transportados hasta el muelle de la isla, a la que ya habían llegado días antes cocineras y marmotas para preparar las instalaciones; los camiones con equipajes y los innumerables bultos y ma-

teriales que exige la organización de semejante colonia, esperaron para cruzar a que bajase la marea, porque cada seis horas se puede acceder al castillo andando por la playa y entre todos los descargamos y subimos a las estancias correspondientes.

La llegada fue solamente la primera sorpresa que nos deparó el viaje, pero hubo muchas más porque pasar un mes en aquel paraíso de entorno inigualable daba para mucho.

Una vez asignadas las literas y comunicado a la tropa el plan de trabajo diario, que también incluía clases matinales para los alumnos con suspensos, tocaba tiempo libre y prepararse para el baño marino hasta la hora de comer; me puse el bañador (el pantalón de deporte) y bajé hasta el muelle para trasladarme en barca hasta el pueblo para acceder a la playa de arena o pasear por tierra firme.

El barquero vivía todo el año en la isla junto con su mujer, la irascible Josefa (Maruxa), y su único hijo, Jaime, un chico mayor que nosotros que no nos caía demasiado bien, no solo porque tuviera un ojo fijo (creo que se llama ambliopía) y nunca supieras para donde estaba mirando, sino porque en general no parecía persona de fiar. Manolo era tan rudo como buena persona, nos despertaba cada mañana caminando por el pasillo central del dormitorio mientras golpeaba con un palo de madera los pies metálicos de las literas al grito de «¡Arriba, hijos del cuerpo!», irónico juego de palabras con doble sentido, ya que todos éramos hijos de algún Arma o Cuerpo... de Caballería, Infantería, Ingenieros, Intendencia, Artillería... y también del cuerpo serrano

de nuestros padres, qué exquisitez lingüística se gastaba el bueno de Manolo.

La barca navegaba a «motor gallego», es decir impulsada gracias al esfuerzo titánico de los remeros; moverla era una tarea agotadora en la que todos debíamos participar sin excepción, salvo impedimento justificado; Manolo tenía fuerza y habilidad sobradas para hacerlo en solitario sin ayuda y con solo un remo, pero le gustaba que los pínfanos colaborásemos en la boga porque hacía muchos viajes cada día y así podía trazar mejor el rumbo a seguir; actualmente la barca tendría un potente motor fuera borda, pero entonces no había tantos medios y nadie se quejaba, todo el mundo a remar.

Con la marea alta ambos muelles, castillo y pueblo, quedan separados por unos doscientos cincuenta metros de agua atlántica, es decir bastante fría, oscura y con oleaje, pero nada iba a impedir que se cumpliera uno de los ritos establecidos para dar la bienvenida a los novatos: el bautismo de agua.

Un armario de dos cuerpos conocido como «Chue», José Antonio Herrera Montes, un rubio y ciclópeo cordobés apodado «O nadador» por la gente del pueblo, mandó parar máquinas como si fuera el capitán del navío y dirigiéndose a mí me preguntó:

—¿Sabes nadar?

—No mucho.

—Pues hoy vas a aprender.

Lo que ocurrió a continuación seguramente lo habrás leído ya en el capítulo titulado «Agibilibus», pero a riesgo de repetirme te diré que me lanzó por la borda y

que las pasé canutas para no hundirme en el fondo de las gélidas y profundas aguas oceánicas; cuando al fin me rescató del ahogamiento, me preguntó sorprendido:

—¿Por qué no me has dicho que no sabías nadar?

Le hubiera contestado algo pero no pude por el susto, el frío que tenía con la ropa mojada y la cantidad de agua salada que había tragado en el trance; todos se rieron mucho y yo acepté el bautizo porque en el orfanato se aprendía pronto una importante lección, aguantar con resignación las novatadas para que no se cebaran y se olvidasen de ti cuanto antes.

Desde ese día el tal Chue me trataba con mucha deferencia e incluso se empeñó en enseñarme a nadar, gesto que agradecía y rehusaba por miedo a que no pudiera terminar vivo el verano, no obstante él insistía y al final no tuve más remedio que hacerle caso y aprender lo básico de la natación hasta que se aburrió y decidió que ya había aprendido la lección.

Un día me presentó a su novia, una guapa y joven gallega llamada Marisa, a la que ningún pínfano en sus cabales hubiera osado ni tan siquiera mirar por miedo a que O nadador se enfadase; una mañana estaba en el muelle del pueblo esperando la barca para cruzar al castillo, cuando se me acercó la pareja en bañador y una cámara de fotos.

—Santi, ¿me quitas una foto? —me preguntó inocentemente Marisa con su delicado acento gallego, poniendo la cámara en mis manos.

Me quedé mirándola boquiabierto y pensando que era otra trampa que me tendía el grandullón, ya me veía

en el agua con un ancla de plomo atada alrededor del cuello por vacilar a su querida Marisa, para más INRI, delante de él.

—Pero, Marisa, si vas en bañador…

—No importa, tú quítamela.

Menos mal que su novio se dio cuenta de lo que pasaba y tradujo a castellano coloquial la supuestamente picante petición de su novia.

—Venga, chaval, ella quiere que nos hagas una foto juntos, estos críos es que no se enteran.

Solo entonces pude respirar y «quitarles» la foto solicitada, puede que todavía la conserven aunque posteriormente dejaron el noviazgo, me consta que se casó con otra chica a la que conocimos a finales de los setenta; de hablar gallego hubiera entendido que «quitar» era sinónimo de «sacar», si no llega a mediar el cordobés a tiempo yo hubiera empezado a rebuscar una foto en el escueto bikini de Marisa y su novio me hubiera colgado de los pulgares del palo mayor.

Tanto me impresionó «O nadador» que se me han quedado grabados su nombre, que ya he comentado antes, y dirección postal completa: calle Dos, número 6, Sector Sur, Córdoba. No sé por qué lo recuerdo, puede que me la dijera cuando volvimos a coincidir en el muelle algunos veranos después.

En agosto de 1979 Lola y yo visitamos Santa Cruz y estuvimos alojados unos días en una pensión desde la cual se veía la isla del castillo; no solo pudimos visitarlo por dentro sino que nos encontramos con Chue, su mujer y con varios pínfanos nostálgicos que también esta-

ban por allí, entre ellos Jesús de la Calle Colino; acabamos todos juntos rememorando la travesía a nado entre los muelles, esta vez no me pareció tan larga ni peligrosa, pero el agua seguía estando tan fría como el día en que Chue me tiró por la borda; al bueno de Jesús lo tuvo que ayudar Lola a mantenerse a flote porque no terminaba de llegar nadando hasta el muelle.

Durante mi primera colonia en el castillo, una mañana nos situaron a todos los alumnos del colegio al borde de la carretera provistos con banderitas españolas, cada pocos metros había guardias civiles armados situados alternativamente a ambos lados de la calzada; el motivo era que iba a pasar por allí la comitiva de Su Excelencia don Francisco Franco Bahamonde, el cual veraneaba con la familia en el Pazo de Meirás y frecuentaban la cercana y estupenda playa de Bastiagueiro; nos colocaron ordenadamente repartidos en el arcén para ovacionar a su paso a la comitiva del Jefe del Estado, pero los coches pasaron como una exhalación por delante de nosotros, sin parar y sin que pudiésemos verle la cara al Generalísimo, a una orden de nuestro Director empezamos a aplaudir y vocear a grito pelado ¡Viva Franco, Arriba España! Puede parecer un guion sacado de «Bienvenido Míster Marshall», pero ocurrió tal como lo cuento. ¿Qué te parece Rilke? Dices tú de patrias, pero con la mía podría escribirse un libro.

El mes de agosto también pasaba rápido, el tiempo libre lo dedicábamos a la pesca y al marisqueo furtivo en sus múltiples variantes baratas, lo mismo recogíamos mejillones de las rocas de la cala Atalaya (era peligroso pero lo hacíamos igualmente), que capturábamos nécoras con las manos para cocerlas en agua de mar en

grandes latas de conserva que nos daban en la cocina, navajas en la arena cuando bajaba la marea, minchas (caramuxos o bígaros, pequeños y deliciosos caracoles marinos que se pegan a las rocas) ¡qué ricas estaban! Cualquier producto del mar que pasara por delante de nuestras narices corría serio peligro de acabar engullido por pínfanos ávidos de marisco, y eso que en el castillo se comía mejor que en el colegio y que por haber chicos mayores la alimentación era contundente.

Cuando no estábamos pescando hacíamos deporte, nadábamos (incluso se celebraban campeonatos de natación por edades), jugábamos al fútbol en la playa o en el campo de hierba del pueblo (con sus enormes boñigas de vaca) donde a veces venía a entrenar el Deportivo de La Coruña, o las cosas normales de la edad; los mayores, con subidas de testosterona, tenían otras inquietudes y preferían ir a las fiestas de los pueblos cercanos para intentar bailar y ligar con alguna chica, pero al final todos lo pasábamos muy bien, tanto que se me olvidó que estábamos allí porque no podíamos estar en casa; puede que mi familia lo estuviera pasando peor que yo pero aquel mes me tocaba a mí ser la «víctima».

Uno de los veranos se ahogó un chaval que veraneaba en el pueblo, lo sacó del agua uno de los Buelta Carrillo que se lanzó de cabeza al agua en su rescate nada más verlo y sobre el muelle le practicó todas las maniobras posibles para intentar recuperarlo, aunque finalmente el chico murió. Fue una enorme conmoción para el colegio y el pueblo, durante unos días nadie quería meterse en el agua.

En 1970 apareció en la bahía un delfín al que inmediatamente bautizamos como Flipper, en los años sesenta hubo una serie de televisión con un delfín con el mismo nombre como protagonista. Fue el acontecimiento del verano, todos los días aparecía a la hora del baño con marea alta y permitía nadar a su alrededor, incluso yo, que no me sentía totalmente a gusto en el agua, me acercaba, no demasiado, para verlo; Chue se erigió en su defensor y no permitía que se le molestase, un día llegó una manada de delfines y Flipper se marchó con ellos. He buscado sin suerte la noticia en hemerotecas.

El Castillo era propicio a los amores de verano que duraban menos que un caramelo a la puerta de un colegio; mi primer amor fue el más efímero y se lo llevó Mariví, un año menor que yo; un día de paseo por La Coruña me atreví a cogerla de la mano, guardo una foto que nos «quitaron» con una Polaroid, se dejó pero no debió gustarle porque a los dos días me dejó, totalmente colada por Iñako.

El verano siguiente fue Alicia López Conchado, un año o dos mayor que yo; ante unas tazas de ribeiro y cacahuetes en la tasca del muelle (hoy se llama Trisquel) afirmó en público que yo le gustaba y le contesté, sin pensar las consecuencias, que ella a mí también; en el fondo me seguía gustando Mariví y anhelaba que resurgiera la oportunidad de volver; una tarde invitó a la pandilla a un guateque en su casa de La Coruña, al llegar nos presentó a sus padres, fue solo un detalle de buena educación que yo no supe interpretar; pensé que me querían cazar y me asusté tanto que me faltó tiempo para salir corriendo de allí sin tan siquiera despedirme,

con sigilo abrí la puerta de la calle y me largué; volví al Castillo andando bajo una pertinaz lluvia los diez kilómetros que nos separaban, sin volver la vista atrás; al día siguiente la chica vino al pueblo para preguntarme qué había pasado y no supe qué decir, allí mismo recuperé la soltería.

El amor más formalito me llegó el último verano, la chica se llamaba Olga María Suárez Lavadores aunque la llamaban Cuqui; era una chica bien de La Coruña, guapa, bajita y pija a rabiar, también mayor que yo, quizá demasiado; en septiembre viajó a Madrid y me llamó por teléfono para vernos, quedamos para dar una vuelta por el centro pero yo no tenía un duro ni para invitarla a pipas, me avergonzaba de mi ropa y sentí que no aportaba nada a la relación; además, esa misma tarde me confesó que me veía infantil y aquella fue la excusa perfecta que encontré para cortar por lo sano antes de que se volviera a La Coruña. Le sentó mal y por carta me aclaró que no la había interpretado bien, que me veía infantil en ciertas cosas, pero no en todas, en fin, nuevo fracaso amoroso; todavía conservo sus cartas, con aquella letra tan perfecta que me acomplejaba (la mía era horrible), se expresaba con una madurez de la que yo carecía, estaba claro que aquella relación no tenía futuro y terminó antes de empezar.

El hecho de que me acuerde de ellas con nombre y apellidos es una señal de que algo tuvo que gustarme de cada una, o puede que simplemente sean recuerdos más o menos gratos de aquellos amores de agosto que terminaban en septiembre.

Mi verdadero primer y único amor apareció el 5 de julio de 1972, yo llevaba tiempo echándole el ojo porque nos conocíamos desde diez años atrás, éramos vecinos de portal y de la misma pandilla; se llamaba Lola y aquel día lo consideramos como el comienzo de nuestra relación, han pasado casi 51 años y todavía seguimos caminando juntos y de la mano por la vida; puede decirse que este hecho, unido a mi posterior entrada a filas, marcó un punto y aparte, convirtiéndose en el definitivo adiós a mis patrióticas infancia y adolescencia.

Un verano, Loreto González Dopesso, otra de las chicas gallegas de la pandilla, nos invitó a comer en casa de sus padres, al final de la cuesta del hotel Portocobo, para conocer a Manolo Santana porque su hermana mayor estaba casada con el famoso tenista; creo que la madre se arrepintió y decidió que nunca más nos invitaría a comer porque arrasamos existencias; conocer a Santana estuvo bien, pero lo que de verdad nos llegó al alma fue el banquete que su suegra nos preparó.

En dos ocasiones, con quince y dieciséis años, al acabar la estancia en el castillo, un grupo de amigos volvimos por nuestra cuenta y medios a Santa Cruz, en parte atraídos por las chicas y en parte necesitados de vivir aventuras; como ya no podíamos alojarnos en el castillo, llevamos tiendas de campaña y los padres de otra de las chicas de la pandilla (María Meilán) nos dejaron acampar en una huerta de su propiedad que tenían enfrente de su casa de verano, arriba en la colina. En la huerta había árboles frutales de los que nos dejaban coger algunas piezas con moderación y un pozo artesanal de agua potable que nos daba de beber y permitía realizar nuestro aseo personal.

Una noche llovió tanto que las tiendas, de tela y palos de madera, quedaron inservibles; los dueños de O Pote (actualmente, Caprice), un bar restaurante pegado al muelle, eran los padres de Mariví, Belén y Tomás López Retorta, nos ofrecieron una habitación vacía en el piso superior del local; esa misma noche nos instalamos y, para compensar el gesto, empezamos a ayudarlos como camareros a ratos, ya que en verano había mucho trabajo y no tenían empleados; incluso nos estuvieron alimentando, craso error por su parte, mientras estuvimos allí. Ahora que lo pienso, esos padres resultaban demasiado modernos y abiertos para la época, aunque ayudaba el que ninguno de nosotros tirase los tejos a sus hijas, ni siquiera yo a Mariví porque ya había superado el desengaño, al menos por ese lado no tuvieron que preocuparse.

Para viajar tuve que mentir en casa, le dije a mi madre que iba en tren con unos amigos y que dormiríamos en casa de la madre de uno de ellos, que no se preocupase; tal vez no la engañé, pero se hizo la sueca y me dio permiso; la verdad es que las dos veces hice el trayecto de ida y vuelta en autostop, todavía guardo mi carné de autoestopista registrado, la primera con mi amigo Benito Gómez Lorenzo y después en solitario, cambiando a menudo de coches, de pueblo en pueblo, durmiendo en tubos de las obras de la carretera, en estaciones de tren o donde se pudiera; el segundo verano tardé cuatro días en llegar, pero Santa Cruz me atraía con la fuerza de un imán y no me importaba pasar penalidades con tal de llegar.

Agosto era el mes de las fiestas en los pueblos cercanos, no nos perdíamos ni una aunque teníamos que ir y

volver andando por carreteras de poco tráfico; las mejores eran las de Oleiros, distante unos cuatro kilómetros por una carretera local poco transitada, por el camino comíamos manzanas de los huertos cuando nos dejaban; el ayuntamiento organizaba comidas populares, daban pan, sardinas asadas, churrasco a la brasa y ribeiro por cuatro perras, con un duro tenías derecho a todo simplemente mostrando el plato y el vaso que acreditaban el pago; a las fiestas íbamos a comer y a ligar con las chicas del pueblo, provocando el cabreo de los naturales que nos la tenían jurada, al ir de trapillo éramos fáciles de identificar así que nos movíamos en grupos por precaución; al terminar de noche teníamos que volver al castillo a oscuras, a los del Bajo nos daban permiso para volver más tarde de las doce, y era cuando aprovechaban para intentar ajustar cuentas tendiéndonos emboscadas que esquivábamos con facilidad. Dicen que de noche todos los gatos son pardos.

El segundo año el Director nos autorizó ir a las fiestas de paisano, con lo cual se evitaron muchos problemas porque los aborígenes se despistaban, no sabían si éramos los fantasmas del castillo, veraneantes o vecinos de otros pueblos, si acaso algo nos delataba era la chulería intrínseca de los pínfanos.

En ocasiones llegábamos pasada la hora límite autorizada y, si la marea estaba alta, no había barca para pasar, entonces nos quedábamos en calzoncillos y, con la ropa y zapatos sujetos en alto con una mano, procurando llevarla siempre fuera del agua, cruzábamos a nado hasta el castillo por el lado de la playa que era más corto y seguro; por supuesto la ropa siempre llegaba mojada, pero el objetivo no era que llegase seca sino que

no se perdiera ni que su peso nos hundiera por llevarla puesta.

Normalmente los inspectores nos veían llegar desde la torre del castillo, una vez acostados los demás ellos se apostaban allí a charlar, fumar y disfrutar de las vistas nocturnas del mar y del pueblo; cuando subíamos las escaleras de acceso al recinto nos estaban esperando para echarnos la bronca, aunque si agachábamos la cabeza sin desplantes no pasaba a mayores porque entendían la situación, pero aun así nos vigilaban para socorrernos si alguno tenía problemas durante la travesía y que no faltase nadie en el recuento matinal.

Del último verano, cuando estuvimos por nuestra cuenta, tengo un buen recuerdo de las queimadas que preparábamos en la playa de Naval o en la cala Atalaya, ambas nos ofrecían protección visual y, al estar bastante aisladas, no molestábamos a nadie del vecindario; encendíamos una hoguera con lo que hubiera y preparábamos el brebaje, las chicas lo traían todo preparado de casa, nosotros no teníamos que poner nada; una vez recitado el conjuro nos bebíamos el contenido del caldero sin dejar una gota y nos quedábamos hasta las tantas tirados en la arena, cantando, disfrutando de la bebida, del tabaco y de la compañía, a veces también vinieron algunos chicos locales con los que entablamos amistad.

Aquellas noches más de uno, y de una, era incapaz de volver andando a sus casas, porque la queimada pega de lo lindo.

Manolo el barquero

«Una mención aparte merece Manolo: dueño y señor del Castillo, guarda durante todo el año, maestro de ceremonias y cuentos, y siempre dispuesto para ayudar "os seus rapaces". Esto le suponía, de vez en cuando alguna filípica por parte de su mujer, Josefa, pues le decía que atendía "mais os rapaces que a ela".

Cuando se llegaba tarde por la noche, más de una vez nos jugábamos a los chinos quién tenía que ir nadando, desnudo, desde la rampa del muelle de Santa Cruz a la del Castillo, traer la barca y pasar a los de-

más. Manolo se lo tomaba con filosofía y lo único que nos decía era que tuviéramos cuidado, porque si se "afogaba" un rapaz, él morría de pena».

Esta vez no voy a tratar de hilvanar el relato con alguna anécdota colegial concreta, sino recordar una figura del pasado que tuvo importante protagonismo para muchos de los pínfanos que compartíamos con él un mes en cada verano de nuestra adolescencia en la provincia de La Coruña.

El personaje era lo más parecido a un viejo lobo de mar que yo pudiera imaginar, como si fuera el mismísimo Corsario Negro en persona, y es que leer tantos libros de aventuras de Emilio Salgari puede ser que confundiera mi percepción de la realidad; aunque solo fuera el guardés del castillo de Santa Cruz, para nosotros era almirante de la Armada; empleado por el Patronato, residía durante todo el año en aquel islote junto a su mujer, Maruxa, y Jaime, hijo único de la pareja que era una buena pieza aplicando el sentido peyorativo del término, en una casa acondicionada para ellos; mantenían la isla y todo lo que ella contuviera en perfecto estado de revista para que cuando llegásemos tropeles de niños huérfanos sedientos de vacaciones, las chicas en julio y los chicos en agosto, pudiésemos disfrutar del paradisíaco entorno.

Durante las colonias, una de sus funciones consistía en ir al pueblo para recoger el pan nuestro de cada día que el Ejército suministraba a diario al colegio en grandes sacos de arpillera que pesaban un quintal (puede que exagere un poco pero, por considerarlos intrascendentes, la memoria no retiene ciertos detalles); estos

sacos contenían la ración diaria de pan —la misma que contemplaba el reglamento militar para la tropa de reemplazo— para atender las necesidades vitales de un mínimo de cien personas entre alumnos, profesores, el páter, personal auxiliar y posibles visitas; unos bollos estupendos que llamábamos chuscos (pan de flama con sus curruscos acabados en punta) por ser la palabra utilizada en el entorno militar que nosotros respetábamos; se acopiaban en cantidades industriales para repartirlos en cinco comidas: desayuno, bocadillo de media mañana, comida, merienda y cena.

Había que ir a recogerlos muy temprano al pueblo y luego transportarlos como se pudiera hasta las cocinas del Castillo.

Entendiendo las dificultades del aprovisionamiento, la Dirección autorizó que se formase un equipo de tres o cuatro chicos cuya misión era acompañar y ayudar a Manolo en esa tarea concreta; Benito, uno de mis mejores amigos, era miembro de la partida, por lo que gracias a él pude unirme al selecto grupo de porteadores.

A las seis en punto de la mañana, incluso antes en ocasiones, Manolo entraba sigilosamente en el dormitorio comunitario y nos despertaba en silencio a los elegidos para la gloria. No admitía quejas, excusas ni retrasos, te zarandeaba por los hombros y si no te levantabas al instante, allí te quedabas porque él no podía entretenerse y llegar tarde a la cita con los de Intendencia así cayeran chuzos de punta, que a veces caían como es normal en Galicia incluso en agosto.

Para los aprovisionamientos de periodicidad no diaria, el camión del Ejército aprovechaba la bajamar para

acercarse hasta las escaleras de entrada al Castillo y ayudábamos en la descarga llevándolo todo hasta las cocinas; sacos de patatas, legumbres, cajas de verduras, carne, pescado, fruta, leche, etc., imaginemos lo que se necesita para dar de comer a un batallón de hambrientos chicos en plena efervescencia juvenil.

La verdad es que, a pesar de que siempre hay quien se queja por todo, rompiendo el tópico literario muy de Oliver Twist que asocia orfandad con miseria, en el internado no pasábamos hambre, nos daban comida suficiente, variada, equilibrada y bien cocinada que nos mantenía delgados y en perfecto estado de salud. Todo es acostumbrarse.

Más de una vez los camiones se vieron en problemas para regresar al pueblo antes de convertirse en submarinos si no calculaban bien los tiempos, porque las mareas son como era Manolo, no admiten retrasos y cada seis horas alternas nos dejaban aislados en mitad de la bahía. Las mareas atlánticas que resiste el Castillo son tremendas, en un periquete se pasaba de poder cruzar andando a tener varios metros de agua de profundidad bajo los pies.

Nada más sacudirnos por el hombro nos levantábamos, vestíamos y bajábamos a toda prisa al muelle donde ya nos esperaba Manolo sentado al timón de la barca con un pitillo a medio consumir en la comisura de la boca; remábamos también en silencio hasta el muelle del pueblo y, tras asegurar con el cabo la barca colegial al noray, esta tarea la supervisaba Manolo porque no terminaba de fiarse de los nudos marineros que hacíamos, acudíamos al encuentro del camión militar en el

aparcamiento del restaurante Maxi, junto a la carretera que venía de Sada que era por dónde con puntualidad y precisión militar llegaba cada mañana el camión.

Abríamos el portón trasero y en equipo sacábamos aquellos grandes sacos de arpillera atados con cuerdas y con los símbolos del Ejército impresos en el exterior; venían repletos de pan recién hecho apenas unas horas antes y el delicioso aroma a tahona que desprendían nos recordaba que todavía no habíamos desayunado; ayudándonos con una carretilla y a hombros entre cada dos, llevábamos los sacos hasta la barca y emprendíamos la singladura de regreso por mar al Castillo.

Para mí aquellas mañanas eran una aventura que vivía con intensidad porque me gustaba sentirme responsable, colaborando en tan necesaria tarea y ayudar a Manolo en lo que pudiera porque él se desvivía por sus huérfanos; podíamos contar con él para cualquier cosa que le pidiéramos siempre que no atentase contra las normas establecidas, más relajadas que durante el invierno en los orfanatos de procedencia pero normas al fin y al cabo, y no solo era así con los de la cuadrilla panadera sino con cualquier alumno que lo necesitase.

Una vez en la cocina hacía la vista gorda mientras nos untábamos leche condensada en abundancia —aquellas enormes latas eran uno de los tesoros mejor guardados del Castillo por las cocineras— en un chusco de pan que sacábamos de alguno de los sacos; a veces calentaba un poco de leche y achicoria para que pudiésemos recuperar las fuerzas gastadas, incluso sabiendo que en cuanto fuera la hora desayunaríamos otra vez; no nos dejaba tocar nada más de la cocina, de haberlo permitido po-

dríamos arramplar con cualquier cosa comestible que hubiera a mano, pero le hacíamos caso porque él era el único responsable ante la Dirección si ocurría algo y no era cuestión de ponerlo en aprietos.

Hablando de levantarse, esto lo viví los veranos en los que no fui de la partida, a las siete y media en punto Manolo entraba de nuevo en el dormitorio principal, pero no en silencio sino alborotando todo a su paso; llevaba un palo largo de madera con el que iba aporreando los barrotes metálicos de las literas armando un jaleo que ni la campana del Castillo anunciando actividades y horarios, mientras profería a pleno pulmón su grito de guerra preferido ¡Arriba, hijos del cuerpo!

La frase era mítica, todos esperábamos expectantes y divertidos, entre dormidos y despiertos, la entrada tumultuosa y matinal de Manolo el barquero, dando voces y sin parar de golpear las literas con el palo, algunos valientes se atrevían a tirarle almohadas o zapatos a su paso y se montaba un guirigay fenomenal con el que el bueno de Manolo disfrutaba como un niño, vociferando con su fuerte acento gallego, tan cerrado como ininteligible, seguramente proferiría maldiciones bíblicas y malsonantes dichos marineros aprendidos en su pasado a bordo de algún barco ballenero.

Pensándolo ahora, puede que cuando decía ¡Arriba, hijos del cuerpo! se estuviera refiriendo a que todos éramos hijos de oficiales de las distintos Armas y Cuerpos militares, más que a los cuerpos meramente físicos y a los razonamientos espirituales de nuestros progenitores a la hora de concebirnos; estoy convencido de que utilizaba esa sutil metáfora dándole un doble sentido para

evitar posibles recriminaciones si desde la Dirección le pedían cuentas, que no creo que lo hicieran porque lo conocían bien y sabían que jamás faltaría el respeto a nadie y mucho menos a sus queridos huérfanos.

Él solito conseguía que todos nos levantásemos sin remolonear porque si te pillaba acostado se acercaba y te quitaba la manta cuartelera de un tirón, no había forma humana de resistir acostados su método, ni convenía arriesgarse a recibir un palo perdido por un pequeño error de cálculo en el golpe; a las ocho en punto, entraban los inspectores a revisar el dormitorio para comprobar que las camas estuvieran bien hechas, las cosas recogidas en las taquillas, todos los chicos lavados, peinados y vestidos con la uniformidad debida, y daban la orden de bajar en silencio y en fila de a uno al comedor para desayunar, uno de los mejores momentos del día.

Aparte de defender el castillo, el resto del día Manolo se encargaba de varias más cosas, siempre estaba trajinando, arreglando esto o aquello, lo que fuera menester, cuidando del jardín, llevando y trayendo gente entre los muelles con la barca, sin descanso, una y otra vez; trabajos que cumplía a la perfección como los buenos, nunca lo escuché protestar por nada, ni enfadado seriamente con nadie y seguro que tendría motivos de sobra porque las trastadas que no se le ocurriesen a unos se le ocurrirían a otros.

Para nosotros Manolo tenía la misma autoridad, dignidad y tratamiento que podían tener los profesores e inspectores encargados de que nuestra estancia fuera provechosa y sin incidentes, pero lo veíamos más cer-

cano porque gracias a su posición podía permitirse ciertas familiaridades y darnos un trato sencillo y directo que otros no podían por razón inversa; en su lenguaje llano, medio en gallego medio en castellano, y con aquella voz grave tan particular, imponía respeto con su mera presencia, sin necesidad de levantarla.

La foto que acompaña este relato es la única suya que he conseguido gracias a un pínfano compañero de clase que me la ha enviado; es el del centro, el de la frente amplia, asistiendo algo perplejo al saludo protocolario entre los otros dos fotografiados que podría coincidir con el preciso momento en que el Ejército procedió a entregar las llaves del castillo a la Xunta, pero se le ve perfectamente y su imagen es exacta a la que tengo grabada con todo cariño en la memoria.

Me pregunto si tras la cesión a la Xunta se le permitió seguir cuidando y viviendo en el castillo durante un tiempo, hasta que el Concello tomara plena posesión del islote, pero tarde o temprano lo abandonaría y seguro que alguna lágrima furtiva se le escaparía a la hora de partir.

Desconozco si seguirá gobernando con brazo firme el timón imaginario de su barca o si ya habrá llegado a la otra orilla, llevada su alma por Caronte ante las puertas del Hades; de seguir con vida rondaría los cien años, pero esté donde esté le dedico agradecido estas pocas líneas desde el fondo de mi corazón; para los pínfanos que lo conocimos permanecerá vivo por siempre en nuestro imaginario juvenil, presente en el recuerdo de los mejores veranos de nuestra juventud.

Mi primer diez mil

En agosto de 1969 alguien tuvo la feliz idea de organizar las Olimpiadas de Verano del Castillo de Santa Cruz, éramos pocos alumnos, menos de cien pínfanos, pero al parecer un número suficiente para organizar una olimpiada colegial.

Se establecieron dos grupos de edad para igualar las fuerzas, uno hasta los 16 años y otro de mayores a partir de esa edad; en julio acababa de cumplir los 15 —la noche de mi cumpleaños el astronauta Neil Armstrong

pisó por primera vez la Luna y pronunció la famosa frase «Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la Humanidad»—, así que me tocaba competir en la categoría de los pequeños, pero éramos tan pocos los que quisimos participar que en la mayoría de las pruebas solo se podía formar un grupo mixto con todas las edades mezcladas.

Las primeras se celebraron sobre la arena de la playa en las horas de marea baja, había que darse prisa porque cada seis horas subía o bajaba; recuerdo los lanzamientos, en martillo no participé porque apenas podía levantar del suelo aquella pesada bola encadenada; si no recuerdo mal, lo ganó Martínez Mateos, un coloso murciano que lo lanzaba más lejos que nadie y ponía la bola en órbita; visto el percal tampoco participé en otros lanzamientos, ni de jabalina ni de peso, no fuera a ser que me clavase una en el pie y lo necesitaba para correr que era lo que me gustaba y mejor se adecuaba a mis condiciones físicas.

Hubo más pruebas, incluso varias de natación, en el mismo sitio pero con marea alta, el muelle de atrás se convertía en una plataforma de saltos de trampolín lanzándonos desde el borde, incluso había una escalera de hierro oxidado para subir tras cada salto y una pequeña grúa para subir cosas de peso; los días iban pasando con pruebas y más pruebas, pero la que yo voy a contar era la de carrera en ruta; un recorrido de 10 kilómetros de ida y vuelta que saliendo del muelle del pueblo llegaba hasta la mismísima puerta del Pazo de Meirás.

Sobre la línea de salida, en el aparcamiento del restaurante Maxi, solo estábamos los diez o doce partici-

pantes, nada más darse la salida los demás corredores salieron pitando cuesta arriba en dirección al cruce, pronto dejé de verlos pero no me desanimé y seguí a lo mío; llegando al Pazo de Meirás me iba cruzando con los que volvían, me animaban al pasar y los fui contando para situarme en la clasificación, no estaban todos, los que faltaban no sabía dónde se habrían metido, o se habían confundido de recorrido y acabaron en Betanzos, o se metieron en alguna huerta a coger fruta, o también puede que se hubiesen retirado. Me daba un poco igual porque yo pensaba llegar a la meta pasase lo que pasase.

Junto al Pazo de Meirás, los jueces de carrera registraron mi paso y tomé el camino de regreso hacia el Castillo, toda la carrera la hice en solitario pero a mí no me importaba, incluso era mejor para mí porque podía llevar mi propio ritmo sin preocuparme de nadie más, siempre he sido resistente y de acabar lo que empiezo.

Llegando al cruce de Santa Cruz unas chica mayores, de otra colonia de verano que había en el pueblo, estaban animando al borde de la carretera junto a su residencia y me aplaudieron al pasar, debieron verme pequeño al lado de los que habían pasado hacía un buen rato y querrían animarme, la verdad es que lo consiguieron.

La llegada estaba habilitada sobre la arena de la playa, allí esperaban los corredores que habían terminado, el resto del colegio, los chicos y chicas locales de nuestra pandilla y algunos veraneantes aburridos que asistían como público al evento para pasar la mañana, nuevos aplausos y final de la carrera; había conseguido completar los diez kilómetros y estaba tan cansado co-

mo contento. Por supuesto no recuerdo la marca que logré, pero mi satisfacción era enorme; con los años me he convertido en maratoniano y participado en muchas carreras de todas las distancias en varios países, incluso una de cien kilómetros, en esa también las pasé canutas pero la terminé, y tengo guardadas las medallas recibidas como premio a mi esfuerzo.

Al terminar las olimpiadas se organizó una merienda en el castillo para la entrega de premios, se invitó a mucha gente del pueblo con quienes teníamos buen trato; se montaron mesas al aire libre junto al torreón dónde estaban la enfermería y la consulta del médico, el mismo en el que le gustaba sentarse a escribir a doña Emilia Pardo Bazán, y convocados por la campana del castillo fueron llegando los invitados. Para nosotros aquello significaba una fiesta por todo lo alto, la fiesta del verano; incluso, al acabar la merienda, nos autorizaron a montar un guateque con bebidas y tocadiscos en el comedor.

Pero antes tuvo lugar la entrega de medallas a los ganadores de cada prueba, por turno los iban llamando y se las entregaban, hubo muchos aplausos porque se lo habían ganado y todos estábamos contentos por haber sido capaces de organizar y participar en las olimpiadas; cuando pensaba que ya se había terminado el acto de entrega, Iñako (compañero de clase, tristemente fallecido) anunció que iba a entregarse un premio especial al mérito deportivo, lo que viene siendo un premio de consolación; resultó que el premiado era yo, mi mérito consistía en que, sin opciones de triunfo en ninguna prueba, había participado en el grupo de mayores siendo de los pequeños, a pesar de lo cual había demostrado

un fuerte espíritu de superación que debía ser reconocido.

Sorprendido, me levanté entre los aplausos de los asistentes para que mi compañero de clase y buen amigo, el vallisoletano Iñako Negueruela Martínez, me diese la enhorabuena mientras me colgaba del cuello la medalla que no había podido conseguir en ninguna prueba; era la sorpresa que me quiso dar aquel día y sin duda lo consiguió porque lo mantuvieron en el más riguroso secreto; nos conocíamos desde que ingresamos en las Mercedes con ocho años recién cumplidos y estudiamos juntos hasta Preu, fueron nueve largos años compartiendo penas y alegrías por los distintos internados y sabemos lo que une.

Quizá no debería decir que Iñako me birló la primera novieta que me eché en el Castillo, se llamaba Mariví, una guapa chica que era la hija mayor de los dueños del restaurante O Pote; aquel verano yo acababa de empezar a salir con ella, pero un buen día (creo que fue el segundo de nuestra fugaz relación romántica), de buenas a primeras, me dejó plantado por él, fue verlo salir del agua en bañador con el cuerpo de atleta que se gastaba el bueno de Iñako y, en cuanto le pidió una toalla para secarse, ella cayó rendida a sus pies, no había color.

Él no tenía ninguna culpa por despertar pasiones en el elenco femenino de la pandilla, era un Adonis a su pesar, de hecho no llegaron a salir juntos pero, por comparación, elevó el nivel de exigencia de Mariví y como ya no daba el perfil, me quedé compuesto y sin novia. Nada grave, eran los típicos amores de verano, pero me dolió bastante (durante cinco minutos).

No hace falta decir que sigo conservando la medalla como oro en paño, la foto que encabeza el relato lo demuestra, aunque no haya conseguido limpiarla mejor para que se lea mejor la leyenda, dice «Castillo de Santa Cruz 1969 MAYORES»; de adulto he conseguido varias medallas por mi afición a la carrera a pie, pero, por encima de todas las demás, incluyendo las muy trabajadas y sufridas de mis doce maratones, la de este relato es la joya de la corona que luce, orgullosa y sin complejos, rodeada de las demás; como el primer amor, ella también fue la primera y eso nunca se olvida.

FILOSOFÍA Y LETRAS

Octubre 1971 - Enero 1972

Estoy repasando por enésima vez el libro intentando localizar y corregir los fallos cometidos (siempre encuentro alguno, pero se esconden bien los muy erráticos) y descubro con sorpresa uno que tuvo bastante importancia en la construcción definitiva de mi patria, resulta que no he contado nada de mi fulgurante y poco provechoso paso por la universidad, un trimestre para olvidar matriculado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid.

¡Menudo olvido!

Para enmendar el lapsus no tengo más remedio que contar sin profundizar las circunstancias que me hicieron cambiar el rumbo dos veces seguidas, hasta acabar preparando la oposición de ingreso en las academias militares.

Acabado el curso Preuniversitario en mayo de 1971 y superada la prueba de madurez en la convocatoria de septiembre del mismo año, obligatoria para acceder a estudios superiores, el Patronato me concedió plaza en el colegio de Santa Bárbara en Carabanchel Alto por haberlo solicitado yo mismo previamente durante el curso, en este colegio prepararía la oposición a la AGM para seguir la tradición militar familiar.

Pero las compañías que frecuenté ese verano me hicieron cambiar de opinión, de repente ya no quería ser militar, me invadió una especie de rebeldía juvenil y no se me ocurrió mayor tontería que matricularme en Filosofía y Letras, dispuesto a estudiar Psicología; por entonces, la carrera no tenía facultad propia y el camino para acceder a ella ofrecía dos opciones, estudiar Medicina o Filosofía y Letras, dos cursos comunes y en tercero elegir la especialidad de Psicología.

A mi madre la idea le pareció una locura y aunque sea tarde tengo que darle la razón como en tantas ocasiones, si hubiera tenido posibles seguro que me hubiera desheredado por el enorme disgusto que se llevó, pero con diecisiete años, tras pasar los últimos nueve interno y sujeto a la mentalidad castrense, lo único que me apetecía era divertirme y ser libre.

En los dos centros las clases empezaban a finales de septiembre, al no presentarme en el colegio la consecuencia inmediata fue que el Director del Alto me dio de baja como alumno y me quedé sin plaza, me daba igual porque era lo esperado; sobre la marcha y a toda prisa pude matricularme en la universidad.

Cuando a finales de octubre me presenté a la primera clase, el curso llevaba en marcha dos o tres semanas; me quedé a cuadros al entrar en el aula, sin exagerar creo que seríamos unos cien alumnos, de los cuales el 90%, de nuevo sin exagerar, eran chicas, el corazón me dio un vuelco, qué diferente era todo a las clases de los internados, aquello prometía.

Me senté en la segunda fila porque la primera estaba ya ocupada, rodeado de alumnas con pinta de interesarles mucho los estudios; la asignatura era Lengua Árabe (daban a elegir entre árabe y griego, elegí árabe porque no se estudiaba en bachillerato y se empezaba de cero) y de nuevo el corazón se puso a dar saltos, el profesor dispuso sobre su mesa unas hojas escritas en árabe que íbamos recogiendo al entrar al aula, yo llevaba unos apuntes que un amigo me había pasado unos días antes con el alfabeto árabe completo y el sonido figurado de cada letra, ríete tú de los jeroglíficos egipcios.

Por turno, empezando por la primera fila, pidió que fuésemos leyendo el texto que venía escrito en las hojas; a mí me empezó a entrar la risa de los nervios pero se me cortó cuando llegó el mío, me quedé mirando aquella hoja como si estuviera escrita en árabe y no fui capaz de emitir sonido alguno, de haberlo conseguido hubiera sido un milagro; el profesor me animaba a intentarlo

hasta que confesé que era mi primera clase, pasó el turno a la siguiente pero sin recriminaciones ni nada parecido, era como si no le importase lo que hiciera o dejase de hacer; estando acostumbrado a otra forma de enseñar y recriminar las faltas, no daba crédito y me las prometía tan felices, libertad a tope y la clase llena de chicas. Miel sobre hojuelas.

La segunda clase fue Latín, la gente llevaba un ejemplar del libro de literatura clásica «La guerra de las Galias» de Julio César; como yo aún no lo había conseguido, la compañera de al lado me dejó mirar el suyo; no me había movido del sitio y el profesor me señaló para leer algunos párrafos, juro que lo intenté porque aprobé sin problemas Latín en tercero y cuarto de bachiller, pero era imposible y más allá del «rosa, rosae, rosa» o «gallum cantam quiquiriquí» poco más podía recordar; tras empezar a leer enseguida se dio cuenta de mi bajo nivel y como excusa le dije que había estudiado el superior de Ciencias y que requería un tiempo de adaptación, el resultado fue el mismo que en árabe, le importaba un pimiento lo que dijera y tras escucharme siguió adelante con la clase.

Esa tarde —siguiendo el sabio consejo de mis amigos para no tener que madrugar, me había matriculado en horario de tarde— no tuve más clases (el horario era de tres a seis), pero fueron suficientes para sentirme abrumado, «venga, Santi, no te agobies» me decían los amigos al salir para tranquilizarme, menudo chasco y solo era el primer día.

Al día siguiente la primera clase fue de Historia del Arte y en un aula diferente, entró la profesora —otra no-

vedad, resulta que había profesoras—, y casi sin saludar encendió un proyector situado en el pasillo central, apagó las luces dejando la clase medio a oscuras y se tiró una hora proyectando fotografías relacionadas con arte y disertando sobre lo proyectado, ¿cómo leches iba a tomar apuntes si apenas veía el pupitre? Si no me dormí en clase faltó poco; para que no me preguntase me senté en fila de los mancos dónde alguna pareja cariñosa aprovechaba la escasez de luz, pero a mitad de la sesión de cinefórum tuve que adelantar varias filas porque no veía bien la pantalla; yo entonces no lo sabía, pero tengo astigmatismo miópico (me lo descubrieron en el Ejército en la primera revisión médica), así que la opción de sentarme lejos no era una buena idea si quería poder ver algo. Luchando contra el sopor, resistí sin echarme la siesta, pero hubo alguna otra en que me quedaba dormido sin poder evitarlo; conste que no era el único porque a primera de la tarde, haciendo la digestión y con el calorcito del aula, resultaba difícil mantenerse despierto y atentos a las explicaciones.

No consigo recordar más asignaturas, creo que eran solo cuatro o cinco, una de ellas puede que fuera Lengua española, al menos podría leer un texto si me lo pedían; vamos que, comparada con el bachillerato de Ciencias, la carrera parecía asequible en cuanto al esfuerzo a realizar; mi principal enemigo parecía ser el latín, pero podría trabajarlo fuera de clase con ayuda de amigos, no era un escollo insalvable; realmente fue otro, bastante inesperado para mí, el enemigo que terminó de arruinar mi prometedor futuro como psicólogo.

El tercer día que acudí a la facultad, llamada Filosofía A y situada justo enfrente de Derecho, en el jardín, cam-

pus o como se llame el espacio de terreno que las separaba, había montada una concentración de estudiantes de Derecho protestando y coreando consignas que ni entendía ni me importaban, me quedé para ver lo que pasaba porque había llegado con tiempo de sobra y hacía buen tiempo; estaba allí mirando la protesta como un panoli, cuando de repente se empezó a escuchar un rumor sordo que iba creciendo en intensidad, la gente empezó a correr despavorida huyendo en todas direcciones mientras eran perseguidos porra en mano por los temidos grises; una parte de la estampida invadió en tropel mi facultad, en la que ya me había refugiado en cuanto vi cómo se disolvía aquella manifestación a garrotazo limpio, la policía no se cortaba un pelo y nos perseguía por los pasillos; junto a otros tuve que refugiarme a toda prisa en un aula con el pulso acelerado porque no hacían distingos entre alumnos de una u otra facultad, allí todos éramos lo mismo, estudiantes revoltosos a los que había que disuadir de no sé qué.

Esa tarde se suspendieron las clases, la policía, incluso montada a caballo, tomó posesión del campus y mantuvieron el estado de alerta durante varios días más; los estudiantes se pusieron en huelga y las clases fueron suspendidas, alguna tarde intenté entrar en mi facultad pero los propios estudiantes me lo impidieron de malos modos; aquel curso de 1971-72 la conflictividad fue norma imperante en la Universidad y yo me sentía fuera de lugar, no conseguía identificarme con las protestas porque eran de tipo político y no sabía lo que querían; esto dice un documento[xii] que acabo de leer «El Movimiento Estudiantil Universitario, durante las décadas de 1960 y 1970, fue un instrumento importante de

creación de espacios de libertad en la España de la dictadura franquista»; en aquél momento yo no era consciente de vivir bajo una dictadura, habíamos crecido en una burbuja y al final me fui distanciando de todo aquello; tras reflexionar sobre la situación se lo confesé a mi madre «Mamá, reconozco que me he equivocado y quiero ser militar», si no me arreó un sopapo ese día... porque me lo había ganado a pulso.

Sin perder un segundo contactó con el Patronato, donde le recordaron que al no presentarme en el Alto había perdido la plaza, pero le dieron la posibilidad de entrar en el CHA en un intercambio de alumnos entre Patronatos; mi madre ya no me dio opción de elegir y acepté intentarlo aunque, la verdad sea dicha, a mí la Marina no me atraía demasiado, yo quería ser de Caballería como era tradición en nuestra familia; además podría presentarme a las oposiciones de Tierra y Armada si quería, incluso a la Academia del Aire en San Javier.

Tras las navidades, en enero de 1972 corté abruptamente con la carrera de Psicología, con la Universidad y con todos mis amigos de entonces y me preparé mentalmente para volver a la disciplina, el orden y las asignaturas de ciencias que tanto echaba de menos.

CHA

Febrero 1972 – Mayo 1973

Rosa de los vientos

A primeros de febrero de 1972 me personé en la puerta del colegio Nuestra Señora del Carmen, dependiente del Patronato de Huérfanos de la Armada; lo que veía me recordaba a los anteriores colegios de modo que saqué una impresión positiva del entorno, entré al colegio y pedí ver al señor Director, creo que se llamaba Guitián, un apellido de postín en la Armada, marino reti-

rado del que desconozco su grado aunque por edad podría ser capitán de navío o de fragata, que vestía elegantemente de paisano con traje y corbata.

«En una piedra de granito colocada en la esquina inferior derecha del arco de acceso al colegio, se puede leer esta inscripción: S.M. el Rey Don Alfonso XIII el XIII del II del MCMXIII honró a la Marina colocando esta primera piedra del edificio».

Me recibió con amabilidad sin olvidar advertirme que tendría que cumplir las normas del colegio a rajatabla, no creo que albergase ninguna duda al respecto porque tenía mi expediente sobre la mesa; enseguida me acompañó a la que iba a ser mi clase de preparación para el ingreso en la Escuela Naval Militar; había tres, con nombres de ilustres marinos: la mía se llamaba Gravina y acogía a los novatos de cada año; las otras dos se llamaban Alcalá Galiano y Churruca para repetidores y veteranos; desde el primer momento empecé a familiarizarme con el mundo de los marinos para quien yo podría ser un intruso, cuanto antes lo asumiera mejor.

Las puertas de las aulas tenían un portillo de cristal, una especie de ojo de buey rectangular de tierra adentro, desde el que podía observarse lo que ocurriese en su interior; el Director miró por el portillo y, viendo que no estaban en clase en ese momento, abrió la puerta con la decisión que le permitía su cargo y me presentó al resto de los alumnos que llevaban allí desde que empezó el curso en septiembre.

He leído esto en el apartado histórico de la web del colegio, sin duda había ido a parar al mejor sitio posible:

«Sería muy prolijo enumerar la historia de cuarenta años, hasta los tiempos actuales. Basta citar, a grandes rasgos, que la Escuela Naval parece un curso más del CHA en numerosas promociones, y que el número de alumnos creció muy notoriamente en los ochenta y noventa hasta alcanzar números totales entre 1150 y 1300».

Antes de marcharse me ordenó que en el próximo recreo me pasase por Secretaría para formalizar algunos temas pendientes como la asignación de la ruta de autobús (entraba como mediopensionista y todas las noches podría dormir en mi propia casa) y pasarme por el Detall (creo que llamaban así al almacén) para recoger el uniforme (muy sencillo, pantalón gris, camisa blanca, jersey azul oscuro con botones a la altura del hombro, zapatos, la ropa de deporte, entregarme la cartulina para las comidas y poco más.

El autobús que hacía la ruta era de la Armada, me recogía en Conde Casal sobre las ocho de la mañana y me dejaba en la puerta del colegio, al acabar las clases cogía la misma ruta y me dejaba en Conde Casal, una hora cada trayecto pero poder pernoctar en casa era todo un lujo para mí.

Los nuevos compañeros me preguntaron nombre, apellidos, edad, de donde era, dónde había estudiado antes, en fin esas cosas; también me fueron preparando para las novatadas que, como a ellos les pasó, iba a tener que sufrir; poco tardaron en aparecer los chicos de la clase de al lado, Alcalá Galiano, me llevaron a su aula y cerraron la puerta, pintaron con tiza una línea horizontal en la pizarra (una muy larga) y un barquito de vela

en la esquina de la derecha, a continuación me pidieron que soplase para que el barquito navegase viento en popa hasta la esquina opuesta; en principio me negué, les dije que llevaba interno nueve años y que no admitiría novatadas, pero no me hicieron caso y al final tuve que tragarme el orgullo y soplar con fuerza siete hasta marearme como si estuviera realmente navegando; tenían pensado gastarme alguna más, pero entonces apareció por la puerta José Luis Tato Porto, uno de mi clase, un ferrolano que imponía y se hacía respetar y dijo que se acabaron las bromas porque yo era un veterano de mil batallas y que no procedía. No sé por qué lo haría porque no nos conocíamos de antes, pero me vino bien. Hubo alguna tímida protesta, pero a la hora de la verdad nadie se atrevió a desafiarlo, José Luis no admitía discusiones tan fácilmente.

No obstante, en Churruca había un chico canario muy pesado y malaje cuyo nombre no recuerdo, de mote el Guanche, que no quiso renunciar a las novatadas y se sentó a mi lado en el comedor, me pidió que le pasase el salero (previamente manipulado) y al ir a servirse se soltó el tapón derramando toda la sal en su plato de comida, me echó la culpa y para evitar problemas tenía que darle mi plato que todavía no había probado; iba a hacerlo sin más cuando una mirada atravesada de Tato acabó a distancia con la broma y pude seguir comiendo sin más incidencias. Desde ese momento se olvidaron de mí, pero recuerdo que los internos de mi clase me contaron las novatadas que les habían hecho a ellos y algunas eran francamente fuertes, como obligarlos a meter los dedos en un enchufe, hacer la pasarela y cosas parecidas.

El curso fue pasando sin pena ni gloria, en una ocasión que estábamos en estudio me dediqué a intentar encestar bolas de papel usado a modo de tiros a canasta en la papelera lanzándolas desde mi pupitre, desde el indiscreto portillo me estaba observando atentamente el señor Director y no le gustó nada mi técnica de tiro; me hizo recoger las que no había encestado y a continuación me obligó a ir detrás de él por todo el colegio recogiendo todo lo que estuviera por el suelo, no se me olvidará la lección, pero al menos aquí no te pegaban.

Las clases de gimnasia eran intensas porque en la oposición había que superar pruebas físicas exigentes, entre ellas nadar doscientos metros en un tiempo determinado, me suena que en menos de cinco minutos pero puedo estar equivocado; subir la cuerda a pulso, con o sin presa de pies, carreras en pista, salto de longitud, salto de aparatos, plinto, potro y caballo y otras por el estilo.

En la primera clase de natación, el profesor, también marino, me preguntó si sabía nadar y como no le gustó mi respuesta tiró una moneda en mitad de la piscina y me dijo que se la trajese; viendo que no me ahogaba y le devolvía la moneda pero que tampoco nadaba como un pez, me encuadró en el pelotón de los menos dotados, gracias a lo cual recibí clases intensivas tres veces por semana hasta que conseguí superar la marca solicitada; también había que tirarse de un trampolín, situado a siete metros de altura, porque lo pedían en la oposición; podíamos tirarnos de pie o de cabeza pero había que tirarse, subíamos por la escalera en fila de a uno y a cada toque de silbato del profesor nos íbamos lanzando al vacío; uno a la derecha, otro al centro y el tercero a la

izquierda para no caer encima del predcedente, a los que dudaban, que no fue mi caso, el de atrás tenía orden de empujarlo sin miramientos; tras entrar en el agua había que salir buceando hasta la escalerilla más próxima; según el profesor nos entrenaban por si alguna vez teníamos que lanzarnos al mar por la borda de un barco que se hundiera... ¿ah, pero los barcos se pueden hundir? Rainer, hay que avisar de estas cosas.

Los sábados teníamos que ir al polideportivo a preparar las pruebas físicas, se hacían todas como si estuviésemos en el examen de la oposición; ese día no había ruta pero el 14 me dejaba a quince minutos andando del colegio, atravesando un pinar que había por donde ahora transcurre la M-30.

En mayo, tras superar la revisión médica (importante no ser daltónicos) y las pruebas físicas (se realizaban en las instalaciones de Infantería de Marina anexas al colegio), me presenté a la oposición de Marina que se hicieron en el frontón Recoletos[xiii] de la calle de Villanueva, al lado de la Biblioteca Nacional; debimos ser los últimos usuarios del recinto porque el año siguiente fue demolido; seríamos unos mil trescientos aspirantes para menos de sesenta plazas, mis posibilidades de ingresar tendían a cero porque solo llevaba tres o cuatro meses estudiando las asignaturas y no estaba preparado.

Por poco no supero ni las pruebas físicas porque la tarde noche anterior estuve bebiendo vino con unos amigos del barrio y pasé una noche de resaca espantosa, el profesor se dio cuenta de que me pasaba algo raro, me llevó a un aparte y me arengó de tal manera que pude

superarlas, menos mal que no se enteró del motivo, le dije que había pasado toda la noche en vela, vomitando por los nervios.

Tras los exámenes se acabaron las clases de esa convocatoria pero yo seguí estudiando por mi cuenta cómo buenamente podía porque, previa autorización del Patronato del Ejército de Tierra, pude viajar en tren en julio a Zaragoza, uniéndome a la expedición de opositores del Alto, para intentar ingresar en la AGM.

Nos alojábamos en el Hostal Ambos Mundos, en la plaza del Pilar, en régimen de pensión completa porque pasábamos allí tres o cuatro días; el ambiente era de camaradería, por suerte para mí los conocía a todos por haber compartido años de colegio con ellos, y también de mucho nerviosismo por la importancia que tenía ingresar.

A la Academia acudíamos vestidos de uniforme colegial para que los protos que nos fueran a examinar pudieran identificarnos fácilmente como pínfanos, cualquier ayuda era bienvenida pero lo único que importaba eran los exámenes y en ellos no constaban nombre ni apellidos, se usaban unos códigos secretos para tratar de torpedear ese tipo de ayudas, está claro que a quien tuviera enchufe del bueno estas medidas le daban lo mismo, ya se encargaría quien fuera de solucionarlo de otra manera. La picaresca nacional siempre presente, ¿sabes de lo que hablo, Rilke?

Superé sin problema el examen médico y las pruebas físicas que eran excluyentes pero me parecieron asequibles porque en el CHA nos habían preparado estupendamente en ese aspecto. Recuerdo a un par de pínfanos

que no daban el peso mínimo exigido porque estaban en los mismos huesos, varias horas antes de la revisión médica bebían agua sin parar hasta reventar para coger el par de kilos que les faltaban, lo mal que lo pasaban los pobrecitos porque no podían mear hasta terminar la revisión médica. Al salir del reconocimiento iban corriendo al primer servicio y desde fuera se escuchaban sus suspiros de alivio mientras echaban hasta la última gota.

En el examen de conocimientos específicos fue donde no di el nivel exigido y no conseguí sacar puntuación suficiente, nos presentábamos unos tres mil jóvenes para trescientas cincuenta plazas de cadete y para ingresar había que sacar mejores notas que el resto, no valía solo con aprobar. Como en cualquier oposición, dicho sea de paso.

Mientras esperábamos los exámenes dábamos vueltas por Zaragoza, obligada era la visita diaria a la basílica para pedirle a la Pilarica que nos echase una mano y prometerle que si lográbamos ingresar le llevaríamos los cordones de cadete en agradecimiento, o nos quedábamos en el hostal repasando apuntes intentando refrescar los conocimientos.

El resumen del primer año es que no conseguí ingresar en ninguna de las dos Academias, me dijeron que podía intentarlo en la de Aviación, que por probar no pasaba nada, pero una de las pruebas exigibles era determinar tu resistencia al vértigo; consistía en andar con los brazos en cruz una distancia determinada por una estrecha barra del gimnasio colocada a dos metros del suelo, a mitad de recorrido había que agacharse tocando

la barra con una rodilla, si llegabas al otro lado sin caerte al vacío la prueba estaba superada; lo intenté varias veces por libre en el gimnasio del colegio y fui incapaz de conseguirlo, las alturas no son para mí.

El verano de 1972 lo pasé en casa en Madrid, en julio empecé a salir con Lola aunque ella pasaba un par de meses en Benidorm en el apartamento de sus tíos y no volvía hasta empezar el curso; las únicas distracciones fueron jugar al fútbol con los amigos del barrio, irnos con Pepi a la piscina sindical los domingos para mitigar el calor y poco más, un aburrimiento comparado con los veranos precedentes que siempre hacía algún viaje.

En septiembre volví sin falta al CHA, quedé integrado en la clase de Alcalá Galiano, en la que hice algunos buenos compañeros de estudio, incluso tengo una foto de recuerdo con ellos que voy a publicar porque quizá sea la única que haya conservado; algunos de la foto terminaron ingresando como guardiamarinas en la Escuela Naval Militar y han tenido una larga carrera en la Armada de lo cual me alegro sobremanera; no es necesario hacer constar sus nombres, aunque están escritos al dorso incluyendo sus firmas, baste la foto para acordarme de ellos, especialmente del que fue mi mejor amigo en el CHA, él tampoco consiguió ingresar porque en el médico le descubrieron un soplo en el corazón y quedó excluido a las primeras de cambio; solo diré que se llamaba José Manuel y que era un compañero de fatigas excelente.

Ese año jugábamos al fútbolen el campo reglamentario de hierba natural en el polideportivo de Infantería de Marina, donde preparábamos durante el curso las

pruebas físicas de acceso; José Manuel era del Atleti y era un central expeditivo, no me lo podía creer, por primera vez pisaba un campo de hierba y como no éramos muchos jugué varios partidos combinando alumnos de las tres clases, lo peor fue que el Guanche también jugaba en mi equipo y me traía por la calle de la amargura, pretendía que cuando recibiese el balón se lo pasase a él enseguida porque no se fiaba de mi habilidad, se pasaba la mayor parte del partido protestando y dando voces a todos, un pesado de marca mayor.

Nada más comenzar la clase me preguntó José Luis si conocía a Carola (él llamaba así a Carolina, compañera de Lola en el colegio Pureza de María), al responderle que sí me dijo que el viernes siguiente se vendría conmigo en el autobús porque habían quedado en verse; extrañado por la coincidencia me contó que ese verano

se habían conocido en Ferrol, también conoció a Marije, del mismo curso y colegio que las dos anteriores.

El viernes señalado para la cita apareció con Pepo, alumno de Churruca, para que Marije no se quedase sin pareja; él estaría con Carolina, yo con Lola (habíamos empezado a salir en julio) y Pepo con la tercera en discordia. Aquella casualidad afianzó una amistad que se ha mantenido, con altos y bajos, hasta la actualidad; Tato y Carolina se casaron años después, tuvieron tres hijos y varios nietos, por desgracia recientemente hemos tenido que lamentar el fallecimiento de Carolina tras pasar muchas penalidades por enfermedades, DEP.

Del CHA solamente recuerdo a dos profesores, el de Física que era la persona más despistada que uno pueda imaginar, un día que mi hermana Victoria me dejó su Vespino para ir al colegio, iba tras el coche del profesor por la calle Arturo Soria cuando de repente frenó, yo circulaba muy cerca de su Mercedes y no pude evitar embestirlo por detrás, me caí al suelo, la rueda delantera se desajustó y tuve que volver hasta casa empujando a pie la Vespino; bueno, pues el profe de Física ni se enteró del choque y siguió su camino como si nada; en la siguiente clase fui a disculparme y reconoció que no se había enterado del accidente.

El otro profesor se llamaba don Luis Carrillo, marino retirado, daba clases de Trigonometría esférica y puede que también de Cálculo, las dos de las más complicadas de la oposición; era un profesor singular, cuando se enfadaba con alguien le tiraba trozos de tiza con una puntería digna de elogio; tenía una pierna de madera, la perdió al ser atropellado por un tranvía en Cibeles cuan-

do salvó a una señora de morir arrollada por aquel tranvía, y de vez en cuando gastaba bromas, como dar un respingo y justificarlo diciendo «¡Hay que ver cómo me pica el pie! Y no me puedo rascar».

Los problemas de navegación que nos ponía siempre empezaban de forma parecida a esta «Un barco sale del punto A a tal hora, latitud tal y longitud cual, a tantos nudos por hora, otro barco sale del punto B a tal hora, latitud equis y longitud zeta, a tantos nudos por hora,¿ dónde y a qué hora se encontrarán?». A mí me costaba un mundo encontrar la solución y no conseguía que se cruzasen, pintaba mi esfera, situaba los barcos en su lugar y a trastear con las tablas náuticas.

El enunciado de un problema se me ha quedado grabado en la cabeza para siempre, por si se me olvida lo pondré aquí, es el siguiente, no hagas caso de los porcentajes que indico porque son inventados, pero el enunciado es tal y como lo planteó don Luis:

«En una batalla naval participan siete mil hombres, el 23,75% no fuma, el 12,56% no bebe, ¿cuántos murieron?» Creo que toda la clase pensó que nos estaba vacilando, pero cuando por fin nos rendimos desarrolló magistralmente en la pizarra la solución matemática del problema; si no supe resolverlo en su día, imagínate ahora; si como lector sabes la solución, por favor no dejes de decírmelo.

En 1973 la oposición tuvo lugar durante el mes de mayo en un centro público llamado Virgen de la Paloma en la zona de la Dehesa de la Villa; como siempre las pruebas médicas en la Policlínica de Marina de Arturo Soria y las físicas en el polideportivo de Infantería de

Marina, ambas superadas sin problema, en las físicas me esmeré todo lo que pude intentando eliminar el borrón del año anterior y me salieron bien.

En las pruebas específicas el número de aspirantes y plazas disponibles fue similar al año anterior, no conozco otras oposiciones (civiles) pero conseguir plaza en las de Marina quedaba fuera de mi alcance, apenas lo conseguía el cuatro por ciento de los presentados; apretaba los codos, estudiaba y lo hacía lo mejor posible, pero o te calificabas entre los sesenta mejores o no entrabas; había muy buenos estudiantes que destacaban sobre el resto y podrían haberse dedicado a estudiar lo que quisieran. No es consuelo, pero al menos los que nos dejaban fuera eran los mejores estudiantes.

Tras esta oposición finalizó mi estancia en el CHA, desde estas líneas también quiero demostrar mi agradecimiento al Patronato de Huérfanos de la Armada por lo bien que me trataron y la ayuda que prestan a las familias de sus compañeros cuando más la necesitan.

CURSO SELECTIVO

Agosto 1973 – Noviembre 1974

Cargado de ilusión volví a Zaragoza en julio de 1973 para intentarlo por segunda vez; justamente ese año eliminaron el anterior sistema de oposición por exámenes y publicaron en el BOE las nuevas normas de acceso a la carrera militar; la novedad consistía en que, aparte de pasar unas pruebas previas (médicas, físicas y de cono-

cimientos), se ingresaba como soldado en el llamado Curso Selectivo que se llevaría a cabo en dos prueba sucesivas y eliminatorias, la primera consistía en superar tres meses en el campamento General Martín Alonso en la localidad de Talarn, próxima a Tremp (Lérida), posteriormente convertido en la Academia General Básica de Suboficiales. La segunda en el acuartelamiento General Luque, anexo a la AGM, en el que estudiaríamos el selectivo de Ciencias (equivalente a primero de Físicas) impartido por profesorado de la universidad de Zaragoza, compatibilizando los estudios civiles con los estrictamente militares.

En el campamento quiso la casualidad volver a reunirnos a Tato y a mí en la Primera Compañía. Ambos superamos las pruebas que nos pusieron para ajustar las plazas disponibles; tiempo después nos enteramos de que nos habían calificado en 600 aspectos diferentes, no dejaron nada al azar.

Sería largo de contar y no quiero utilizar este libro para relatar las batallitas del abuelo. Posiblemente Rilke me daría la razón porque el Ejército no debería formar parte de la infancia de nadie, aunque en mi caso puede que sí lo hiciera teniendo en cuenta que desde mi nacimiento, en cierto modo, entré a formar parte de la milicia.

Al término del campamento se publicaron las notas obtenidas; éramos 1.200 aspirantes y solamente pasarían a la segunda fase los primeros 600; obtuve una calificación excepcional quedando entre los 12 primeros y mis mandos directos me felicitaron pero, al hacer la media con el examen previo de conocimientos, por poco

me quedo fuera del cupo de seiscientos elegidos que pasaron al Curso Selectivo. Tal vez hubiera sido lo mejor.

Estando de permiso en casa, esperando la publicación en el BOE de las calificaciones obtenidas, me llamó el alférez de mi sección, Luis Martín Aragonés, que con el tiempo consiguió acceder al generalato, para decirme que había pasado por los pelos pero no entendían que hubiese quedado tan atrás «tuviste que hacerlo fatal porque en el campamento has quedado entre los primeros, ha sido una sorpresa para todos nosotros»; gracias al alférez pude superar algunas de las pruebas físicas del campamento que tenía atravesadas, especialmente la tabla irlandesa en la que me desollaba a diario los codos; de forma voluntaria y sacrificando su tiempo libre me citaba fuera de horario para ayudarme a superarla hasta que lo conseguí, desde aquí le renuevo las gracias por su ayuda desinteresada y le doy mi más sincera enhorabuena por tan brillante carrera militar. Se le veía madera.

El curso en la Academia fue bastante exigente en todos los aspectos, a las actividades puramente militares había que añadir los estudios universitarios civiles que no eran precisamente sencillos; al acabar el curso solo aprobé Dibujo Técnico, casi aprobé la Química y suspendí Física, Cálculo y Álgebra; notas totalmente insuficientes para conseguir plaza entre los 350 primeros.

De lunes a viernes por la mañana de nueve a una se impartían las clases universitarias, el resto del tiempo se dedicaba a lo puramente militar, marchas, tiro, simulacros, gimnasia, atletismo, formación, desfiles, imaginarias, guardias, generalas, aparte de la limpieza de las

compañías, cambios frecuentes de uniforme según la actividad, arrestos, una locura.

Lo cual dejaba poco tiempo (y ganas) para estudiar; además algunos oficiales (recalco lo de algunos) se portaron mal con nosotros, decían que nunca seríamos buenos militares con unos estudios que no nos valdrían para nada, se ve que desconocían que el nuevo plan había sido diseñado y puesto en marcha por el general Guillermo Quintana Lacaci[xiv], militar de prestigio y gran trayectoria profesional. Tal vez aquellos protos no habían interiorizado el principio de los famosos versos escritos por don Pedro Calderón de la Barca «Aquí la más principal hazaña es obedecer, y el modo cómo ha de ser es ni pedir ni rehusar. Aquí, en fin, la cortesía, el buen trato, la verdad, la fineza, la lealtad, el honor, la bizarría; el crédito, la opinión, la constancia, la paciencia, la humildad y la obediencia, fama, honor y vida son, caudal de pobres soldados; que en buena o mala fortuna, la milicia no es más que una religión de hombres honrados».

La verdad es que nos hicieron la vida imposible sin haber necesidad, solo éramos aspirantes y ellos debían predicar con el ejemplo; cumplían a la perfección el dicho popular que asegura «si a una persona poco inteligente le pones una gorra de plato (símbolo de autoridad caído en desuso), esta se creerá automáticamente general de infantería, y será un incordio para los demás». Reconozco que me estoy vengando un poco de aquellos mastuerzos, no puedo remediarlo y lo siento Rainer pero tenía que decirlo porque se lo ganaron a pulso, me da igual que hayan pasado cincuenta años; como se decía en el juego del escondite: ¡Por mí y por todos mis compañeros!

A los profesores universitarios tuvo que costarles mucho adaptarse a alumnos tan disciplinados como nosotros, sobre todo por comparación con los que tuvieran en su facultad; el primer día, la profesora de una de las asignaturas tuvo que salirse un momento de clase para llorar desconsoladamente sin que la viésemos porque, al abrir la puerta del aula, nos cuadramos firmes y puestos en pie como un solo hombre a una orden del sargento; vaya trago, en pocos días lo superó, me imagino que en la universidad comentaría el detalle dejando a la audiencia con los ojos abiertos como platos.

No quiero detenerme mucho en esta época, los primeros meses disfruté mucho, pero poco a poco fui perdiendo el espíritu militar hasta casi aborrecerlo. Bueno va, una anécdota graciosa (hoy, aquel día no sabía dónde meterme):

En diciembre de 1973 se casaron Manolo y Mari Carmen y me enviaron un billete de tren de ida y vuelta para asistir a la boda; me dieron permiso y esperé pacientemente en la estación para coger un tren que venía de Barcelona con destino Madrid. Antes de salir de viaje le pedí a mi compañero de litera —que también había estudiado en el CHA aunque no habíamos coincidido, Fernando Mollá Ayuso, además de militar ha publicado varios libros—, con quien me llevaba fenomenal, que me guardase el CETME en su taquilla porque si no me iba ya podría perder el tren.

Tras la boda volví a Zaragoza, el tren hacía el viaje inverso Madrid – Barcelona y me dejó bien entrada la noche en la estación, como no había autobuses y no tenía dinero para un taxi tuve que volver andando; una

vez en la compañía abrí mi taquilla y, en un gesto reflejo mil veces repetido, quise tocar el CETME, ¡hostias, no estaba! Avisé al imaginaria, este al sargento que me hizo un interrogatorio exhaustivo y el sargento al capitán, uno de la Guardia Civil, que estaba durmiendo tranquilamente en su habitación; tras hablar conmigo y en plena noche, el oficial ordenó a toda la sección formar al pie de las literas; estando en esa posición expuso en voz alta el motivo y pidió al culpable que lo reconociese, entonces Fernando que estaba a mi lado me susurró «¿Estás gilipollas o qué?», en ese preciso instante recordé que le había pedido que me lo guardase y deseé que me tragase la tierra.

Avisé al sargento cuando pasó por mi lado, este al capitán y el capitán ordenó que volviesen todos a la cama menos yo, me llevó a su despacho y me dijo cuatro cosas bien dichas; estuve arrestado cuatro fines de semana sin poder bajar a Zaragoza, tampoco es que bajase demasiado por falta de dinero, pero cumplí la pena impuesta construyendo escalones en un cerro del recinto. Podría haber sido peor, perder el armamento no era una broma, constituía una falta muy grave, pero por suerte yo no lo había perdido del todo, simplemente había olvidado donde estaba. Me temí un Consejo de Guerra y pelotón de fusilamiento al amanecer pero la verdad es que no fue para tanto, el capitán ni siquiera quiso dar parte, fue comprensivo conmigo y le restó importancia.

Tras pasar un mes de permiso en Madrid, tuve que volver al campamento en Talarn para repetir Curso Selectivo; cuando llevaba allí menos de dos meses, en noviembre de 1974, no pude soportarlo más y tomé la decisión irrevocable de solicitar la baja definitiva, solicitud

que me fue concedida de mala gana pero de inmediato y con ella me daban el servicio militar por cumplido. Menos da una piedra ¿verdad Rainer? No hay mal que por bien no venga.

Y ahora sí, con esta última aportación guerrera creo que puedo dar por terminado el período de construcción de mi patria, a partir de entonces mi vida dio un vuelco total; realicé un curso de programación de ordenadores de tres meses y a finales de febrero de 1975 conseguí mi primer trabajo remunerado sin tener que opositar con nadie, el resto de mi vida hasta la actualidad no debe formar parte de este libro.

Gracias Rainer María Rilke por haberme inspirado, fue leer tu frase y ponerme a escribir; seguramente me habré quitado una espinita que tenía clavada y con ella un gran peso de encima.

EL SÍNDROME DEL INTERNADO

El trauma infantil del privilegio

Autora: Claudia M. Elsig, MD

En los círculos adinerados y en las altas esferas de la sociedad, enviar a los niños a un internado es una tradición elitista. Se considera un camino privilegiado, pavimentado con oportunidades de oro. Los internados privados proporcionan una educación excepcional y ofrecen a los alumnos elevadas perspectivas de conseguir una plaza en una universidad de alto nivel. De hecho, el 90% de los alumnos internos acceden a la universidad que eligen.

Los numerosos beneficios de una educación privada incluyen oportunidades de aprendizaje únicas, clases más pequeñas y grandes perspectivas profesionales, pero hay evidencias que sugieren que los niños que son enviados a un internado a una edad temprana pueden sufrir «una pérdida irrevocable de los vínculos primarios» y «para muchos esto constituye un trauma significativo».

Hay consecuencias a largo plazo para el niño. Este blog explica lo que le ocurre a un niño cuando se le separa prematuramente de su hogar y su familia y cómo la experiencia del internado puede afectarle en su vida posterior.

¿Qué es el síndrome del internado?

Joy Schaverian, psicoanalista junguiana y autora de «Síndrome del internado: El trauma psicológico del niño privilegiado», fue la primera en acuñar la expresión «síndrome del internado». Compara la experiencia de un niño que asiste a un internado con la de alguien que es acogido en un centro de acogida.

En el caso del internado, el niño es arrancado del hogar familiar con el pretexto de tener una oportunidad privilegiada. El niño puede sentir que no tiene derecho a sentir dolor. Al no tener a nadie cerca para calmarlo, el niño se amolda a su nueva vida, desarrollando una coraza para ocultar la vulnerabilidad que siente.

Schaverian fue tomando conciencia de las consecuencias del internado en su práctica en el Reino Unido, donde encontró un patrón distorsionado de síntomas y comportamientos entre sus clientes adultos que habían estado internados.

Descubrió que muchos sufrían un trauma oculto y que no eran conscientes de la conexión entre sus dificultades actuales y su experiencia traumática en el internado cuando eran niños.

Schaverian observó que los individuos que estuvieron internados habían desarrollado un «encerramiento en sí mismos, defendiendo y protegiendo su yo» simplemente para sobrevivir. De este modo, «la verdadera identidad de la persona permanece oculta».

Esto, como explica Schaverian, constituye un trauma importante que continúa en la vida adulta, distorsionando las relaciones íntimas.

Trauma oculto y duelo

Cuando un niño pequeño es enviado a un internado, pierde sus figuras de confianza, además de perder su hogar. Algunos de los que son enviados a un colegio en el extranjero ni siquiera tienen la oportunidad de ir a casa en vacaciones. Los niños son incapaces de procesar esta pérdida. Suelen ocultar una gran angustia emocional, normalmente por miedo a ser sufrir *bullying* o ser ridiculizados.

Los niños están traumatizados por la separación forzada de sus padres. El niño debe aprender a vivir sin la cercanía de sus padres (o cuidadores). Es como aprender a vivir sin amor. Sin embargo, los padres, la escuela, los profesores y los alumnos mayores menosprecian esta enorme pérdida para el niño, que siente nostalgia y dolor. Un niño en esta situación aprende rápidamente a ocultar sus verdaderos sentimientos. Los padres y los profesores les dicen lo afortunados que son. Y en el internado no se permiten las lágrimas.

Para los que pueden volver a casa de vacaciones, el mismo trauma se revive cuando se les envía de nuevo lejos. Se repite el patrón de ruptura de apego y de duelo. En los confines de un internado estructurado, la angustia emocional se reprime profundamente.

Abuso, acoso y rituales

El internado es una experiencia de 24 horas al día, 7 días a la semana, sin ningún lugar al que huir; a menudo es un lugar donde se normaliza el acoso. En el internado existe un cruce de muchas emociones, pero la mentalidad de «mano dura» hace que muchos sentimientos no se consideren aceptables ni se hable de ellos. No hay ninguna ayuda; idealizar la vida de los internados sólo empeora las cosas.

El acoso no se limita a los alumnos. Algunos profesores también son acosadores y actúan de forma cruel y despiadada con los alumnos, e incluso con el personal si no los toleran.

Por supuesto, el acoso se produce en los colegios sin internado, pero una diferencia clave para los internados es la implacabilidad. No hay ningún lugar al que huir, y no hay padres o hermanos cerca para intervenir. No hay apoyo ni amor. Los niños se esfuerzan por entender por qué sus padres los han enviado al «infierno».

Los abusos sexuales en los internados también son frecuentes. Al no haber padres que detecten las señales de que se está produciendo un abuso, los abusadores se sienten habilitados en el entorno del internado. Ade-

más, los niños pueden pensar mal y agradecer la atención si se sienten abandonados por sus padres.

George Monbiot, ecologista y escritor, describe su experiencia en el internado como «despiadada e inevitable». Como niño tartamudo, mal deportista y con opiniones heterodoxas, Monbiot dice que habría sido acosado en cualquier colegio, pero como interno, dice, a veces duraba toda la noche.

Paris Hilton ha hablado recientemente de su experiencia en un internado para «adolescentes con problemas» en Utah. En declaraciones a Newsweek, dijo: «Esa experiencia, y los abusos físicos, emocionales y sexuales que sufrí, me condujeron a años de insomnio inducido por el trauma y a un complejo trastorno de estrés postraumático que yo y otros innumerables supervivientes de abusos infantiles institucionales hemos sufrido durante años».

Los internados también son famosos por los rituales de admisión. Las ceremonias de iniciación van desde la llamada «diversión inofensiva» hasta incidentes de abuso físico o sexual extremo. Se trata de experiencias muy traumáticas que dejan profundas cicatrices emocionales.

La disociación como técnica de supervivencia

La disociación es una ruptura en la forma en que la mente maneja la información. Una persona puede disociarse de los pensamientos, los sentimientos, los recuerdos, el entorno o incluso la identidad. La disociación de

la agitación emocional es una técnica de supervivencia que es común en los internos.

Steinberg y Schnall (2001) definen la disociación como «una defensa adaptativa en respuesta a un estrés elevado o a un trauma, caracterizada por la pérdida de memoria y una sensación de desconexión de uno mismo o de su entorno».

Este mecanismo es el que ayuda a los niños internados a hacer frente a su situación traumática y estresante.

Las consecuencias del internado en la edad adulta

Al igual que Schaverian, Nick Duffell, psicoterapeuta y antiguo alumno y profesor de internado, observó que los niños sobreviven en el internado cortando sus sentimientos y construyendo un yo defensivo.

«Separados prematuramente del hogar y la familia, del amor y el contacto, deben reinventarse rápidamente como pseudoadultos autosuficientes», explica.

Las consecuencias, según Duffell, desembocan en que: «Paradójicamente, luego luchan por madurar adecuadamente, ya que el niño al que no se le permitió crecer orgánicamente se queda varado, por así decirlo, dentro de ellos».

Schaverian describe el desarrollo de una escisión de la personalidad. «Es habitual que la ruptura de los vínculos, la pérdida de la familia y del hogar, provoque una escisión de la personalidad entre el niño del inter-

nado con una robusta coraza y el niño del hogar sensible y vulnerable».

Duffell también describe la experiencia del internado como una experiencia en la que el niño debe estar alerta para no meterse en problemas y, sobre todo, nunca debe parecer infeliz (o se arriesgará a ser acosado). El niño aprende rápidamente que nunca debe parecer vulnerable de ninguna manera, y así, explica Duffell, «se disocia de todas estas cualidades, las proyecta hacia los demás y desarrolla una doble personalidad».

Los niños, dice Duffel, se apegan a la estructura interna del internado, en lugar de a sus padres, y como resultado llevan consigo a la edad adulta «una ansiedad inconsciente permanente».

Un ex interno puede parecer socialmente seguro de sí mismo, pero en el fondo suele haber una profunda desconfianza en las relaciones. Una persona en esta situación puede aislarse de las relaciones sociales porque tiene miedo el rechazo. También es frecuente que las personas con el síndrome del internado interrumpan la terapia, la cual pueden considerar otro tipo de relación.

¿Cuáles son los signos reveladores del síndrome del internado?

Muchas personas con el síndrome del internado mostrarán algunos o todos los siguientes síntomas y rasgos:

Problemas de ira, depresión o ansiedad √

Incapacidad para mantener relaciones

Dificultades con la intimidad emocional √

Miedo al abandono y/o ansiedad por separación

Falta de confianza

Alcoholismo, abuso de sustancias u otros comportamientos adictivos

Trastornos alimenticios

Tendencias controladoras o perfeccionistas √

Comportamientos de acosador escolar (*bullying*)

Miedo al fracaso

Dificultad para desconectar y relajarse √

Sentirse solo, aún rodeado de personas √

Sensación de vacío √

Problemas en la crianza de los hijos √

Cómo superar el síndrome del internado

La mayoría de la gente no busca ayuda para el síndrome del internado en sí mismo: no es un término médico, sino más bien una hipótesis o un término acuñado para describir un conjunto de síntomas y comportamientos. En la mayoría de los casos, es más probable que una persona busque ayuda para superar una depresión general, dificultades de relación u otros problemas emocionales.

El impacto del internado en una persona no suele ser reconocido por esta. De hecho, puede sentir que su escolarización fue excepcional y un privilegio. El abandono o los problemas de apego se ocultan con una falsa sensación de independencia. Las repercusiones de la experiencia de una persona en el internado suelen hacerse evidentes durante la psicoterapia.

SOBRE EL AUTOR

A diferencia de algunos seres humanos que ya parecen viejos incluso antes de nacer, el autor llegó a este perro mundo adoptando la apariencia de un ser recién nacido en un precioso pueblo sevillano, en el que normalmente hace mucho calor por lo que es conocido como «la sartén de Andalucía», a orillas del río Genil; por motivos familiares vivió allí tan solo sus primeros cuatro años, pero fueron suficientes para deshidratarse un par de veces, que hubieran podido ser algunas más si no fuera porque sus padres, y con ellos su numerosa prole, se trasladaron a vivir a una lejana, grande y bonita ciudad a orillas del río Turia que es la tierra de las flores, de la luz y del amor, en la que sus mujeres todas tienen de las rosas el color.

A lo largo de su vida ha tenido que renacer varias veces por razones que no vienen ahora a cuento porque alargarían en demasía este, por fuerza, escueto y rápido resumen existencial; una de las primeras y más sentidas fue cuando su padre se subió a la barca de Caronte para cruzar el río Aqueronte en su camino hacia el inframundo; tras el sepelio del cabeza de familia, se trasladaron a otra ciudad, más grande si cabe todavía, a

orillas del río Manzanares, que es la cuna del requiebro y del chotis y en la que en México, no te sabría decir por qué, «se piensa mucho en ti», empezando lo que sería un correcalles de once años por distintos orfanatos e instituciones, incluyendo dos en un pueblo gallego a orillas del río Sar, ¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!, gastronómicamente reconocido porque algunos de sus pimientos pican y otros non, hasta desembocar, por razones solo achacables a su juventud, divino tesoro, y falta de criterio, en la universidad; como era de esperar, dados sus antecedentes, el idilio complutense no cuajó y la abandonó apenas acabado el primer cuatrimestre; no encontrando en ella las apacibles y cristalinas aguas en las que soñaba navegar, su relación no llegó a buen puerto.

Una amistad adolescente con personas de pensamiento radicalmente diferente al suyo le influyó para truncar su supuestamente sólida vocación militar y, en contra del ferviente deseo familiar, se matriculó, para sorpresa de propios y extraños, en la facultad de Filosofía y Letras, hasta que se percató de que ni la una ni las otras eran de su incumbencia; frustrado por su falta de acierto, intentó con todas sus fuerzas formar parte de la milicia en una inmortal ciudad aragonesa a orillas del río Ebro, caudalosa corriente de agua que misteriosamente guarda silencio al pasar por el Pilar porque la Virgen está dormida y no la quiere despertar, pero tampoco esta vez hubo entendimiento, viéndose forzado a buscar su obligado y personal futuro en cualquier otra cuenca fluvial, la primera que le saliera al paso y le permitiera proseguir viaje; de este modo, tras abandonar por voluntad propia la rígida nave militar, probó a sentar la

cabeza programando complicados ordenadores en el recién creado departamento de informática de un moderno banco, justo en la orilla opuesta de sus sueños juveniles.

En general los bancos resultan incómodos para sentar la cabeza pero, al tenerla tan dura, aguantó allí tres quinquenios consecutivos intentando convertirse en un bancario de provecho, algo que tampoco consiguió porque, a medio camino, a su naturaleza de carácter inconformista, le apeteció alejarse del despiadado mundo de las finanzas para plantar la esquiva semilla de la fortuna en otros campos productivos que se perfilaron inesperadamente en el horizonte como posible respuesta a sus inquietudes.

Tras un vertiginoso paso por la consultoría de organización, un inesperado golpe de timón propició que su nave desembocase en el complejo mundo de las telecomunicaciones, pasando los siguientes años encerrado entre las cuatro paredes de amplios despachos que casi siempre estaban comunicando; aquél nuevo mundo tampoco parecía ser el suyo, aparentemente todo iba como la seda pero nuestro autor fue haciéndose mayor sin darse cuenta de su precoz envejecimiento hasta que, a la provecta edad de 52 años, sus despiadados cómitres decidieron que la empresa no era lugar para viejos; le pidieron que colgase la corbata, cosa que hizo con gusto porque le apretaba el cuello, devolviera todo lo que no fuera suyo, lo cual hizo sin apenarse por la pérdida gracias a su escaso apego por lo material, y se retirase a descansar del mundanal ruido a orillas de algún río menos caudaloso y exigente; ¿dónde vas a navegar mejor que en tu casa, eligiendo tu propio rumbo sin tener que darle

cuentas a nadie? le sugirieron, los muy cabrones, un viernes a última hora de la mañana antes de ponerlo de patitas en la calle sin contemplaciones.

De forma tan imprevista como poco honorable acabó en insospechado naufragio la larga singladura de su azarosa vida laboral, zambulléndose de lleno en la orilla de las oscuras y procelosas aguas de una siniestra oficina del paro, merced a un masivo expediente de regulación de empleo; sin venirse abajo, agradecido a la suerte, desde entonces pasa sus temporadas de asueto, que son las más del año, disfrutando ampliamente del cálido sol, la hermosa costa, la huerta feraz y los buenos alimentos en una antigua y luminosa ciudad mediterránea, capital comarcal, cuyo territorio es modestamente bañado por los ríos Alberca, Girona y Racons, bajo la imponente sombra protectora del macizo del Montgó, o viajando por el mundo para visitar a sus hijos y nietos que fluyen sus propias vidas en los márgenes de lejanos ríos, como puedan ser el Trinity, el Hikichi o el Aniene; el resto del tiempo discurre plácidamente en su domicilio fiscal a orillas del Manzanares, sin terminar de saber lo que es canela fina ni armar la tremolina, procurando navegar desapercibido, libre de ataduras, en silencio, sin molestar ni que lo molesten.

Mientras aguarda, sin mostrar prisa alguna, la hora suprema de afrontar su inevitable desembarco final en la mar, salpimienta su existencia entregado a múltiples aficiones de todo tipo, entre las que escribir, correr y viajar sin duda ocupan lugares preferentes, sin desmerecer otras muchas actividades complementarias con las que enreda y se entretiene mientras pasa el rato.

Como nuevo miembro de la temida, quizás por desconocida, tercera edad, ya que el tiempo no perdona y pasa para todos, también acude al consultorio médico cuando se precisa y los achaques lo requieren, aunque de momento y por fortuna no lo está necesitando ni es algo que eche de menos, aunque tampoco podría ir a consulta de precisarlo porque la sanidad pública no está para nada ni para nadie desde que se declaró la pandemia del coronavirus, enfermedad que tuvo la mala suerte de contraer a pesar de estar tres veces vacunado.

Por dicha o por desgracia rondo ya los setenta años y soy plenamente consciente de que tarde o temprano los inevitables achaques acabarán saliendo a mi encuentro, presentándome factura y preparándome a poquitos para iniciar mi propio viaje al más allá donde quiera que esté; no los temo especialmente y les diría aquí os espero comiendo un huevo si no fuera porque últimamente los huevos me sientan fatal, serán cosas de la edad.

Como escribió magistralmente el poeta y hombre de armas castellano Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir: allí van los señoríos, derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos; y llegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos».

Este libro se terminó de escribir el día
nueve de noviembre de 2023

En los momentos de bajón pensaba que la vida me debía una infancia feliz en un hogar de verdad, como aparentemente tuvieron otros.

No he podido cobrarme del todo la deuda, pero debo reconocer que los orfanatos me aportaron más de lo esperado. Educación, buenos compañeros, algunos amigos y mil experiencias que hoy agradezco y recuerdo sin rencor, ya que no pudo ser de otra forma.

NOTAS Y REFERENCIAS

---

[i] Síndrome del nido vacío: Es la sensación que tienen los padres de tristeza, anhelo, pérdida y dolor cuando los hijos se independizan del hogar familiar. El síntoma principal es una sensación de tristeza que puede llegar a causar depresión.

[ii] Pínfanos; Es el nombre con el que se nos conocía a los huérfanos de militares en el momento de ingresar en el Patronato y para siempre.

[iii] AHE: Asociación de Huérfanos del Ejército.

Página web: https://www.pinfanos.es

[iv] En la calle López de Hoyos 161, en el madrileño barrio de Prosperidad, se encontraba uno de los lugares más valorados por los cinéfilos, el Covadonga.

Este cine, construido en 1952, era popularmente conocido como «El Covacha». Está relacionado con el Palacio de Perales, actual Filmoteca Nacional, y con el Cine Doré, donde se proyectan sus archivos, ya que el Covadonga fue su sede entre 1975 y 1978.

Contaba con un aforo de 480 butacas. No era un cine de especial belleza, aunque si tenía un aspecto singular, con su torre esquinera con un capitel escurialense y con arquería. Durante un tiempo fue uno de los más populares de la capital española pero con el tiempo fue perdiendo fuelle.

La empresa cinematográfica que lo regentaba intentó reconvertirlo en cuatro minicines para conseguir mayor viabilidad pero no consiguió los permisos necesarios para ello. Tenía programas de películas «S» y sus últimos años abierto se convirtió en Cinestudio.

Cerró sus puertas en 1989 y desgraciadamente el cine Covadonga fue destruido por un incendio provocado en 1991.

[v] CHOE: Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército.

[vi] Pava: Colilla de cigarrillo que admitía nuevos usos convirtiéndose en subpava. Papel pal pecho: Papel de periódico, auxiliar del higiénico, utilizado para limpiarse el trasero en situaciones de emergencia.

[vii] AGM: Academia General Militar, Zaragoza.

[viii] Protos: Oficiales del Ejército que ejercían como profesores en la Academia General Militar.

[ix] CHP: Colegio de Huérfanos de la Policía.

Página web: https://www.fundacion-huerfanos.org/

[x] CHA: Colegio de Huérfanos de la Armada.

Página web: https://www.colegiocha.com/

[xi] Aspirinos: Se llamaba así a los alumnos que todavía no eran huérfanos y por tanto eran «aspirantes» a serlo algún día.

[xii] El Movimiento Estudiantil español durante el Franquismo (1965-1975) por Miguel Gómez Oliver.

Referencia: https://journals.openedition.org/rccs/652

[xiii] El Frontón Recoletos fue un frontón construido en 1935 en la calle Villanueva de la ciudad de Madrid. Constituyó en su día uno de los diseños más destacados del ingeniero Eduardo Torroja y fue llevado a la práctica en colaboración con el arquitecto Secundino Zuazo.

Durante la guerra, el edificio sufrió varios impactos directos que abrieron agujeros en la cubierta. Asimismo el efecto de las fuertes vibraciones de los bombardeos provocaron deslizamientos que ocasionaron el pandeo y agrietamiento de la misma. Al no poder ser reparados los daños en aquellos momentos se produjo la ruina con un hundimiento parcial. En 1942 Torroja presentó un estudio, publicado por la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, sobre las causas técnicas del hundimiento y de las obras que serían

necesarias para poner nuevamente en servicio el edificio, sin embargo, el mal estado de la obra impidió su realización antes de producirse el hundimiento total. En 1973 se llevó a cabo la demolición total del edificio del frontón y en la actualidad se levanta un bloque de viviendas en su lugar.

[xiv] Hijo y nieto de militares, Guillermo Quintana Lacaci nació en el Ferrol (La Coruña) en 1916 e ingresó en la Academia General Militar en 1935, después de haber cursado el primer año de la carrera de Ciencias Exactas, como era preceptivo en aquella época, en la Universidad de Santiago de Compostela.

Referencia: https://es.wikipedia.org/wiki/Guillermo_Quintana_Lacaci